

Acosada por el pasado

Susan Fox

Caitlin Bodine era la oveja negra de la familia. Pero ninguna mala opinión le dolía tanto como la de Reno Duvall. De pequeña, Caitlin lo había mitificado. De mujer, se sentía acosada por una tragedia que Reno nunca le perdonaría…

Reno Duvall culpaba a Caitlin de la muerte de su hermano y no podía creer que tuviera el valor de volver después de tantos años.

Entonces, ¿por qué no dejaba de pensar en ella? Caitlin era simplemente demasiado salvaje como para casarse; pero, de repente, Reno se encontró deseando que fuera su esposa.



Susan Fox

Acosada por el pasado

Jazmín - 1864

Novias rebeldes - 1

ePub r1.0

LDS 11.11.16

Título original: *To claim a wife*
Susan Fox, 1999
Traducción: Ana Fernández Presa
Publicado originalmente: Mills and Boon Enchanted (ME) - 300 / Harlequin Romance (HR) - 3556
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



LA carta era tan escueta como un telegrama:

«Vuelve a Broken B. Jess Bodine está muriendo. UCI del hospital de Coulter City. R. D.».

Caitlin Bodine no se extrañó de la noticia de la grave enfermedad de su padre. Sabía que se estaba muriendo. Las noticias habían llegado hasta ella. No era que tuviera muchos amigos entre Coulter City, Texas, pero un hombre tan importante en el mundo de los ranchos y el petróleo como Jess Bodine era noticia en el mundo ranchero. Incluso en una tierra tan alejada como las llanuras de Montana.

Caitlin había estado angustiada durante meses al enterarse de que la salud de su padre había empeorado. Se había angustiado, había escrito cartas y había sufrido su inevitable silencio cuando los esfuerzos por cruzar el abismo que los separaba habían resultado tan inútiles como siempre.

Pero lo cierto era que su padre había ignorado todas sus otras cartas. Cinco años de silencio deberían haber sido suficientes para convencerla de que su alejamiento seguiría hasta la tumba. Pero aquella pequeña chispa de esperanza, la que había arrastrado desde que era una niña, se negaba a morir.

Era un hecho que siempre había idolatrado a su padre. Lo mismo que era un hecho que él siempre la había rechazado. Su infancia, luchando por ser aceptada y querida por él, todavía la atormentaba y tenía el poder de impulsarla a volver a Texas para el último disgusto colosal.

Quizá esa vez las cosas fueran diferentes. Quizá en su lecho de muerte, sintiera remordimientos hacia su única hija. Quizá se hubiera arrepentido del exilio al que la había sometido los cinco años anteriores.

Pero la amarga realidad era que no era su padre el que le pedía

que volviera a casa; era Reno Duvall, el hombre que la odiaba.

Curiosamente, temía tanto enfrentarse al odio de Reno como a otro rechazo de su padre. Los viejos recuerdos le produjeron una oleada de pánico en el cuerpo.

Reno no la perdonaría nunca. Pero también era cierto que Caitlin dudaba poder perdonarse nunca a sí misma.

Reno Duvall recorrió el pasillo del hospital hasta la UCI. Recordaba a Caitlin Bodine como un diablillo de dieciocho años, que para llamar la atención de su padre se había enzarzado en una competición a muerte con su hermano pequeño, Beau. Ella era una solemne y caprichosa adolescente que ocultaba su dolor bajo frecuentes arrebatos seguidos de retiradas a su escondite secreto en el rancho.

Había sido una niña perpetuamente frustrada y herida por su fracaso en no estar a la altura de las expectativas de su padre, una niña tan patológicamente celosa que había acabado odiando a Beau, su hermanastro y hermano pequeño de Reno. Para ella había sido el rival, en vez del hermano que era de sangre debido a la segunda boda de su padre.

¿Habrían sido sus celos por Beau tan amargos como para haber causado de verdad su muerte? Los testigos habían declarado que ella había hecho todo lo posible por salvarlo.

Pero había fracasado. Ella era la que había puesto en peligro la vida de Beau corriendo arrebatada a esconderse en el rancho después del suceso. Ella había sabido de los desbordamientos de la zona, pero había ignorado el peligro.

Reno endureció sus sentimientos hacia la niña abandonada emocionalmente que había sido. Fuera lo que fuera lo que le hubiera causado el arrebato aquel día, sus actos egoístas habían preparado el escenario para la muerte de Beau. Y dieciocho años era una edad demasiado corta para morir.

Aunque Reno la había avisado de que volviera, había odiado hacerlo, como odiaba la idea de enfrentarse cara a cara con la chica… la mujer, que había destruido a su familia. Su madre ya había muerto también, pero su dolor en el lecho de muerte había sido idéntico al que había padecido el día en que le había llevado el cuerpo destrozado de su hijo.

Un hombre nunca podía superar aquello. O el sombrío hecho de

que se había sentido muy unido a Caitlin. No tenían lazos de sangre entre ellos, sólo cada uno con el hermano de ambos, Beau.

Reno estaba a punto de entrar en la UCI cuando el ascensor del final del pasillo se paró. Sintió, o más bien supo, quién saldría de él en el momento en que se abrieron las puertas.

Los cinco años anteriores habían cambiado a Caitlin Bodine, y sin embargo no la habían cambiado por completo.

Parecía más alta ahora, más orgullosa, casi arrogante. Su estilizado cuerpo se movía con la pose y elegancia de una modelo, pero con un tipo de confianza que al él le parecía ficticia. Su figura desgarbada había desaparecido y había adquirido una redondez femenina que le produjo un temblor e inquietud en las entrañas.

Se obligó a mirarla a la cara. Había perdido la redondez adolescente en las mejillas. Sus pómulos parecían ahora más altos, sus facciones más pronunciadas y aristocráticas. Sus labios eran los mismos, jugosos y oscuros por naturaleza.

Llevaba su pelo negro largo y suelto. Ahora lo tenía más largo que entonces y le colgaba por la estrecha espalda como una cola de caballo. El pelo largo siempre le había atraído, pero nunca como éste, nunca le había calentado la sangre ni le había acelerado el pulso. Ésa era una razón más para alimentar el odio que sentía por ella.

Pero cuando aquellos increíbles ojos de color zafiro enmarcados por espesas pestañas se alzaron hacia él, de repente volvió a ver de nuevo a la chica que había sido. La niña con el corazón roto, enfadada y hambrienta de amor que él había conocido. Algo le conmovió, pero lo ignoró sin piedad.

En el momento en que salió del ascensor, Caitlin sintió la presencia de Reno. Sintió un terror empapado en dolor, pero antes de perder el valor, se obligó a mirarlo directamente a los ojos.

Los cinco años anteriores habían convertido a Reno en un hombre más duro y aún más formidable. Ella lo había amado en secreto en otro tiempo lo mismo que había odiado a su hermano por sus mezquinas crueldades y la forma en que su padre lo había preferido a ella. Pero había amado a Reno Duvall. Lo había amado, fantaseando acerca de él y llorado contra la almohada por las noches porque él era igual que su padre: serio, distante e inasequible.

Era tan grande. Sus hombros eran tan anchos y su cuerpo tan fibroso como el cuero de las cinchas. Bajo su pelo largo negro, sus ásperas y morenas facciones eran atractivas. Pero tan duras, imperdonables e implacables…

Reconoció el duro brillo de sus ojos y supo que no había cambiado de idea con respecto a ella, que nunca había creído en su inocencia ni nunca la había perdonado. Y después de tanto tiempo, probablemente nunca lo haría.

El dolor que sintió fue tan inesperado que amenazó con descomponer la fachada que tanto esfuerzo le había costado poner, así que avanzó en dirección a el sin vacilar. Cuando estuvo a poca distancia, sólo preguntó:

—¿Sigue vivo?

Sabía que la pregunta sonaba fría. Era lo que había querido conseguir. No pensaba intercambiar amabilidades con Reno Duvall. La machacaría verbalmente si lo hacía.

Algo destelló en los ojos de Reno que se clavaron ardientes en su cara. Su voz sonó dura como el pedernal cuando dijo:

—Ha dicho que te vería en cuanto llegaras.

Reno se apartó a un lado y Caitlin pasó por delante para entrar en la Uci.

Los cubículos de los pacientes estaban agrupados en un semicírculo frente a la enfermería. Caitlin miró por las paredes de cristal al pasar delante de cada uno de ellos hasta llegar al cuanto.

Reno hizo un leve gesto y ella se detuvo. Con miedo, miró por la pared de cristal.

Al principio no reconoció al anciano de pelo blanco con máscara de oxígeno.

Al entrar en el receptáculo, se fijó en la cantidad de monitores a los que estaba conectado. Aunque entraron en silencio, el viejo los sintió y movió con inquietud la cabeza antes de abrir los ojos.

Jess Bodine había sido casi tan alto como Reno, igual de corpulento y fuerte, pero el anciano de la cama parecía mucho más pequeño. Parecía frágil y su cara estaba mortalmente pálida. Incluso sus ojos castaños parecían desenfocados.

La conmoción de ver a su imponente padre ahora como un anciano tan desvalido le produjo una oleada de angustia.

Desde luego lo estaba perdiendo y verlo le produjo mucho más

impacto que cuando se había enterado de su enfermedad. Jess estaba tan cerca de la muerte que casi no había tiempo para salvar el abismo emocional que se había abierto entre ellos. Podría no enterarse nunca de qué era lo que tenía ella para hacerla indigna de su cariño.

Aunque Jess Bodine estaba tan desgastado y débil sus ojos brillaron al reconocerla. Un momento después habló. Las palabras de bienvenida y perdón que ella ansiaba nunca llegaron.

—Encárgate de que se haga la prueba de sangre.

La increíble petición fue hecha a Reno y el tenso silencio que la siguió la puso enferma. Su suave saludo apenas fue un susurro.

—Hola, papá.

Su padre parpadeó antes de mascullar.

—Ya veremos si tienes derecho a llamarme así —dijo con una voz entrecortada y laboriosa que se rompió por la tos.

Caitlin sintió de repente tal debilidad que tuvo que agarrarse a la barandilla de la cama. Sin fijarse en su reacción, Jess se puso la máscara de oxígeno.

El cargado silencio roto sólo por el intermitente pitido de los monitores era casi fantasmal. ¡Su padre quería que se hiciera una prueba de sangre! Caitlin seguía tan perpleja que la indiferencia de su padre a veces transformada en odio empezó a adquirir sentido muy lentamente.

Después de inspirar varias veces, Jess parpadeó con alivio y cerró los ojos. Esa vez, cuando habló, su voz sonó muy débil.

—Sólo si eres de mi sangre heredarás la mitad del Broken B. Si no, lo heredará todo Reno.

El esfuerzo le hizo jadear sin respiración y disparó una alarma que atrajo a la enfermera. Reno la asió del brazo para sacarla de allí, pero Caitlin se resistió.

Aparte de la conmoción, sintió que el contacto con él era electrizante. Cuando intentó apartarla de allí por segunda vez, ella se zafó de su mano y se retiró de espaldas a la pared de cristal mientras la enfermera examinaba a su padre.

La pequeña crisis había pasado y los monitores prosiguieron su ritmo regular. La enfermera se volvió hacia ellos.

—Probablemente se quedará dormido ahora. Será mejor que vuelvan en un par de horas —esbozó una débil sonrisa y esperó a

que salieran delante de ella. Caitlin vaciló antes de darse la vuelta y salir apresurada. Reno la siguió más despacio.

Una vez fuera de la UCI, Caitlin se dirigió a los ascensores para escapar de allí. Sentía los ojos ardientes del dolor, pero también una ardiente furia que quemaba como la lava. De repente se sintió de nuevo como la niña que había sido, empujada de nuevo al abismo por la malevolencia de su padre. La primera vez que pulsó el botón del ascensor falló. Frustrada, lo pulsó de nuevo y apartó el dedo cuando el botón se iluminó.

—El laboratorio está abajo.

La voz de Reno tras ella le produjo un respingo y contestó antes de poder contenerse:

—Déjame en paz.

Fue todo lo que pudo hacer para contener su creciente dolor y furia.

El timbre del ascensor sonó, pero la puerta pareció tardar una eternidad en abrirse y cuando lo hizo, Caitlin tuvo que apartarse para que salieran los pasajeros. Oyó a Reno entrar tras ella y los dos se dieron la vuelta para mirar al frente en cuanto las puertas se cerraron.

—El testamento dice que si no te sometes a las pruebas de paternidad quedarás descartada como heredera.

El sombrío tono de Reno la produjo una nueva punzada de dolor y cubrió su reacción con sarcasmo.

—Y si el heredero legar pierde, Reno Duvall será el dueño de Broken B.

Se dio la vuelta para mirar su perfil inmutable. Su indirecta no le había causado ninguna impresión y de repente sintió un ardiente resentimiento.

Aquél era el hombre que, junto con su despreciable madre y hermano, se había ganado con facilidad el amor y respeto de su padre. Ellos habían sido unos desconocidos cuando Jess había hecho un viaje a San Antonio, unos desconocidos que desde el primer día habían significado más para Jess Bodine de lo que nunca había significado su hija.

Los Duvall habían usurpado todo lo que le pertenecía a ella por derecho y no dejaría que el último de ellos se quedara con Broken B., aunque ése fuera Reno. Tendría algo de Jess y se alegraría de

que se fuera a la tumba sin haberle podido quitar lo último que le quedaba.

Y sin embargo, incluso si la prueba de paternidad demostraba que ella era hija legítima de Jess, lo había arreglado para que sólo heredara la mitad. ¡La mitad! Ni siquiera había mencionado los campos de petróleo ni los otros negocios que había adquirido con los años.

Sus emociones fueron de repente demasiado volátiles y la depresión le produjo un escalofrío. Apartó la vista de Reno y miró las puertas cerradas ante ella.

Los recuerdos que ella tenía de su madre eran borrosos. Recordaba a una preciosa y amorosa mujer morena, pero su cara se había borrado con los años. Caitlin recordaba el funeral y cómo había descubierto después que Jess había ordenado que retiraran todas las cosas de su madre y cómo se había derrumbado cuando Jess la había reñido por llorar y preguntar.

Con ocho años que tenía se había sentido aterrorizada y hundida por la repentina muerte de su madre, pero la negativa de su padre a consolarla y a que se mencionara siquiera el nombre de su esposa muerta, había acentuado el trauma.

Y aunque no recordaba muy bien el rostro de su madre, recordaba con dolorosa claridad los meses siguientes a su muerte. Recordaba el terror y la repetición de sus dolores de estómago, las pesadillas y la terrible soledad que había sentido al pasearse por la casa como un diminuto fantasma en búsqueda de la presencia y consuelo de su madre.

Había sido entonces cuando se había unido de forma especial a su prima Madison. Maddie también había perdido a su madre, aunque de diferente manera. La madre de su prima se había cansado de sus responsabilidades y había dejado a su hija en casa de su abuela, que vivía cerca del pueblo. Aunque Caitlin había pensado que la pérdida de Madison había sido peor que la suya, al menos su madre estaba viva en algún sitio, algo que ella nunca podría esperar.

Su abuela, Clara Chandler, había sido siempre tan severa y poco cariñosa con Caitlin como su propio padre y las dos primas habían buscado consuelo la una en la otra y juntas habían sobrevivido a la dura infancia. Al tener la misma edad se habían hecho tan

inseparables como si fueran gemelas.

Hasta que había muerto Beau y Maddie, que había estado muy enamorada de él, había pensado lo que todo el mundo y la había hecho responsable de su muerte.

—Aquí está.

La áspera voz de Reno penetró en el dolor de sus recuerdos y tardó en enterarse de que el ascensor se había parado.

—A la derecha al fondo del corredor —murmuró Reno.

Caitlin caminó en la dirección que le habían indicado.

A cada paso que daba, sentía crecer su miedo. Ella había fallado ante todas las pruebas a que su padre le había sometido con animosidad. De repente perdió la confianza en tener mejor suerte en ésta.

Caitlin salió al calor del final de la tarde. El coche que había alquilado estaba aparcado a cierta distancia de la puerta del hospital, así que se dirigió hacia allí mientras escarbaba en el bolso para sacar las gafas de sol.

No sabía qué habría sido de Reno. Se había desvanecido después de que ella hubiera rellenado los formularios y la llevaran a otra sala para hacerle la prueba.

Rechazó la idea de pasearse por los alrededores del hospital hasta que su padre despertara. Después de su primera visita estaba segura de que no tenía sentido pasar por una segunda. Si Jess Bodine se había pasado veintitrés años sin suavizarse hacia su única hija, dudaba que dos horas pudieran producir ningún cambio.

La depresión que había sentido tras la muerte de su madre revivió de repente tan intensa y pesada como entonces, pero Caitlin la resistió. Ella había madurado en los últimos años y había conseguido más solidez emocional. Los pequeños agravios de la vida ya no tenían poder sobre ella. El pequeño lapso después de la bomba que le había tirado su padre había sido sólo eso, un lapso.

Al llegar a su coche y meterse dentro, pensó de nuevo en Madison.

¡Qué unidas habían estado! Cómo habían compartido sus angustias y agonías y cómo habían intentado pasar algún buen rato bien en el rancho o en la mansión de su abuela en Coulter City. Nadie se había preocupado por sus idas y venidas, a nadie le había importado que se criaran salvajes siempre que no enojaran a sus

custodios.

El peor efecto de la muerte de Beau no había sido que Caitlin hubiera desaparecido de Broken B., sino la rapidez con la que Madison se había vuelto contra ella. Maddie había sabido lo mucho que había sufrido su prima al ser suplantada por Beau y al final, nada había podido convencerla de que Caitlin no había provocado su muerte. Madison se había aliado con todos contra ella y nada de lo que Caitlin había dicho había servido para convencerla.

La antigua angustia la atenazó el corazón. Aparte de Jess y la madre de Maddie, Rosalind, Maddie era su única familia en la tierra. Pensarlo acentuó su tristeza.

Cuando Caitlin sacó el coche del aparcamiento echó un vistazo a la señal de la autopista. Se sintió tentada de recoger sus cosas en el motel y volver a San Antonio. Al día siguiente podría tomar un vuelo para Montana.

Su padre moriría pronto, quizá en cuestión de horas. Probablemente tendría motivos para pensar que ella no era su hija. Un hombre no podía despreciar a un hijo a menos que estuviera seguro de tener alguna razón. Podría irse de allí y alejarse de todo para siempre. Allí ya no tenía nada, ni siquiera Broken B. ahora todo lo heredaría Reno…

Fue la idea de perder para siempre incluso una parte del rancho lo que le hizo volver al motel con la intención de quedarse en Coulter City.

Broken B. era su hogar, tal y como era. Había echado de menos la tierra, la salvaje belleza de aquellas tierras que se extendían hasta cuarenta mil acres bajo el límpido cielo de Texas. Montana era bonita, pero Texas era su hogar. La profunda unión que todavía sentía por Broken B. no se podía comparar con lo que sentía por el rancho en el que ella trabajaba al norte.

El fuerte espíritu inquebrantable con el que había sido dotada se despertó con fuerza. Si tenía alguna esperanza de obtener siquiera una porción de lo que quedaba de su herencia, tendría que quedarse. La obstinación que la había ayudado a sobrevivir a la devastación emocional de su niñez no consentía la idea de que Jess Bodine le negara Broken B.

Incluso aunque la prueba de paternidad fuera en su contra, seguramente el hecho de haber sido criada por Jess como su hija

legal tendría algún peso ante los tribunales. Ella todavía tenía la gran herencia de su abuela a su disposición. Si tuviera que hacerlo, buscaría al abogado adecuado y ganaría el juicio. Aunque tardara años, la idea de torcer el último deseo de odio de su padre era tentadora.

Para su padre, Reno era el único miembro de la familia digno de heredar una parte de Broken B, pero si la obligaban a hacerlo llegaría tan lejos como hasta impedir que se quedara con nada.

Reno salió de su furgoneta y se acercó a la puerta del motel. La habitación de Caitlin era la número diez. La mayoría de los coches aparcados tenían matrículas de otros estados, pero había dos estatales de alquiler de último modelo. Seguramente uno de los dos sería el de ella.

El estado de Jess había empeorado y el doctor le había dicho que era hora de notificarlo a la familia. Había llamado a Madison St. John, pero ella se había mostrado vaga acerca de la última visita, sobre todo cuando le había contado que Caitlin había vuelto. Él no había esperado mucho de Madison. Ya no era la callada y dulce niña que había sido antes de la muerte de Beau. Ahora era asquerosamente rica, mimada por su dinero y con un estilo de vida egoísta; una mariposa social con las alas de acero y lengua viperina. Le daba igual que no se acercara a Jess.

Reno se olvidó de Madison St. John en cuanto llegó a la puerta diez y llamó con fuerza. Había intentado llamarla a su habitación poco antes, pero no había obtenido respuesta. Era pasada la hora de la cena, así que supuso que Caitlin ya habría cenado. O al menos eso esperaba porque no estaba de humor para llevarla a ningún otro sitio salvo al hospital y no había mucho tiempo.

Llamó de nuevo con más fuerza y estaba a punto de volver al hospital cuando la puerta se abrió.

Para una mujer que aparentaba tanta confianza en sí misma antes, no quiso abrir más que una rendija. Reno observó la toalla enrollada en su cabeza y la minúscula bata y apretó los labios con irritación.

No perdió el tiempo en preliminares.

—Vístete —se adelantó y empujó la puerta, pero Caitlin empujó desde su lado para evitar que entrara.

—Vuelve más tarde —dijo jadeante como si le tuviera miedo.

Reno apretó la puerta con la fuerza suficiente como para demostrar que iba en serio.

—No tienes más tiempo. El doctor dice que está a punto de que le llegue la hora.

Reno observó el espasmo de horror en sus ojos mientras soltaba al instante el pomo y retrocedía.

—Me… me gustaría secarme el pelo —dijo mientras se subía las solapas de la bata y daba otro paso atrás.

Estaba desnuda desde la mitad de los muslos a los pies. Reno entró y cerró de un portazo.

Pudo oler el aroma de su champú y el limpio olor a piel femenina. Sin sus habituales vaqueros, camisa de trabajo y botas, Caitlin parecía pequeña y vulnerable. Con su melena de pelo negro escondida en la toalla, nada distraía la atención de su cara.

Y de sus ojos. Sus pestañas eran negras y sus ojos tan azules como estrellas de zafiro, la belleza natural de su cara le quitó el aliento. La vista de sus piernas desnudas y su deseo masculino de ver el resto hizo que todos los nervios bajo su cintura cosquillearan y ardieran.

—Tápate.

Su murmullo irritado le hizo ponerse en movimiento. Se apartó de él con tanta brusquedad que le recordó a una gacela a la escapada. Reno la siguió con la mirada mientras recogía alguna ropa de la maleta abierta y no pudo respirar con normalidad hasta que estuvo encerrada en el cuarto de baño.

Reno se paseó por la habitación furioso por su propia reacción y con ella por tener la capacidad de afectarle con tanta fuerza.

Él era lo bastante justo como para reconocer que Caitlin no había hecho nada impropio, sino él. A él nunca le había hecho falta tener que forzar la puerta de ninguna mujer. El hecho de que hubiera empujado la puerta estando ella semidesnuda desafiaba a la razón.

Para su sorpresa, Caitlin se vistió a una velocidad de vértigo. Al momento estaba fuera del cuarto de baño rebuscando en una de sus bolsas. Se había quitado la toalla de la cabeza y el pelo le caía despeinado por la espalda. Reno apretó los dientes al fijarse en que le temblaban las manos al sacar el secador y un cepillo antes de volver al cuarto de baño. Esa vez no se molestó en cerrar la puerta.

Reno parpadeó al verla cepillarse con furia.

—No hace falta que te arranques el pelo.

Había sonado tan irritado que la sobresaltó de nuevo. La reacción de ella le recordó el pasado. A menudo Jess usaba ese mismo tono de voz con su hija: duro y áspero. Nunca había parecido notar ni importarle que hubiera otra gente presente cuando había reñido a su hija. Reno ignoraba aquellas regañinas porque más de una vez se las había merecido y siempre había supuesto que el resto del tiempo Jess la trataba con amabilidad. Pero era cierto que él había vivido en su rancho de San Antonio hasta la muerte de Beau y sus visitas habían sido infrecuentes.

El que ahora se cuestionara el trato de Jess hacia su hija lo irritaba. Jess nunca había sido un hombre especialmente afectuoso, pero había mimado a Beau y había sido un marido atento con su madre y para él, había sido un hombre bueno y justo como para tratar a su hija con dureza sin motivos.

Caitlin siguió cepillándose el pelo y un momento después encendió el secador.

Reno esperó con impaciencia aunque sabía que no habían pasado más de cinco minutos hasta que desconectó el secador, salió apresurada del cuarto de baño y metió el cepillo en el bolso. Ninguno de los dos dijo una sola palabra cuando abandonaron la habitación.

«No tienes tiempo», había dicho Reno. Jess debía estar a las puertas de la muerte. Ahora que el momento de la verdad había llegado, se vio otra vez asaltada por imposibles esperanzas.

La muerte inminente tenía un efecto poderoso sobre mucha gente, así que quizá tuviera un efecto positivo sobre su padre. La dureza con que la había tratado la vez anterior le advertía de que nada había cambiado, pero la esperanza le hizo aferrarse a la última oportunidad.

Estaba temblando con tal violencia cuando intentó abrir el coche que la llave se le cayó al suelo. Reno se agachó a recogerla.

—Vendrás conmigo.

Su tono áspero le hizo alzar la vista hacia él. La dura mirada que le dirigió le dolió, pero estaba demasiado aterrorizada como para discutir, así que lo siguió a su furgoneta. Le sorprendió que le abriera la puerta del pasajero con cortesía y la cerrara en cuanto

estuvo dentro.

La tensión fue en aumento mientras Reno conducía con rapidez hacia el hospital. Por suerte, a las nueve de la tarde el tráfico en Coulter City era ligero así que llegaron al aparcamiento en un tiempo récord. Para cuando llegaron a la planta de la UCI, Caitlin tenía el corazón desbocado.

Salieron del ascensor y estaban a mitad del camino del pasillo cuando vieron a un doctor salir de la UCI. Reno se detuvo y la asió por el brazo para detenerla.

El doctor los divisó entonces y se acercó a ellos.

Caitlin vio su sombría expresión y el corazón le dio un vuelco.

—Lo siento —susurró el doctor con suavidad a Reno antes de dirigirse a Caitlin—. Ha fallecido hace cinco minutos.

Aquellas palabras le produjeron un rugido en los oídos a Caitlin. Su padre había muerto. El aturdimiento que sintió le ayudó a mantener la compostura durante los momentos siguientes.

Reno seguía sujetándole el brazo y apretó más los dedos. La caliente corriente que irradiaba de su contacto le produjo una profunda impresión. El repentino instinto humano de acercarse a la corriente, de capturarla de alguna manera y aferrarse a ella, le hizo buscarle la mano.

En el momento en que sus dedos entraron en contacto con los cálidos de él, confundida y asombrada por su propia reacción, Caitlin intentó retirar la mano, pero los dedos de él se doblaron para mantenerla apretada mientras el doctor relataba la versión de los últimos momentos de su padre.

Las palabras, «se fue con tranquilidad», le despertaron una inquietud que le hizo imposible seguir escuchando. Cuando el doctor expresó sus condolencias y se disculpó con suavidad, Caitlin se estremeció de alivio.

De repente, Reno la estaba sacando de allí. Ella siguió caminando como en una nube desmayada de lo desequilibrada que se sentía. Estaban solos en el ascensor antes de que se diera cuenta de a donde la estaba llevando. Tiró de su mano para intentar volver a la UCI, pero él la asió mientras las puertas se cerraban.

Caitlin le golpeó el pecho con la mano. Tenía los ojos tan empañados que su camisa azul era apenas una mancha borrosa frente a ella.

—Tengo que verlo —sollozó con salvajismo rayando en la histeria—. ¡No… no puede haberse ido después de haber dicho esas cosas tan horribles!

Alzó la mirada borrosa hacia la dura expresión de Reno y le apretó la camisa entre los puños.

—No pueden ser las últimas palabras… lo único que le quedaba por decir.

Reno deslizó las manos por sus antebrazos para calmarla, peor ella estaba perdiendo el control por completo y la sacudió con suavidad hasta arrancarla un sollozo. El sonido pareció calmarla y se mordió el labio con fuerza para contener los siguientes.

Se estaba derrumbando en presencia del hombre que más la odiaba. ¡Dios, qué sádico placer podría sentir él! El orgullo no le permitió que aquel hombre entre todos los de la tierra la viera hecha un lastimoso desecho.

Intentó inspirar con fuerza, pero tenía la garganta tan atenazada que apenas podía respirar. Intentó apartarse de él, pero Reno la mantuvo sujeta con fuerza.

Forcejearon un instante y Caitlin comprendió que su contacto la estaba abrasando y produciendo sensaciones sensuales por todo el cuerpo. Pero su negativa a soltarla para poder irse a la UCI y comprobar por sí misma que su padre había muerto, fue una especie de tortura.

Era irracional luchar contra él, pero lo hizo. Reno se defendió acorralándola en la esquina del ascensor al lado del panel y la soltó el brazo sólo lo suficiente para apretar el botón y detenerlo entre dos pisos.

—¡Maldita sea… suéltame! —farfulló ella apretando los dientes.

Él la apretó contra la pared mientras sus manos se deslizaban por sus brazos hasta sus muñecas. Era como si le hubiera leído la mente y supiera que con aquella histeria podría hasta arañarlo.

—Ya se acabó —murmuró.

Caitlin sacudió la cabeza con frenesí.

—¡Me debía algo! —explotó—. Sea su hija biológica o no, él era lo único que yo tenía.

De repente comprendió lo que estaba diciendo y se mordió el labio con tanta fuerza que sintió el sabor de la sangre. Sentía por dentro un terremoto de furia y dolor y reprimirlo era como intentar

sofocar un fuego salvaje. Empezó a estremecerse de forma violenta y el esfuerzo por contener las lágrimas le desbocó el corazón.

—E… era un cruel bastardo sin sentimientos.

Escucharse decir aquello en voz alta fue traumático y tuvo que inspirar varias veces para calmarse antes de soltar cosas peores. Dudaba que Reno viera de la misma manera al hombre que ella había considerado como padre. Sintió su sorpresa y su desaprobación.

Reno bajó la vista hacia la cara desencajada de Caitlin. Estaba temblando, pero tan rígida como un poste. Pasaron unos momentos en el ascensor silencioso mientras la observaba luchar contra su dolor.

Aunque su corazón era duro con ella y creía que a menudo se había merecido el trato que le había dado Jess, no le produjo ningún placer ser testigo de su angustia. Tampoco había aprobado la insistencia de Jess de que se sometiera a una prueba de paternidad. Por otra parte, Jess no había estado completamente racional las dos últimas semanas. Era una lástima que sus últimas palabras hacia su hija hubieran sido tan crueles.

La sensación de su suave cuerpo atrapado entre el de él y la pared empezó a hacerle efecto. Su posición, apretados de la cintura a la rodilla, era peligrosamente sexual.

Lentamente se apartó de ella hasta que ya no se rozaron. No le saltó las muñecas, pero el calor entre ellos era sofocante y sintió que la rigidez se disolvía de su cuerpo. También sintió la fuerza de su voluntad y la determinación de recuperar el control de sí misma. No pudo evitar sentir una chispa de admiración por eso. La Caitlin Bodine del pasado no hubiera podido hacer acopio de tanta fuerza.

Satisfecho con su progreso, le soltó las muñecas poco a poco. En el momento en que sus manos se apartaron, ella se separó de la esquina y Reno apretó el botón para bajar.

Caitlin no lo miró a los ojos ni le habló. La joven que llevaba en el asiento del pasajero hacia el hotel estaba ensimismada en sus pensamientos y hundida en su propia miseria.

Por primera vez en cinco años, Caitlin se despertó en su habitación de Broken B. normalmente era muy madrugadora, pero al mirar el despertador vio que eran casi las siete de la mañana.

Reno la había llevado al rancho. La noche anterior ella había

estado como un zombie y apenas recordaba verlo empaquetar sus cosas mientras permanecía sentada en la cama del motel.

No había protestado cuando la había sacado de allí, no había tenido fuerzas. Ahora, echada en la cama y mirando al techo, se sorprendió de que él se hubiera encargado de cuidarla. Era absolutamente sorprendente que la hubiera llevado a Broken B. cuando la odiaba tanto.

Quizá eso demostraba que Reno no era tan despiadado como su padre, después de todo. Quizá no la odiara con tanta intensidad como ella pensaba.

En el momento en que la idea le pasó por la cabeza, la desterró con irritación. Reno la culpaba por la muerte de su hermano. ¿Cómo no iba a odiarla?

Pero eran demasiados enigmas. Se levantó y se vistió antes de bajar. Comprender que por fin estaba en su casa fue una tremenda presión para sus frágiles emociones. Estuvo a punto de volver a su habitación, pero se recordó que con el tiempo tendría que enfrentarse a todo.

En silencio, se paseó por la enorme casa del rancho. Conocía hasta el último de sus rincones y fue un alivio ver que casi nada había cambiado. Su padre se había pasado la mayoría del tiempo al aire libre, así que ella asociaba la casa más con los recuerdos de su madre que con él. La madre de Reno apenas había cambiado nada.

Ahora que Jess estaba muerto, pensó en las fotografías de su madre. ¿Las habría destruido su padre o simplemente guardado en cualquier parte? No creía que se las hubiera dado a su abuela, ya que ella nunca las había mencionado. La idea de que todavía pudieran estar en alguna parte de la casa escondidas, le impulsó a buscarlas.

Cruzó el recibidor trasero de camino a la cocina cuando Reno llegó por el otro pasillo y la encontró allí.

Sus ojos estaban clavados con intensidad en su cara, interrogantes.

—Tienes mejor aspecto esta mañana.

Ella se puso rígida cuando su mirada azul descendió por su cuerpo. Notó el interés masculino de su mirada y se sintió levemente amenazada. En otro tiempo, hubiera dado lo que fuera por despertar el interés de Reno, pero ahora la inquietaba.

La irritación brilló en su mirada. Era evidente que la atracción que sentía por ella lo enfurecía. Caitlin no habló.

—Mary tiene el desayuno preparado.

La novedad la sorprendió.

—¿Mary? ¿Ya no está Corrie?

—Corrie se retiró el año pasado y Hannah el anterior.

Corrie y Hannah habían sido la cocinera y el ama de llaves desde la muerte de su madre. Una parte de ella sintió alivio. A Hannah nunca le había caído bien Caitlin. Las dos mujeres se habían encandilado con Beau aunque no hubieran tenido mucho aprecio a su madre y en las dos semanas después de la muerte de su hermanastro, hasta que Caitlin se había ido de la casa, habían estado muy distantes con ella. Caitlin siempre había creído que la habían culpado por la muerte de Beau. Como todos los demás.

Reno esperó a que pasara ella delante y le precediera hasta la cocina.

Mary era una mujer cálida y amistosa que parecía contenta de que la presentaran a Caitlin. Le dio el pésame a los dos y Caitlin se relajó un poco, pero se sorprendió de que Reno se uniera a ella en la mesa del desayuno.

Cuando Mary colocó dos platos con comida frente a ellos, a Caitlin le empezó a despertar el apetito.

Agarró el tenedor y dio un mordisco a los esponjosos huevos revueltos. Cuando Mary se fue de la cocina alzó la vista hacia Reno y lo sorprendió mirándola. Caitlin notó las señales de hostilidad en su mirada. Probablemente odiara tenerla sentada delante de él. De repente ella sintió tanta vergüenza que se le atragantó el bocado y posó el tenedor. El apetito se le había evaporado.

—¿Cuándo es el funeral? —preguntó con suavidad.

—Pasado mañana.

Ninguno de los dos volvió a hablar mientras comían y Caitlin por fin consiguió relajarse lo suficiente como para dar algunos bocados. Reno terminó y se reclinó contra el respaldo para beber el café.

—Me gustaría ver el rancho.

Sus palabras atrajeron una larga mirada ardiente por parte de él. Pudo notar que en cuanto hizo la pregunta él recordó la muerte de Beau porque sus ojos se ensombrecieron de nuevo con dureza.

—Tienes que hacer los arreglos para el funeral.

—Tú has estado más unido a él que nadie —dijo ella con calma —. Estoy segura de que hubiera preferido que tú lo organizaras.

—Tú eres su hija.

Caitlin agarró la taza de café y apenas se atrevió a mirarlo a los ojos.

—Tú y Beau fuisteis los hijos que siempre quiso.

Los ojos azules despidieron chispas de puro odio.

—No nombres a Beau delante de mí.

El ronco murmullo de su voz fue como un puñetazo dado en el plexo solar y tuvo que respirar despacio para aliviar el dolor.

—¿Por qué me has traído a casa? —susurró.

Él la miró con enemistad manifiesta.

—Quizá para demostrarte que tú y yo no podemos vivir bajo el mismo techo, incluso aunque heredes.

—O sea que estás tras tu pieza.

—Tomaré mucho más que una pieza para poder equilibrar la vida.

Ya no se molestó en ocultar su odio hacia ella. Caitlin estaba temblando de la cabeza a los pies y se mantuvo rígida para ocultarlo. El instinto de defenderse a sí misma le hizo ser imprudente.

—Tú nunca quisiste escuchar lo que pasó.

—No soporto las mentiras.

La acusación era tan insultante que desató su furia. Ella nunca mentía.

—¡Vete al infierno, Reno! —exclamó con toda su alma.

—Ya he estado allí.

—Y yo también.

El aire retumbó de odio. La muralla de rabia entre ellos era de kilómetros de alta y tan ancha que nunca se podría cruzar. La idea de que nada de lo que hiciera podría cambiar las cosas le hundió el ánimo.

Caitlin tiró la servilleta a la mesa y se levantó.

—Haz tú los arreglos para el funeral. Yo me voy a montar un rato.

No miró directamente a Reno pero pudo sentir su mirada clavada en ella con odio.

Subió a su habitación aprisa a buscar su sombrero y salió por la puerta principal para evitar encontrarse cara a cara con Reno.

Mientras caminaba por el patio hacia los corrales notó que las cosas estaban casi igual que como las había dejado. Entró en el establo y al instante reconoció a un par de caballos. Los tres vaqueros que habían testificado en su favor no estaban por ninguna parte.

Por otra parte, todos eran hombres viejos. El mayor, Lucky Reed, su ídolo de pequeña, probablemente ya se habría retirado. Caitlin terminó la breve inspección de los caballos antes de seleccionar a uno.

La silla de su padre seguía en el cuarto de los arreos. La sacó junto con unas riendas y lo llevó todo hasta el caballo que había elegido.

El semental negro había sido el favorito de su padre. Hacía cinco años había sido un joven inquieto de cuatro años, pero ahora era un animal adulto, calmado y competente.

Caitlin lo sacó del pesebre, lo cepilló con rapidez y lo ensilló. La excitación la hizo apresurarse. Los recuerdos de la tierra que tanto había echado de menos y de su escondrijo secreto tiraban de ella con fuerza. La única paz real que había conocido en su vida había sido en la tierra y el único verdadero consuelo en su escondrijo secreto.

Ella pertenecía a la tierra. Nunca había tenido un lugar seguro en su familia, pero sí tenía un sitio en la tierra. Lo salvaje de su carácter conectaba de alguna manera con la misma calidad de la tierra y allí se sentía formar parte del Universo.

Mientras pasaba los corrales y establos, algo se despertó dentro de ella y se sintió fundir con el paisaje que se extendía ante ella.

El caballo negro obedecía su mínima orden, estaba bien entrenado y su respuesta acentuó la sensación de Caitlin de control y dominio. Podría no dominar nunca su vida personal o sus relaciones con éxito, pero definitivamente tenía una afinidad con los animales que le hacía sentirse segura de si misma.

Cabalgó durante cerca de una hora antes de tomar otra dirección para evitar acercarse al cañón donde había muerto Beau. No podía soportarlo, así que se dirigió al norte hacia la vieja cabaña.

Lo que para ella era una cabaña, en realidad eran las ruinas de

una casa de adobe de finales del siglo pasado. La mayor parte del antiguo tejado se había desplomado, pero años atrás, ella había acumulado suficiente cantidad de madera junto a la chimenea como para construir un rústico tejadillo. Las dos capas de madera con otra de retama habían provisto la suficiente sombra contra el sol y refugio contra la lluvia. El adobe estaba ruinoso por la intemperie, pero las paredes irregulares eran todavía lo bastante altas como para servir de refugio contra el viento.

En el momento en que vio la cabaña, sintió una oleada de alivio. Todavía seguía como la recordaba.

Desmontó y se acercó al frente, donde en otro tiempo había estado la puerta.

Las golondrinas habían construido sus nidos bajo los restos de las vigas y salieron disparadas al cielo en cuanto la oyeron. Caitlin examinó los alrededores en previsión por las serpientes y se acercó con cuidado a la vieja chimenea.

Como ella no había estado allí para encender fuego, al menos una familia de pájaros había anidado en el antiguo adobe. Escuchó sus trinos y el batir de sus alas, pero no los molestó. Recorrió el perímetro de la estructura antes de sentarse en el alféizar donde en otro tiempo había habido una ventana.

La magia de aquel lugar empezó a calmarla. Los recuerdos de su padre, de Reno y de Beau empezaron a asaltarla, pero allí eran más soportables.

La exigencia de su padre de que pasara por una prueba de paternidad explicaba el trato al que la había sometido durante años. A Jess Bodine no le había importado su compromiso ni fidelidad hacia él y aunque Caitlin era demasiado pequeña como para pensar en aquellas cosas cuando su madre estaba viva, no le habría sorprendido que el infiel hubiera sido él.

¿O lo habría sido su madre? Un hombre tan orgulloso como su padre nunca hubiera tolerado ni la sospecha de que su mujer le fuera infiel y era evidente que no había conseguido separar los sentimientos por su hija de los de su mujer.

El hecho de que la hubiera tratado tan mal era imperdonable. Una niña no debería tener que cargar con el peso de la rabia de un hombre contra su mujer.

Poco a poco, sus pensamientos se desviaron hacia Beau. Beau

había sido un encantador y un diablo. Y también tenía una vena de crueldad que a menudo demostraba con los animales y con ella. Beau había idolatrado a su hermano mayor y en presencia de Reno se había comportado bien para impresionarlo, pero en privado se regocijaba de que su madre le prefiriera a su hermano. Sheila Duvall Bodine había malcriado a su hijo pequeño, dándole todo lo que había pedido, riéndole las gracias y atacando a cualquiera que no aceptara lo que su favorito decía o hacía.

A Caitlin nunca le había impresionado el encanto de Beau ni su atractivo. Cuando había conseguido jugar con el deseo de su padre de haber tenido un hijo varón y había logrado conquistar toda la atención y tiempo de Jess, ella lo había odiado por desbancarla. Su padre por fin tenía al chico que tanto había deseado y había perdido por completo el interés por su hija.

Había sido terrible ver a su padre unido al instante y de forma tan completa a su nueva mujer y su hijo de diez años. Los tres se habían convertido en la devota familia que tanto había ansiado Caitlin, pero a ella la habían excluido.

Reno era diez años mayor que Beau y había dirigido el rancho familiar durante años. Caitlin había notado al instante que él también había sido excluido de la cerrada piña que habían formado los tres, pero al menos su padre lo había tratado de igual a igual y su relación con él había sido sólida y estable.

A Reno nunca había parecido importarle que la vida de su madre y de su hermano girara alrededor de la de Jess de forma tan obsesiva. Él tenía su propia vida y una fuerte confianza en sí mismo y a Caitlin eso le había atraído al instante. Y también le había prestado atención.

No mucha, pues siempre se había asegurado de mantenerla a distancia, pero cuando estaba en el rancho se preocupaba de que los demás no la excluyeran. Solía incluirla en la conversación y hacía comentarios amables en su beneficio. Caitlin había notado enseguida lo bien que la trataba Jess en presencia de Reno y siempre había ansiado sus visitas.

Para cuando cumplió los diecisiete años, se había enamorado de él. Debía haberlo mostrado de forma tan obvia que la actitud de Reno hacia ella había empezado a enfriarse. Ella había sufrido la pérdida de su atención y la miseria de saber que su debilidad había

alejado de su vida a otra persona importante para ella. El corazón de Reno se había cerrado a ella casi como el de su padre y le devastó reconocer lo parecido a Jess que era.

Un año más tarde, cuando había muerto Beau, Reno se había puesto con firmeza contra ella. Él había tomado la iniciativa de conducirla al ostracismo negándose a que hablara con él e impidiendo que asistiera al funeral de Beau. Caitlin estaba segura de que había jugado un papel muy importante en su exilio, aunque había sido su madre la que lo había pedido.

Si el *sheriff* Juno no se hubiera puesto de su parte, estaba segura de que la habrían arrestado y metido en prisión. Pero el hecho de que el testimonio de los testigos hubiera ido a favor de ella, no había hecho mella en Jess ni en su mujer y desde luego, menos en Reno, que no había estado presente en la parte más crítica de las declaraciones. Todos ellos, junto con Maddie, le habían dado la espalda y Caitlin no había podido soportar quedarse en Coulter City.

Había tomado la herencia de su abuela, que había fallecido unas semanas antes que Beau y había vagabundeado durante meses como un alma en pena. Había acabado en Montana trabajando en un rancho recientemente convertido en campo de verano para adolescentes con problemas. Aunque la habían contratado como jinete para enseñar a los niños a montar, emocionalmente se había sentido bien con los chicos enviados por los asistentes sociales.

Estar con aquellos chicos le había ayudado a asimilar la privación emocional que había sufrido ella. Por muy penosa y solitaria que hubiera sido su infancia, los chicos del campamento habían tenido vidas más duras. Su propio abuso emocional y abandono no era nada comparado con el que habían sufrido algunos de aquellos chicos. Ella comprendía su rabia y había aprendido a dominar la suya propia sólo con observar cómo algunos de ellos lo lograban. Los que fracasaban dejaban el rancho con una remota posibilidad de conseguir una vida decente para sí mismos.

Volver ahora a Coulter City y a Broken B había sido la prueba más dura y ahora comprendía lo mucho que le faltaba por conseguir.

La paz de la vieja casa poco a poco calmó sus sentimientos y a última hora de la tarde volvió a montar para cabalgar despacio

hacia el rancho.

Reno observó a Caitlin cabalgar hacia el establo. Se mantenía recta sobre la silla con la mirada clavada en el establo, como si no viera a los pocos peones que trabajaban en los corrales.

Se fijó en el caballo que montaba y en que había usado la silla de Jess. Se tragó la irritación. No había muchos caballos en el establo ese día. Ni tampoco muchas sillas. Caitlin era una excelente jinete y con muy buen criterio para las monturas, así que la elección debía haber sido natural y no un acto simbólico.

Pero el querer otorgarle el beneficio de la duda de repente lo agravió.

Pero también era cierto que había tenido sentimientos encontrados acerca de lo de la prueba de paternidad. Ahora que sabía que Jess dudaba de su paternidad, tenía que admitir que el parecido de la hija con el padre era casi nulo. Todo el mundo decía que era la viva imagen de su madre.

Fue una sorpresa para él comprender que no quería que ella perdiera todos los derechos sobre las propiedades de Jess, fueran cuales fueran las circunstancias de su nacimiento, Jess nunca debería haber condicionado su herencia a algo de lo que ella era inocente.

Y hasta tenía que admitir que Jess había sido brutalmente injusto. Hubiera sido mucho más honesto desheredar a Caitlin por completo tiempo atrás.

Cuando Reno comprendió el derrotero por el que discurrían sus pensamientos y lo lejos que habían ido, sintió una oleada de rabia. Contempló cómo llegaba hasta el establo y desmontaba. La dolorosa turbulencia que le hacía sentir le empañó la mente de sombríos pensamientos.

Ella se movía con una gracia aristocrática que llamaba la atención. El recuerdo de su figura envuelta en aquella minúscula bata la noche anterior le produjo una oleada de calor. Ninguna mujer en su vida lo había afectado con tanta fuerza y eso que él había tenido suficientes como para saber la diferencia.

En cuanto Caitlin condujo su montura al establo, Reno se encontró caminando hacia allí. La alcanzó justo cuando había quitado la silla y la estaba llevando al cuarto de arreos.

—¿Dónde has estado?

Caitlin vaciló ante la áspera pregunta de Reno. Había sabido que aparecería en cuanto ella entrara. Se había preparado para el encuentro, pero su tono de acusación le produjo una oleada de dolor y debilidad. No lo miró a la cara, sino que lo esquivó para seguir hasta el cuarto de las sillas.

—Manteniéndome fuera de tu camino —fue la mayor ambigüedad a la que se atrevió.

Sintió la rabia de él crecer cuando entró en el cuarto y guardó la silla. Salió sin mirarlo y se puso a cepillar al caballo.

El silencio casi se podía mascar cuando ella terminó con el caballo y lo metió en su pesebre. La inquietud de Caitlin se multiplicó cuando le dio una medida de grano al animal, salió del pesebre y cerró la puerta.

Como si pretendiera vigilarla de cerca, Reno toleró la espera. Caitlin no estaba segura de qué hacer a continuación. Su silenciosa furia la intimidaba, pero se esforzó por no manifestarlo y empezó a recorrer el pasillo para irse a la casa.

Reno ajustó el paso al suyo. Aunque ninguno de los dos habló, la tensión entre ellos se mascaba. Para cuando entraron en la cocina, Caitlin tenía un nudo en el estómago.

¿Cómo podría vivir en Broken B con Reno? Sabía que odiaría vivir día a día con su enemigo. Y sin embargo, hasta que descubriera si tenía derecho a la herencia, no le quedaba otro remedio que aguantarlo.

No quería lanzarse a una batalla permanente de querellas, pero si tenía que hacerlo lo haría. Siempre cabía la posibilidad de que él le permitiera hablar de la muerte de Beau. Podría conseguir algún pequeño cambio, aunque era probable que su confesión hiciera que la odiara aún más.

Sin embargo, dependiendo de los resultados de la prueba de paternidad, no tendría que andar pisando huevos en presencia de Reno. Eso ya lo había hecho demasiado con su padre.

Dejaron sus sombreros en la percha y se lavaron. Caitlin usó el fregadero de la cocina y Reno el pequeño aseo del recibidor de atrás. Llegaron los dos al comedor justo cuando Mary acababa de poner la comida en la mesa. Como si la agradable cocinera presintiera la hostilidad en silencio entre ellos, se retiró enseguida a la cocina.

Caitlin ocupó su asiento en la larga mesa pulimentada frente a Reno. Ninguno de los dos ocupó la ornada silla de la cabecera ya que Mary había puesto los cubiertos a ambos lados de ella. El hecho de tener que comer frente a Reno no le ayudó a levantar el apetito, pero Caitlin se sentó con resolución y desdobló la servilleta.

La grave voz de Reno rompió el silencio:

—El duelo es mañana por la noche a las siete. El funeral al día siguiente a las diez de la mañana.

Caitlin no pudo evitar alzar la mirada hacia sus ojos. Reno la estaba examinando con tanta atención que se sintió como una mariposa ensartada en un alfiler. Sus cejas negras estaban arqueadas con gesto de desaprobación.

—¿Preferirías que pasara del duelo… y del funeral?

Su suave pregunta hizo que la expresión de él se hiciera inescrutable.

—Irás a los dos. Y harás el papel de la hija dolida.

Sus roncas palabras fueron como puñales y la obligaron a bajar la mirada hacia el plato.

—Mis habilidades de interpretación son bastante limitadas.

—Tú sólo aparece, mantente distante y cierra la boca.

Dolida por sus palabras, jugueteó con el tenedor antes de decir:

—Acudiré al funeral y al servicio del cementerio, pero no al duelo.

En el funeral y el cementerio, se ahorraría tener que hablar con los miembros de la comunidad que, sin duda, la consideraban una asesina. El duelo era una ocasión mucho más social y no le costaba imaginarse a sí misma tratada como un felpudo. Por no mencionar tener que enfrentarse a otros como Reno, que simplemente no podían ocultar su odio. Beau había encandilado y se había ganado a mucha gente en los ocho años que había vivido en Broken B.

—Irás al duelo —fue el ronco murmullo final de Reno.

Caitlin alzó la mirada para enfrentarse con la furia de los ojos de él.

—Ya sabes lo que todo el mundo piensa de mí.

—Fuiste criada como la hija de Jess. No deshonrarás su memoria con tu ausencia —se detuvo—. Y lo que piensen los demás, te lo has ganado a pulso.

Caitlin no podía apartar la mirada de su dura expresión.

—¿Cuánta gente sabe lo de la prueba de paternidad?

—Jess no hizo ningún anuncio público.

Caitlin entendió al instante lo que Reno no dijo. Jess podía no haberlo publicado, pero de todas formas lo sabía todo el mundo.

Bajó la vista y la debilidad que sintió le puso enferma. Pasaron unos minutos mientras luchaba contra la melancolía que la envolvía. Por fin, con los dedos entumecidos, apartó la servilleta del regazo y la dejó en la mesa. Sin decir una sola palabra, se levantó y salió del comedor.

En el momento en que Caitlin posó la servilleta al lado del plato y se levantó, Reno sintió una fuerte oleada de culpabilidad. El ronco juramento que asomó a sus labios fue silencioso pero lanzado con toda su alma.

Caitlin se fue a su habitación con una punzada de dolor nueva. La crueldad de Jess, incluso aunque estuviera muerto, tenía el mismo poder de destruirla que siempre había tenido. Llevaba menos de veinticuatro horas en Coulter City y Jess ya le había estropeado la esperanza de una estancia pacífica.

Y ahora todo el mundo sabía que él la había considerado bastarda.

Se metió en el cuarto de baño y se quitó la ropa con la esperanza de que una ducha caliente le animara el espíritu. Se quedó bajo el potente chorro tanto tiempo que el agua empezó a enfriarse.

Por fin cerró los grifos y salió. La enorme toalla envolvió su piel con delicadeza. Cuando terminó de secarse, se la enrolló alrededor del cuerpo y la anudó.

Se abandonó al consuelo de sentirse tan fuertemente envuelta. El ansia por estar cerca de otro ser humano siempre había sido reprimida por su secreto terror a acercarse demasiado a alguno.

Aquella paradoja era el tormento de su vida. Pocas veces se había abandonado a aquel anhelo con la esperanza de encontrar el amor de alguien. Pero en el momento en que un beso o un abrazo había empezado a avanzar hacia algo más, había retrocedido.

Nunca se había sentido tocada por la pasión auténtica. Nunca había comprendido por qué los besos febriles y los abrazos apasionados la habían dejado fría. Con el tiempo había llegado a creer que era una mujer frígida. El recuerdo le hizo apretar la toalla aún más antes de quitársela y buscar la bata.

La tensión de las veinticuatro horas anteriores la había agotado. Se cepilló los dientes, se desenredó el pelo y se lo secó de forma automática. Cuando terminó eran poco más de las siete, pero no le importó que el sol no hubiera caído todavía. Dormir era una idea demasiado tentadora como para resistirse.

Había apartado el edredón y la sábana cuando sonó una llamada en la puerta.

—¿Qué quieres?

—Mary te ha guardado la cena caliente.

Caitlin entreabrió los ojos con sorpresa. Reno había sonado áspero, pero lo conocía demasiado bien como para detectar cierta suavidad bajo sus palabras.

Los recuerdos de sus visitas al rancho cuando era pequeña superaron su fatiga. Aquellos dorados recuerdos de las veces en que Reno había sido amable con ella empañaron los ojos de nostalgia.

Se acercó en silencio a la puerta y apoyó una mano temblorosa en la madera. Reposó la frente contra la pared e intentó parecer natural.

—Estaba a punto de meterme en la cama. Ya le daré las gracias por la mañana.

Silencio.

—Abre la puerta.

La baja orden le hizo alzar la cabeza y alcanzar el pomo. El dolor y la repentina furia le hicieron abrir de par en par.

—¿Qué pasa? ¿Es que no has cubierto el cupo de comentarios odiosos de hoy?

Reno llevaba una bandeja en las manos. La vista de la comida sin tocar la sorprendió y lazó la mirada hacia su cara.

Reno maldijo en silencio la culpabilidad que le había impulsado a subirle la cena. Si hubiera pensado que la sorprendería con aquella minúscula bata, le habría pedido a Mary que la subiera ella misma.

Y si hubiera pensado que vería la sorpresa en los ojos de Caitlin y después un leve destello de esperanza, habría aplacado el impulso por completo.

Pasó por delante de ella con la bandeja y la dejó en el pequeño arcón a los pies de la cama antes de darse la vuelta.

Caitlin apenas se había movido del sitio. Sus ojos buscaron los

de él con una intensidad cargada de confusión.

Resuelto a que no pusiera ninguna esperanza en su detalle, murmuró en voz baja:

—Podrías herir los sentimientos de Mary.

Caitlin bajó la vista hacia la bandeja y Reno sintió que su débil esperanza había muerto. Mientras ella clavaba su atención en la bandeja, la de él estaba centrada en su espesa melena de pelo oscuro. Le caía en cascada por los hombros hasta las caderas formando un bonito marco para su cuerpo perfecto.

La mirada de Reno descendió aún más y sintió como su propio cuerpo respondía. El odio no tenía poder sobre su libido y el deseo le hizo comprender que se estaba suavizando hacia ella. Y como la deslealtad no entraba en su código de conducta, se le contrajo el estómago de disgusto.

Caitlin alzó la mirada de la bandeja a la cara de Reno. Su expresión estaba más dura que nunca como si ya se hubiera arrepentido de su detalle. Ella se puso tensa como gesto de protección y contestó con cortesía:

—Gracias.

El tiempo pareció detenerse entre ellos al mirarse. Ninguno de los dos se movió. Cuando la mirada azul de Reno hizo un largo trayecto de su cara a sus pies, ella sintió un peculiar vacío en su cuerpo. La habitación pareció de repente sofocante y Caitlin tenía el corazón desbocado y la respiración entrecortada.

Reno avanzó en su dirección y ella se retiró al instante de la puerta. Su mirada se apartó de ella al pasar por delante.

En el momento en que desapareció, Caitlin cerró la puerta con rapidez. La inquietud que sentía la dejó temblando en la habitación silenciosa mientras escuchaba el eco de sus pasos desaparecer.

Al principio, el duelo fue una pesadilla. Parecía que se había presentado todo el mundo de aquella parte de Texas. Caitlin se mantuvo rígida y soporto los breves saludos y las tensas inclinaciones de cabeza. Ninguno de los que se acercó a expresar sus condolencias se detuvo a hablar con ella.

La mayoría de los trabajadores del Broken B se mezclaba con la gente del pueblo, petroleros y ganaderos, que llenaban el recibidor del tanatorio. Caitlin reconoció a muchos de ellos. Cada vaquero del rancho reconoció su presencia con una cortés inclinación de cabeza

al pasar. A pocos pasos en la fila vio a los tres viejos vaqueros que habían testificado en su favor en el juicio.

¿La saludarían como los demás? ¿Habría el tiempo y los rumores cambiado su actitud hacia ella?

Su testimonio la había absuelto legalmente de la muerte de Beau, pero ella nunca había estado segura de lo que habían presenciado realmente. Su padre la había aislado de todo el mundo desde aquel día, así que nunca había podido enterarse si habían sido testigos del acto imprudente que había causado la muerte de Beau.

Lucky Reed fue el primero de los tres en llegar hasta ella seguido de Bob Wilson y de Tar Bailey. Sus caras curtidas por el aire libre estaban solemnes.

Lucky le ofreció su mano callosa; era la primera persona en toda la tarde que se la ofrecía y Caitlin la estrechó agradecida.

—Espero que piense quedarse, señorita Caitlin. El Broken B es su casa por derecho.

A Caitlin no se le escapó que Lucky no hizo ningún comentario acerca de la muerte de su padre ni le dio el pésame. Y en mirada de sus amables ojos castaños vio la lealtad y simpatía que siempre le había demostrado. Lucky, más que ninguna otra persona, había presenciado la dureza de su padre hacia ella y la crueldad de Beau. Y como era un hombre al que su padre respetaba, su frecuente defensa le había ocasionado el castigo de ser enviado con las vacas a las partes más alejadas del rancho.

En privado, Caitlin siempre había creído que todos los vaqueros del Broken B se habrían despedido si Lucky se hubiera ido. Su padre había sido lo bastante sagaz como para saber que su dureza con los empleados había causado que la mayoría de ellos fueran más fieles a su capataz que a él. Ella nunca había estado tan unida a su padre como para saber si podía haberse sentido resentido por aquel hecho.

Le dirigió una leve sonrisa temblorosa al viejo vaquero.

—Gracias, Lucky —dijo con voz estrangulada.

El viejo plantó su mano libre sobre la de ella en una rara muestra de afecto y bajó aún más la voz:

—Duvall es un hombre justo. Ya entrará en razón con el tiempo.

A Caitlin le escocieron los ojos. Las emociones eran demasiado potentes como para poder contenerlas y estrechó las manos de

Lucky entre las suyas.

—Sí, en cuanto las vacas de Broken B paran terneros de color púrpura.

La exageración le hizo al viejo vaquero esbozar una sonrisa de tristeza.

—Si se queda el tiempo suficiente, nos encargaremos de venderlos —su cara se hizo solemne de nuevo—. Su madre era una buena mujer religiosa y Jess no tenía derecho a dudar de ella.

Una lágrima se le desbordó por el rabillo del ojo y Caitlin alzó la mano enseguida para secarla. Apenas pudo murmurar:

—Gracias.

—Cualquier cosa que necesite, cualquier cosa que la preocupe, háganoslo saber a Tar, a Bob o a mí.

La áspera oferta de Lucky fue coreada por los otros vaqueros que le estrecharon la mano y le mostraron su respeto. Los tres hombres la rodearon el resto de la tarde en señal de lealtad.

Poco a poco, las emociones de Caitlin fueron asentándose. Se había asegurado toda la tarde de no mirar en dirección a Reno, así que no tenía ni idea de cómo se estaba tomando la actitud de Lucky y de los otros dos. Su prima, Madison, ni siquiera apareció.

Cuando el duelo finalizó y la gente empezó a desaparecer, fue un profundo alivio. Reno debía haber salido con todos los demás, y Lucky y los dos viejos vaqueros fueron los últimos en irse.

Caitlin se quedó en la sala cubierta de flores. Miró hacia el ataúd por última vez.

Muerto, las facciones de su padre eran menos duras. Aunque su larga enfermedad había cambiado su aspecto de forma dramática, todavía quedaban los duros rasgos del hombre que había sido.

El dolor que no se había permitido a sí misma desde la noche de su muerte, le atenazó ahora el corazón. Aunque el misterio del rechazo de su padre tenía ahora una explicación, la seguía atormentando saber que Jess nunca había sentido remordimientos por la manera en que la había tratado, que nunca se había interesado de verdad por su bienestar o considerado los efectos que podían tener sus actos en la vida de su hija, ni el enorme vacío psíquico y emocional que le había dejado. Él no había valorado nada en ella y se había dedicado en cuerpo y alma a castigarlas por el pecado que creía que su madre había cometido contra él. Lucky

creía que su madre era inocente. Si eso era verdad, completaba la tragedia de su infancia.

Una parte de ella deseó de repente no ser hija biológica de Jess porque era menos penoso pensar que había sido rechazada por un hombre que no era su verdadero padre y se encontró aferrándose de forma irracional a la esperanza de que el resultado de la prueba fuera negativo. En aquellos momentos frente al ataúd, reconoció que para la niña que había sido era más importante fallar en la prueba que heredar el rancho.

Reno se acercó al mueble bar del estudio del rancho y se sirvió un *whisky*.

No desaprobaba la lealtad que los viejos vaqueros le habían demostrado a Caitlin. Sabía que Lucky había salido siempre en defensa de ella y había oído a Jess resentir su interferencia, pero la había tolerado.

Lucky, Bob y Tar eran unos hombres escrupulosamente honestos así que Reno creía por completo sus declaraciones referentes a los esfuerzos que había hecho Caitlin por salvar la vida de Beau, aunque pensara que ella era la responsable de su muerte.

El juez no había tenido en consideración los testimonios acerca de los conflictos entre Caitlin y Beau. En vez de eso se había centrado en el testimonio de los tres hombres que iban galopando hacia el cañón desbordado.

Según lo que había declarado Lucky, Caitlin estaba en el suelo a poca distancia y del borde entre ella y el cañón estaba Beau de pie. En su loca carrera por llegar hasta los dos chicos, había penetrado en una hondonada por lo que los habían perdido de vista unos preciosos segundos.

Para cuando remontaron la colina, un pedazo de tierra había cedido y se estaba hundiendo en la corriente. Beau se había lanzado hacia Caitlin para no caerse, pero ella estaba arrastrándose hacia atrás al notar que el suelo bajo sus piernas estaba cediendo.

Beau le había asido el tobillo, pero según los tres vaqueros, el agua había subido y o bien a Beau se le había resbalado la mano de la bota llena de fango o la fuerza de la corriente lo había arrastrado.

Aunque Lucky había testificado que Caitlin se había salvado por los pelos de ser arrastrada como Beau, la madre de Reno creyó que Caitlin le había dado un puntapié para que no la asiera por el

tobillo. Sheila Bodine se había levantado y había declarado antes de que el juez golpeara con el martillo y la llamara al orden. Su madre se había puesto histérica y había gritado que Lucky mentía por defender a Caitlin. El juez había ordenado a Sheila que saliera de la sala y Reno la había acompañado mientras proseguía el juicio.

Aunque Reno creía que Lucky y los otros habían dicho la verdad, también pensaba que su lealtad hacia Caitlin podía haber teñido la interpretación de lo que habían visto. Como ellos todavía se encontraban a cierta distancia cuando el banco se había derrumbado y Beau la había asido por el tobillo, Caitlin no podía haber notado su presencia. Era lógico que hubiera creído que podía desembarazarse de Beau dando un puntapié.

Como el arrebato de Sheila se había comentado y su interpretación de lo que había ocurrido acabó siendo la versión que creía la mayoría de la gente. Todo el mundo conocía la amarga rivalidad entre los dos chicos. La mayoría había simpatizado con Caitlin, pero cuando Beau había muerto, la gente empezó a creer que ella era la culpable. Después del interrogatorio, cuando Jess echó a Caitlin de Broken B todo el mundo lo tomó como señal de que hasta su propio padre creía que su hija había escapado al castigo de la ley.

Pero él había oído que las declaraciones de los tres habían revelado su salvaje carrera hacia el caballo y después su persecución a lo largo del borde de las aguas turbulentas para echarle un lazo a Beau. Los jinetes habían estado demasiado lejos para que ella oyera sus gritos o los bufidos de sus caballos sobre el rugido del agua, así que sus esfuerzos debían haber sido genuinos.

A menos que de repente comprendiera lo que había hecho al dar la patada a Beau y se sintiera frenética por rectificar su malévolo acto.

Cuando Beau había sido golpeado por un tronco arrastrado por la corriente y había desaparecido bajo la superficie del agua oscura, Caitlin había dejado de intentar tirar el lazo, había parado a su caballo y había estado a punto de arrojarse al agua tras Beau si Lucky no la hubiera alcanzado y forcejeado con ella para impedir que se tirara al agua. Habían tenido que intervenir los tres hombres para retenerla.

Más tarde, habían encontrado el cuerpo de Beau unas millas más

abajo. La fuerza del agua le había arrancado la mayor parte de la ropa y los troncos y residuos que arrastraba lo habían golpeado tan brutalmente que habían dejado su cuerpo casi irreconocible. Reno había sido el que lo había identificado.

El horror de aquella imagen todavía lo acosaba y tragó el *whisky* con la esperanza de que su fiero ardor lo distrajera de los recuerdos.

El dolor los había asaltado a todos entonces, pero su madre era la que más lo había sufrido. Incapaz de soportar la muerte de su hijo pequeño, había perdido la cabeza poco después. Sus días habían transcurrido en un mar de angustia sucedidos de horas agotadoras de ataques de rabia. Raramente comía y dormía muy poco. O bien se paseaba por la casa como un fantasma o se encerraba en su habitación a gritar. La mayor parte de su rabia había sido dirigida contra Caitlin, pero a veces, en sus peores momentos, también contra Reno.

Reno había aceptado tiempo atrás que Beau era el hijo favorito de su madre. La madre y el hijo habían estado inusualmente unidos. Como él había tenido que cargar con la responsabilidad de dirigir el rancho a los diecisiete años, tras la muerte de su padre, Reno no había podido formar parte de aquella estrecha relación entre su madre y hermano.

Él había desaprobado el hecho de que su madre malcriara a su hermano con su atención y afecto exagerados, pero había guardado silencio. Sheila había tenido una época difícil tras la muerte de su primer marido y Reno pensaba que dedicarse en cuerpo y alma a su hermano pequeño y había sido su forma de superarlo.

Él había desdeñado su propio dolor. A los diecisiete años, se había considerado demasiado hombre como para recibir mimos y ser malcriado como su hermano menor.

Con los años, su madre había llegado a verlo como la figura de autoridad y el que llevaba el dinero a casa más que como a un hijo. Después de la muerte de Beau, él se había dado cuenta de la enorme barrera que se había creado entre él y su madre cuando empezó a acusarlo de ser el hijo que seguía vivo.

Nunca olvidaría sus primeros gritos de furia cuando tropezaba con él, le abofeteaba en la cara y lo maldecía por estar vivo mientras que Beau estaba frío en su tumba.

Después de eso, Jess había buscado ayuda profesional. En los

meses siguientes, su madre había estado entrando y saliendo constantemente del psiquiátrico de Coulter City. Y aunque parecía tener momentos de lucidez, nunca se había recuperado del todo.

En su último día de vida, había estallado en otro arrebato de furia. Los problemas de corazón que le habían sobrevenido hacía poco tiempo le hacían sensible al ataque de corazón que la mató. Pero no antes de maldecirlo por última vez por no ser el hijo al que había enterrado.

Después habían descubierto que había estado escondiendo la medicación en vez de tomarla, lo que explicaba la intensidad del último ataque de rabia. Pero nada, ni la anormal intensidad de su dolor, justificaba el que lo culpara de estar vivo.

Reno se sirvió otro *whisky*.

Seguramente era la injusticia de lo que su madre le había hecho lo que le hacía sentir aquella extraña simpatía por Caitlin. Cuanto más recordaba sus visitas a Broken B, años antes, más se empezaba a preguntar la aspereza con que Jess debía tratarla cuando él no estaba presente. La demanda de la prueba de paternidad era tan cruel como el deseo de su madre de que hubiera muerto él en lugar de su hermano. Quizá por eso se estuviera suavizando hacia Caitlin.

¿Qué sería lo que habían visto Lucky y los otros aquel día? ¿Habría pateado a Beau a propósito o a él se le habría escapado la mano de la bota? ¿Podría haber sido que el instinto de supervivencia hubiera sido tan fuerte como para zafarse de la mano de Beau y evitar ser arrastrada con él a la corriente?

Fuera lo que fuera lo que había ocurrido, era un hecho que Caitlin era la razón por la que Beau se encontraba en el cañón aquel día. Si no se hubiera preocupado todo el mundo porque ella hubiera salido sola con aquel tiempo, Beau no habría salido a buscarla. Si hubiera estado en la casa a la que pertenecía en vez de salir por un arrebato de los suyos, Beau estaría todavía vivo.

Esa vez, el *whisky* le quemó la garganta, pero no hizo nada por aliviar la agitación que sentía en su interior.

En el funeral, Reno, Caitlin y su prima, Madison se sentaron en la capilla privada reservada para la familia. Reno se sentó entre las dos primas y el que estuviera a su lado sorprendió a Caitlin.

A menos que fuera para evitar los rumores. Por otra parte, ella pensaba que causaría más rumores que se sentara a su lado en vez

de mantener las distancias con ella.

Hizo un esfuerzo por no interpretar sus acciones de forma esperanzada. Había estado distante todo el día con ella aunque la hostilidad parecía haber cesado. Podría ser porque estuviera concentrado en el funeral. Tenía sentido porque era el único de la capilla que había sentido realmente la muerte de Jess, ya que su relación había sido buena con él.

Madison no habló con Caitlin. En vez de eso, mantuvo un silencio glacial que advertía a Caitlin de no dirigirse directamente a ella. La habilidad de su prima para ignorarla como si no existiera aumentó la melancolía que sentía.

Madison se había convertido en una mujer muy bella. Se había puesto mechas en el pelo ya rubio y vestía con mucha elegancia. Su experto maquillaje y uñas de manicura perfecta daban a entender la obsesión por la apariencia que tenía. Ya no había rastro del chicote que había sido en otro tiempo.

Su frígida belleza rubia contrastaba con el color moreno de Caitlin, pero sus ojos eran del mismo color zafiro y compartían las mismas facciones aristocráticas de la familia.

Caitlin pensó en las fotografías de su madre, que había sido incapaz de encontrar en el rancho. ¿Se atrevería a preguntarle a Madison si las había visto entre las cosas de la abuela? ¿La contestaría siquiera su prima?

El servicio pareció durar una eternidad. Caitlin se mantuvo con los ojos secos aunque sentía el corazón atenazado. Cuando acabó, Reno las condujo al coche de la familia que seguiría al del ataúd.

Madison declinó la invitación a subirse al coche familiar y se deslizó en la parte trasera de su Cadillac negro. Su chofer la llevó hasta el cementerio.

El servicio del cementerio fue afortunadamente breve aunque la gente tardó bastante en reunirse alrededor del panteón.

La madre de Reno, Sheila, compartía la misma tumba que Jess y Beau estaba enterrado junto a su madre. La madre de Caitlin estaba enterrada en otra parte del cementerio, exiliada para siempre.

El largo número de congregados le hizo sentir vergüenza a Caitlin. Ella se sentó junto a Reno y Madison en las sillas reservadas para la familia y sintió las miradas de curiosidad de todo el mundo a su alrededor. Cuando el breve servicio finalizó, se levantó en

silencio con la intención de escapar del ritual de los pésames y de la gente que se alineaban para pasar por delante de la familia.

Estaba empezando a apartarse de la sillas para meterse entre la multitud cuando Reno la asió por el codo. Su contacto fue inquietante y le sorprendió que él avanzara hacia la multitud manteniéndola a su lado. Escuchó algunos murmullos de sorpresa, pero los presentes salieron ante ellos en muda deferencia.

Ya en el interior del coche, Caitlin miró una vez al perfil férreo de Reno, pero sus firmes modales le impidieron cuestionar sus actos. El conductor arrancó y como no había ventanilla de separación, los dos guardaron silencio.

Cuando llegaron de vuelta al rancho, ella y Reno entraron juntos a la casa. Reno había contratado gente extra para ayudar a Mary con la multitud que esperaban tras el funeral. La mesa del comedor había sido puesta con un buffet frío. Caitlin se separó de Reno al pie de las escaleras.

—¿A dónde vas?

La grave pregunta la hizo vacilar.

—He pensado que voy a montar un poco.

—Vamos a tener visitas.

Caitlin sacudió la cabeza, pero no lo miró.

—No, tú vas a tener visitas.

Esperó tensa a que Reno le pidiera que se quedara.

—Llévate el teléfono móvil.

Su áspera orden la hizo relajarse. No había querido empezar a discutir con él, pero no quería quedarse en la casa para soportar las miradas de desaprobación de los invitados al funeral.

Ya había pensado que Reno la había apartado de la tumba para evitarlo y su rápida capitulación a que se saltara la cena y se alejara de la casa lo confirmaba.

Caitlin subió apresurada las escaleras, se cambió de ropa y escapó del rancho justo cuando empezaron a llegar los primeros coches.

Era ya tarde cuando regresó al establo. Ya no había actividad en la casa principal y los coches habían desaparecido.

En el momento en que condujo al caballo al establo, captó un leve aroma a sulfuro y a humo de cigarrillo. Soltó las riendas de su montura y caminó en silencio por el pasillo para encontrar la fuente

del olor.

Fumar en los establos y graneros estaba terminantemente prohibido con tanta madera como había. Incapaz de encontrar a nadie en el granero, volvió junto a su caballo, pero el olor a cigarrillo todavía flotaba en el aire.

Unos susurros infantiles por encima de su cabeza la hicieron alzar la vista. El desván de heno que había sobre el establo podía no estar lleno en aquella época del año, pero seguía estando prohibido fumar allí. Por los sonidos debía haber allí arriba un par de chiquillos de las familias que trabajaban en el rancho.

Caitlin trepó por la escalera de madera que subía al desván. La mitad del espacio estaba lleno de balas de paja, pero, como esperaba, la otra mitad estaba vacía. Un pequeño fuerte de balas de paja había sido levantado a un lado del empinado tejado. Las risas y las voces infantiles junto con el humo del tabaco, venían de dentro de fuerte de paja.

No pudo evitar que una madera crujiera bajo su peso.

Caitlin escuchó un gemido y un susurro y llegó hasta la pared más baja del fuerte justo cuando los dos chicos estaban apagando el cigarrillo. La caja de cerillas vacías y las cerillas quemadas en el suelo entre ellos indicaban que no era la primera vez que se escondían allí para jugar con cerillas.

—¿Quiénes sois? —preguntó Caitlin con seriedad.

Los chicos alzaron la vista con los ojos oscuros cargados de sorpresa y miedo. No debían tener más de nueve o diez años. Tardaron tanto en responder que Caitlin repitió la pregunta.

—Éste el Billy —dijo el más alto señalando al otro—. Y yo soy Mike.

Caitlin los trató con firmeza haciéndoles recoger todas las cerillas junto con la colilla antes de examinar por sí misma las pacas de paja por si hubiera caído alguna chispa. Mientras los chicos se levantaban, desmanteló el fuerte y los acompañó escaleras abajo haciéndolos esperar a que guardara el caballo.

Los dos chicos parecían tenerle miedo, pero no hizo nada por aplacarlo. Era mejor que se asustaran a que volvieran a repetir el juego. Los incendios en los graneros podían ser mortales y no podía soportar la idea de imaginar a un niño atrapado en uno de ellos.

Entonces les hizo que la condujeran a su casa. El vaquero que les

abrió la puerta los hizo entrar. Al principio la trató con respeto, pero Caitlin notó la desaprobación en su mirada. Su mujer la miraba con recelo.

Los dos padres se mantuvieron sombríos mientras ella les enseñaba la caja, las cerillas quemadas y la colilla. Cuando terminó de contar lo sucedido, el vaquero le contestó con voz grave:

—Yo arreglaré esto con mis chicos, señorita Bodine.

El resentimiento de los dos padres era manifiesto en sus caras serias y el nerviosismo le hizo intentar aplacarlos de alguna manera.

—Recuerdo cuando Lucky Reed me sorprendió fumando a mí en el mismo altillo —dijo con una sonrisa—. Fue… memorable.

Ninguno de los dos habló. En vez de eso, la mirada de la mujer se endureció como si le hubiera ofendido que se comparara a sí misma con sus hijos. La leve sonrisa de Caitlin desapareció.

—Tiene unos hijos muy guapos —comentó por diplomacia más que por sinceridad.

Por desgracia, sólo consiguió prolongar el hostil silencio. Entonces hizo un gesto de cortés despedida y se dio la vuelta para irse. La puerta se cerró de un portazo en cuanto la cruzó.

Caitlin caminó hasta la casa principal disgustada por la hostilidad apenas encubierta del vaquero y de su mujer. Quizá debería habérselo contado a Reno y dejar que lo hubiera solucionado él.

Para cuando llegó a la casa principal, Mary ya había terminado de trabajar porque se oía la televisión en sus dependencias, así que se sirvió algunas sobras de la cena.

Entonces sonó el teléfono, pero alguien lo contestó antes de la segunda llamada.

Se obligó a dar unos bocados pero lo dejó ante la falta de apetito.

Subió a su habitación para prepararse para meterse en la cama. Era un día que estaba deseando poner fin. El funeral había terminado y había conseguido sobrevivir. Sólo deseaba olvidarse del vaquero y de su mujer, pero no podía dejar de recordar la escena. ¿Qué pensarían de ella los demás trabajadores del rancho? Si pudiera heredarlo, ¿aceptarían su autoridad alguna vez? ¿Y si no aceptaban su presencia en el rancho de ninguna manera?

Una vez más consideró la idea de dejarlo todo detrás y

abandonar Broken B para siempre. De repente le pareció que mantenía un equilibrio precario entre un pasado que no podía superar y un futuro teñido para siempre por los acontecimientos del pasado.

La inquietud le hizo terminar de ducharse con rapidez y secarse el pelo. Cuando salió del cuarto de baño el interfono de la mesilla estaba sonando. Caitlin se acercó y pulsó el botón.

—¿Sí?

—Quiero verte ahora mismo —fue la áspera contestación de Reno.

Su inquietud fue en aumento.

Caitlin se puso unos vaqueros limpios y una blusa y se apresuró a bajar al estudio con el estómago en un puño. Algo iba mal y no hacía falta ser un genio para imaginarse qué.

—Dean Carnes y su mujer están disgustados con que hayas estado alrededor de sus hijos.

Caitlin se adelantó, pero no se sentó en una de las mecedoras. Reno estaba reclinado contra el respaldo de la enorme silla giratoria tras la mesa con la cara tensa de desaprobación.

—Pillé a los chicos en el desván fumando un cigarrillo y jugando con cerillas.

Reno enarcó sus cejas negras e ignoró su explicación.

—No quieren que te acerques a sus hijos.

A Caitlin se le hundió el alma.

—Si hubieran iniciado un fuego en el altillo, sus padres tendrían cosas peores de que preocuparse que por mí.

—Dean Carnes es más valioso para el rancho de lo que eres tú ahora mismo, así que mantente alejada de ellos.

Dolida, Caitlin desvió la mirada.

—Estoy segura de que crees que hasta un burro viejo es más valioso de lo que yo seré nunca —dijo antes de mirarlo a los ojos—. Si yo heredo una parte, Dean Carnes tendrá que ser sustituido.

—Carnes tiene que mantener a una familia.

Caitlin asintió.

—Pues entonces más le vale recordarlo.

Su amenaza pareció cargar el ambiente entre ellos y Reno le dirigió una mirada ardiente de furia.

—Si despides a cada hombre de este rancho que no te bese los

pies, no quedarán suficientes ni para llenar una furgoneta.

—No tienen por qué besarme los pies. Sólo tienen que tolerarme y mostrar un respeto razonable.

—El respeto es algo que se gana uno.

Ella alzó la barbilla.

—Los hombres seguirán tus instrucciones.

El silencio se prolongó y la dura expresión de Reno no cambió.

—Entonces abandona.

Cualquier pequeño avance que pensara que había conseguido con él, desapareció en ese momento. Caitlin se tragó las emociones que de repente la ahogaban y contestó con voz suave:

—Algún día tendrás que escuchar lo que pasó cuando murió Beau.

La mirada de Reno fue imponente.

—Tú fuiste la razón de que Beau se encontrara aquel día en el cañón. Si no te hubieras largado en un arrebato de los tuyos, el seguiría vivo.

Aunque la furia de Reno irradiaba alrededor de ella, Caitlin mantuvo el terreno. Cuando la madre de Reno se había puesto histérica en el juicio, él la había tenido que acompañar fuera de la sala.

—Tú nunca escuchaste la declaración entera de Lucky, ni la de Bob y Tar. Y nunca oíste la mía.

Una furia fría iluminó los ojos de Reno antes de que desviara la mirada. Apartó la silla hacia atrás con tanta brusquedad como violencia antes de apilar los papeles que tenía delante. No volvió a mirarla aunque ella notó cómo le palpitaba un músculo de la mandíbula.

—Sal —mascculló con tono amenazador.

Caitlin vaciló, pero Reno era inamovible. La frustración de la situación le atenazó la garganta. La muralla de odio entre ellos pareció más formidable que nunca y la idea de que la verdad podría hacerle odiarla aún más lo hizo sentirse impotente. Se dio la vuelta y abandonó la habitación en silencio.

Su pesadilla fue tan sombría como las turbulentas aguas que rugían al borde del cañón.

Caitlin estaba echada de espaldas, empapada y exhausta, jadeando de terror y alivio. Beau estaba demasiado cerca del borde

y ella se lo dijo. Dos veces.

De repente, la tierra tembló bajo sus piernas. Asustada, gritó mientras intentaba incorporarse. El instinto le hizo retroceder y buscar tierra firme. Cuando la ribera cedió, su pierna se resbaló.

La sonrisa burlona de Beau se transformó en una mirada de horror cuando el saledizo de terreno en el que encontraba cedió. Caitlin dobló la otra pierna para posar el pie en terreno sólido en el mismo instante en que Beau se lanzó hacia ella. El tiempo pareció transcurrir en cámara lenta mientras veía a Beau buscar su bota y agarrarse a ella. Pero ella estaba retirando la pierna por el instinto de supervivencia y sólo pudo ver con los ojos abiertos como platos cómo la mano de Beau se deslizaba por el cuero fangoso…

Caitlin se despertó ante el sonido de su propio grito. A mitad de camino de la cama y desorientada en la oscuridad, tropezó y cayó de rodillas. Estaba sacudida por los escalofríos y tenía náuseas y la respiración jadeante. Por fin se obligó a ponerse en pie para llegar hasta el cuarto de baño.

Inspirando para que la náusea no la asaltara, encendió la luz y se sentí en el borde de la bañera. La pesadilla no había sido tan vívida desde hacia meses.

«Tú fuiste la razón de que Beau se encontrara aquel día en el cañón. Si no te hubieras largado en un arrebato de los tuyos, él seguiría vivo».

Las palabras de Reno la acosaban. Estaba equivocado, tan equivocado… Ella no era la causa de que Beau se encontrara en el cañón, pero al final, sí había sido la causa de su muerte. Ella no había pretendido patear para zafarse de su mano. En momentos más lúcidos, había comprendido que él se había asido a su bota en el momento equivocado y como ésta estaba tan resbaladiza por el barro, no había conseguido sujetarse. Su otra pierna ya estaba hundida en el agua hasta la rodilla. Ella no hubiera conseguido el equilibrio ni el tiempo suficientes para intentarlo de nuevo antes de caerse.

La amarga verdad era que si hubiera vacilado una fracción de segundo, Beau hubiera podido tener alguna oportunidad. Si no hubiera retirado la pierna por impulso para buscar terreno sólido, él habría podido asirse con más firmeza antes de que el agua lo arrastrara.

Pero si hubiera vacilado lo suficiente para que Beau se hubiera podido sujetar, los dos habrían acabado arrastrados por la corriente. Aquel impulsivo movimiento era lo que le había salvado a ella. Sin él, ella no hubiera podido retroceder lo suficiente como para no caer con la tierra que se había desplomado. Como le había pasado a Beau.

La hueca sensación de agonía aumentó sus náuseas y tuvo que apoyar la frente contra el frío de las baldosas. ¿Por qué habría sido Beau el que tenía que haber muerto y no ella? ¿Por qué no podía haber muerto con él? Por muy vacía e infeliz que hubiera sido su vida hasta aquel día, su vida había terminado en el mismo momento que la de él. Por muy salvaje, egoísta y cruel que Beau hubiera sido, había sido querido y valorado por todo el mundo.

A veces se había preguntado si aquello no sería el ultraje que todos habían sentido por la muerte de Beau. Ultraje porque hubiera muerto el favorito en vez de la que importaba mucho menos.

El dolor le produjo nuevas oleadas de tristeza. Cerró los ojos y se obligó a soportarlo aunque ya no sabía porqué se preocupaba más. Los recuerdos no se borrarían nunca y nunca tendría paz. Los había superado lo suficiente como para poder funcionar, pero estaba tan cansada de la batalla, tan cansada del fracaso…

Después de un rato consiguió levantarse y apagar la luz, caminar a oscuras hasta la cama y meterse en ella. El agotamiento consiguió que se rindiera al sueño.

El abogado de Jess llegó al rancho a la tarde siguiente para la lectura del testamento. Como ella sospechaba, Reno lo heredaba todo, acciones, propiedades, los negocios de petróleo y gas y la mitad del rancho. Aguantó la lectura de lo de la prueba de paternidad y sintió de nuevo la crueldad de tal exigencia.

De repente se le ocurrió que su padre podría haberle dejado otra cosa del mismo valor que la mitad del rancho. Jess tenía otras propiedades, unas que la hubieran liberado de tener una herencia conjunta con Reno.

El hecho de que la hubiera atado a compartir algo con un hombre que la odiaba, sólo era otra forma de castigarla y como tendría que demostrar ser la hija biológica de Jess para heredar conjuntamente con Reno, eso demostraba que la sangre no tenía nada que ver con el trato de su padre hacia ella.

Las antiguas inseguridades la asaltaron de nuevo. El miedo secreto a que nadie pudiera quererla nunca fue más devastador que en ese momento. Caitlin abandonó la habitación en el instante en que el abogado terminó. Su copia del testamento permaneció en la mesa sin tocar.

Los días siguientes fueron solitarios y monótonos. Caitlin llevaba fuera demasiado tiempo como para recordar la soledad que había sentido en Broken B, pero ahora la asaltó con renovada fuerza. Como Reno quería que se mantuviera alejada de los hombres y que no tomara parte en ningún trabajo del rancho, no tenía nada que hacer para pasar el tiempo. Se daba largos paseos a caballo durante el día, pero empezaba a sentirse como cuando vagaba solitaria por la casa en los años posteriores a la muerte de su madre. Las pesadillas la asaltaban cada noche ahora y sin la distracción del trabajo, la acosaban durante el día también.

Había buscado las fotografías por toda la casa dos veces más, pero no había encontrado ninguna. Hasta había llamado a Madison para preguntarle por ellas, pero Maddie se había negado a contestar a su llamada.

Por fin, cuatro días después del funeral, Caitlin se fue en coche hasta el pueblo y aparcó frente a la mansión que Madison había heredado de su abuela. Subió hasta la puerta principal y llamó. Una doncella la abrió al instante.

—¿Puede decirle a la señorita St. John quién la busca?

La agradable sonrisa de la doncella se evaporó en cuanto Caitlin dio su nombre.

—La señorita St. John no recibe visitas esta tarde, señorita Bodine. La próxima vez, llame por favor por teléfono antes de tener que dar todo el paseo hasta el pueblo.

La doncella iba a cerrar la puerta, pero Caitlin puso una mano para impedírselo.

—¿Le importaría darle un mensaje?

Era evidente que la doncella estaba avisada acerca de ella, pero inclinó la cabeza con educación en señal de asentimiento.

—He estado buscando fotografías de mi madre. Le agradecería a la señorita St. John que me pudiera buscar alguna. Nuestra abuela debía tener varias.

—¿Y dónde debería llamar la señorita St. John si puede

encontrar alguna?

—Estaré en el rancho. Y si no estoy allí, alguien me pasará el recado.

El brusco «buenas tardes» de la doncella y su rapidez en cerrar dejaron a Caitlin de pie frente a la puerta con un palmo de narices. Se dio la vuelta y volvió a su coche.

Caitlin dedicó un momento a observar las enormes mansiones que se alineaban al otro lado de la calle y los monstruosos y bien cuidados jardines que separaban cada residencia. Las mansiones de la parte de la de Madison eran igual de grandes y espaciosas. Caitlin vio por el rabillo del ojo moverse dos cortinas de dos casas diferentes antes de volver a su sitio.

La idea de que al menos dos personas de la zona más rica de Coulter City se sintieran inclinadas a vigilarla no mejoró su estado de ánimo.

Para el día siguiente, Caitlin ya había tenido suficiente. Tenía que hacer algo. Había varios trabajos solitarios en un rancho del tamaño de Broken B, así que Reno tendría que permitirle que trabajara. Como Jess había exigido la prueba más exhaustiva de ADN, los resultados podrían tardar semanas.

Como había pedido una baja indefinida en el rancho de Montana, se volvería loca si no tenía nada productivo que hacer con su tiempo. Al principio la oportunidad de poder heredar la había hecho desear quedarse y luchar, o al menos quedarse en Texas tanto tiempo como pudiera, como despedida hacia el rancho en el que se había criado. Ahora no estaba tan segura de que el rancho o la espera merecieran la pena.

Ya había decidido no recurrir el testamento si la prueba daba negativa. No tenía sentido matarse a luchar por algo que alguien no quería darle. E incluso si los resultados salían a favor suyo, no estaba segura de cuanto tiempo se quedaría. En un pueblo del tamaño de Coulter City y la comunidad de ranchos que lo rodeaba, rehuir a la gente era un eficaz método persuasivo para echar a los indeseables. Si la actitud pública hacia ella, la de Reno en particular, no cambiaba, con el tiempo no le quedaría otra elección que abandonar la zona.

Y mientras tanto, necesitaba algo que hacer. Por la mañana, Reno se levantaba mucho antes que ella y desayunaba solo. La

comida la hacía en el comedor de los vaqueros y al volver a casa por las tardes, le pedía a Mary que le subiera la bandeja con la cena al estudio, donde se encerraba. Caitlin hacía sus comidas sola en el comedor del patio junto a la piscina. La soledad no había mejorado su débil apetito.

A la mañana siguiente, se levantó a las cuatro de la mañana. Se recogió la larga melena en una coleta y bajó en silencio por las escaleras traseras hasta la cocina. Como llegó antes que Mary, preparó ella la cafetera. Mary llegó enseguida, le deseó con amabilidad los buenos días y empezó a cocinar el desayuno con eficiencia.

Caitlin estaba sentada a la mesa de la cocina con las manos temblorosas enroscadas en la taza de café cuando escuchó el eco de los pasos de Reno en el recibidor trasero.

El que a Reno le disgustó verla tan temprano sentada en la cocina, fue evidente. El enfado destelló en sus ojos y sus labios se cerraron en una fina línea. Caitlin tenía los nervios a flor de piel. Mary estaba lo bastante cerca como para oír todo lo que dijeran y como la mujer era la única persona aparte de los tres viejos vaqueros que la trataban con amabilidad, de repente tuvo miedo de que Reno pudiera decir algo que cambiara su actitud hacia ella.

Reno agarró el periódico y se sentó. Su mirada se clavó en ella unos penosos segundos antes de enterrarla en el periódico, examinar levemente la primera página y empezar a ojearlo.

Caitlin dio un sorbo de café caliente y sintió que se le caía el alma a los pies. Reno no le había dicho ni dos palabras desde aquel último encuentro en el estudio en que la había ordenado que saliera. A juzgar por su dura expresión y el hecho de que no la miraba, la había descartado de su universo.

Caitlin miró una vez a Mary, que estaba dando la vuelta al beicon en la sartén, antes de mirar a Reno. Con suavidad, pero con resolución susurró.

—Necesito un trabajo para ocupar mi tiempo.

La mirada de Reno se desvió sobre la página, pero no la miró a la cara y su dura expresión no cambió.

—La oficina de empleo está en el pueblo.

Caitlin hizo un esfuerzo por poner un tono razonable.

—He visto a los caballos de dos años en los pastos del este.

Supongo que los habrás llevado allí para que alguien empiece a domarlos.

—Alguien, pero no tú.

—Hay arreos en el establo que hace falta limpiar y arreglar.

—Nos las arreglaremos sin ti.

Reno no alzó la vista del periódico y Mary avanzó con la comida. Reno la oyó venir y dobló con rapidez el periódico para posarlo a un lado. La cocinera puso dos fuentes frente a ellos y se dio la vuelta para buscar el resto.

Caitlin observó las duras facciones de Reno suavizarse al dar las gracias a Mary, pero en cuanto la mujer se dio la vuelta, su sonrisa se desvaneció.

—Estoy acostumbrada al trabajo duro —le dijo en un murmullo entre el ruido de la cubertería y los platos.

Los bruscos movimientos de Reno al cortar la carne mostraban su mal humor.

—¿Cuántas veces quieres oír la palabra no?

Entonces la miró con ojos ardientes como brasas del enfado.

Ella hizo un esfuerzo por no apartar la mirada.

—He oído esa palabra toda mi vida. Si dejara que me detuviera, no estaría aquí ahora.

La tranquila declaración hizo que él pusiera la cara rígida. Su reacción y la terrible interpretación que él hizo de sus palabras le produjeron a Caitlin una oleada de náusea. Ella se había referido a la negativa de su padre a quererla, a tratarla como a su hija legítima y a todas las cosas que como resultado le había negado. Que Reno relacionara su afirmación con la muerte de su hermano era horrible. Sus graves palabras lo confirmaron.

—¿Te dijo Beau que no? ¿Lo dijo o lo gritó cuando le diste una patada?

Caitlin sintió que la sangre le abandonaba la cara. Reno plantó el tenedor y el cuchillo en la mesa con tal fuerza que le hizo dar un respingo y se levantó de forma tan brusca que la silla se tambaleó antes de que la enderezara. Se acercó a las perchas de la pared, descolgó su sombrero y salió dando un portazo.

Caitlin se quedó mirando al plato conmocionada. Sentía la mirada interrogante de Mary clavada en ella e hizo un esfuerzo por comportarse con normalidad. Reno había dejado el plato entero sin

tocar y ella no podía hacer lo mismo aunque no creía poder tragar un bocado.

Recordando lo que él había dicho acerca de los sentimientos de Mary, si se había levantado sin tocar la comida es que tenía un tremendo disgusto.

Caitlin agarrón con desgana el tenedor y se dispuso a hacer un sacrificio.

Caitlin ensilló al semental negro. Había intentado quedarse en la casa, pero las enormes habitaciones parecían vacías. Mary había declinado su oferta de que la ayudara con las tareas de la casa y como era de la poca gente amable con ella, no quiso presionarla.

No había visto mucho a los tres vaqueros los días anteriores. Cuando había divisado a alguno de ellos, había sido entre los demás trabajadores, así que había mantenido las distancias. No quería ponerles en situación incómoda con los hombres con los que trabajaban todos los días.

Cuando terminó de ensillar, montó a lomos del negro animal y lo condujo por el estrecho pasillo que dividía los corrales. La idea de pasarse otro día vagabundeando por el rancho la deprimía. Quizá al día siguiente se fuera a San Antonio. Ya había decidido que pasearse por Coulter City sólo conduciría al desastre. Había considerado buscar por sí misma algún trabajo que fuera necesario hacer en Broken B y simplemente hacerlo, pero sería mejor esperar a que Reno se enfriara un poco. Si es que era posible.

Caitlin se encontró cabalgando hacia el cañón. Las pesadillas habían sido incesantes. Cuando más evitaba aquella parte del rancho, más intensas se volvían. Quizá se hubiera equivocado en mantenerse alejada de allí. Quizá le sirviera de algo volver a verlo todo de nuevo. Cuando estaba despierta nunca se permitía a sí misma recordar todos los sucesos y en las pesadillas conseguía despertar antes de revivirlas por completo.

En el momento en que condujo su montura hacia la elevación y vio el cañón, el corazón se le desbocó. La horrible inquietud que había estado sintiendo le atenazó las entrañas. Comprendió la fuerza con que apretaba las riendas cuando el caballo ladeó la cabeza y se detuvo con nerviosismo.

Aflojando la presión, espoleó al caballo para que bajara la colina y que atravesara la ancha pradera verde que rodeaba al cañón. El

caballo se detuvo a pocos pasos del borde.

Caitlin se obligó a desmontar, soltó las riendas y le dio una palmada al animal mientras pastaba.

Le pareció tardar una eternidad en conseguir que sus temblorosas piernas la llevaran hasta el borde. El cañón era una hondonada ancha y serpenteante que cortaba una esquina del rancho y después se dividía en dos horquillas profundas a media milla del final del rancho. El estrecho arroyo de su fondo apenas llegaba a la rodilla de profundidad en esa época del año. Al verlo ahora, parecía inconcebible que hubiera crecido tan alto como para llenar el cañón y desbordarse a pocos pasos de donde se encontraba ella ahora.

Un puñado de caballos pastaban la tierna hierba a ambos lados del arroyo en el fondo del cañón. La escena era tan pacífica que la violencia de aquella otra la asaltó con toda su fuerza. Dos potros que se frotaban el uno contra el otro al borde del arroyo la llamaron la atención. Cuando empezaron a retozar, intensas imágenes parpadearon en su mente…

Una potrilla se encontraba en el cañón aquel día. De unos cuantos días como mucho, se debatía entre el barro cerca del arroyo. Torpe y muy joven, se había quedado trabada en el fango y su madre negra se debatía ansiosa alrededor.

Caitlin había oídos las predicciones de desbordamientos aquel día. Aunque todavía no estaba lloviendo en Broken B, pudo ver las nubes de tormenta a pocas millas de distancia y el velo gris oscuro entre las nubes y la tierra que anunciaba lluvias torrenciales.

Dominada por la inconsciente bravura y confianza de la juventud, había espoleado al caballo por el empinado camino que conducía a la base del cañón. En el momento en que llegó al fondo desmontó y su caballo retrocedió para tensar la cuerda y ella avanzó con el barro hasta las botas para medio arrastrar a la potrilla fura de la hondonada antes de seguirla. Regañó con suavidad al asustado animal y el quitó despacio la cuerda. La madre avanzó con ansiedad a examinar a su bebé.

Caitlin todavía podía recordar el horror de los primeros temblores bajo sus botas y el débil rugido del agua por el cañón. La yegua adulta levantó la cabeza y relinchó con nerviosismo antes de darle a su potrilla un mordisco en el flanco. La asombrada cría

avanzó hacia adelante y la madre la siguió.

El caballo de Caitlin, un inexperto joven de tres años con el que llevaba trabajando unos cuantos días, captó la alarma de la yegua y salió corriendo tras ella con la cuerda todavía atada a la silla.

El ronco rugido del agua y el temblor bajo sus pies aumentó en el momento en que el caballo saltó. Caitlin miró corriente arriba y vio el primer remolino de agua doblar la curva en dirección a ella.

La oleada de pánico que la asaltó le dejó las rodillas de gelatina. Los desbordamientos en un cañón eran súbitos y mortales. El terror le hizo romper a correr hacia el sendero del cañón y para cuando llegó a la base del camino, el rugido del agua era ensordecedor. Trepó por el sendero tropezando y cayendo una vez con la carrera.

A mitad del camino arriba, una cuerda cayó por encima de su cabeza y se enroscó en su cintura con fuerza. Asombrada y con los brazos atrapados a ambos lados del cuerpo, perdió el equilibrio y cayó. Posó las manos en el suelo y alzó la cabeza atraída por el estruendo de la muralla de agua que corría cañón abajo en dirección a ella. Frenética, se liberó los brazos, pero mantuvo la cuerda de su salvador alrededor de la cintura mientras trepaba e intentaba llegar a lo alto antes de que el agua golpeara.

Estaba a pocos pasos de la cima cuando la muralla de agua la arrastró del camino y la golpeó contra la pared del cañón. Quienquiera que sujetara el lazo no lo soltó. El agua negra y cargada de fango le llenó la boca y la nariz y le quemó los ojos. Demasiado desorientada para hacer nada que no fuera asirse a la cuerda e intentar buscar aire, se sintió empujada con firmeza hacia arriba.

De repente tenía la cabeza por encima del agua y estaba trepando al borde del banco. Se sintió empujaba con fuerza sobre el borde y arrastrada por la hierba hasta que la cuerda se aflojó de repente. Aturdida y empapada, permaneció impotente en el suelo tosiendo y buscando aire con frenesí.

—Me debes tu trasero, pequeña bruja.

Las botas de Beau aparecieron ante su vista y lo sintió elevarse a su lado. Un tirón de la cuerda le recordó que seguía atada por la cintura y que él sujetaba el otro extremo.

Otro fuerte tirón y la ronca voz de Beau:

—Puede que sea un buen momento para hacerte cabalgar —le

produjo una nueva oleada de miedo.

Los comentarios de Beau últimamente habían tenido un crudo tinte sexual. Asustada por su comentario, Caitlin hizo un esfuerzo por levantarse. Consiguió ponerse a gatas, pero Beau tiró de la cuerda para hacerla caer de nuevo. Después clavó el tacón de su bota en su espalda y la obligó a permanecer en el suelo. Caitlin pataleó para librarse de él, pero Beau retrocedió y se quedó entre ella y el cañón.

Aprovechando su fuerza superior, Beau mantuvo la cuerda tensa para que no pudiera levantarse del suelo…

El eco de un relincho y unos cascos trotando colina abajo sacaron a Caitlin de sus recuerdos. Miró a sus espaldas justo a tiempo de ver a Reno detener su montura.

Aunque ocultos por el ala de su sombrero, los ojos de Reno eran de un fiero azul y el silencio entre ellos estaba cargado de odio y desaprobación. A ella le dio la impresión de que consideraba una herejía su presencia en el cañón.

Caitlin apartó la vista de él y se acercó en silencio a su caballo. Sentía los ojos de Reno atentos a cada uno de sus movimientos y agradeció que no hablara.

Recordando lo que había sucedido en el último desayuno juntos, ella tampoco dijo nada. La única forma segura de tratar con él era guardar silencio. En cuanto montó, miró en dirección a él.

Aparentemente satisfecho de que abandonara el cañón, su ardiente mirada se deslizó con desdén sobre ella antes de espolear a su caballo y volverse por donde había llegado.

Caitlin le observó alejarse con los ojos clavados en su orgullosa pose. ¿De cuántas formas más podría Reno demostrar su odio hacia ella? Espoleó a su montura en dirección contraria. No podía vivir con los hostiles silencios y el odio de Reno todos los días de su vida. Dudaba siquiera poder tolerarlo un día más.

Caitlin volvió a las dependencias del rancho a última hora de la tarde. Desmontó, guardó al caballo y se encaminó a la casa. El caballo de Reno estaba en el pesebre, así que él no debía andar lejos.

Había decidido ya abandonar el rancho inmediatamente.

Reno la había convencido por fin de que nunca podrían vivir juntos en Broken B y su experiencia con el resto de la gente la había

convencido incluso de que nunca podría vivir en aquella parte de Texas. Esperar por los resultados era una mera formalidad, ahora que ya no quería el rancho.

Pero se sentía demasiado inquieta como para volver a Montana y la idea de esperar los resultados en el pueblo no era mucho más atractiva. Se volvería loca en un motel y no creía poder soportar enfrentarse a la gente del pueblo. Ahora, incluso San Antonio le parecía demasiado cerca de Broken B. Quizá dejar Texas para siempre fuera lo más sensato.

Iría a la antigua casa de los vaqueros y pasaría su última hora allí. En cuanto encontrara a Lucky y a los demás, se despediría de ellos. Se detendría en el cementerio para visitar la tumba de su madre y quizá diera una vuelta por la noche por Coulter City para ver qué era lo que había cambiado en el pueblo. Después conduciría hasta San Antonio.

Se debatió entre hablar por última vez con Reno para contarle lo que había pasado el día de la muerte de Beau. La culpabilidad con la que cargaba cada hora de su vida la hacía ansiar algún alivio por pequeño que fuera. Aunque ella no había matado deliberadamente a Beau, tampoco había podido salvarlo.

Confesárselo todo a Reno tampoco garantizaría aliviar su carga ni que se suavizara hacia ella, pero la secreta esperanza de que pudiera encontrar alguna razón para perdonarla nunca había abandonado sus pensamientos. La parte racional de ella le recordaba que su confesión podía poner peor las cosas y el terror la mantenía inmovilizada.

Por otra parte, ahora que había decidido abandonar Broken B, ¿qué tenía que perder? Quizá ni siquiera volviera a Montana. No tenía una vida allí que fuera muy valiosa ya que cualquier jinete podía hacer el trabajo que ella desempeñaba en el centro juvenil.

Tenía la herencia de su abuela y tres viejos vaqueros que la querían, pero a nadie más en el mundo. Ya había descubierto lo inútil que era con los hombres, así que nunca tendría una familia propia. El futuro no contenía nada particularmente atractivo para ella y saberlo la deprimía.

¿Qué arriesgaba si se lo contaba todo a Reno y las cosas salían mal? ¿Era posible sentir más culpabilidad? ¿Iría su vida peor si tiraba por tierra la última esperanza de que él cambiara de idea

respecto a ella? Si la vida le había enseñado algo, era que podía sobrevivir a los traumas emocionales. La cuestión era, ¿le importaba ya sobrevivir a ellos?

La debilidad le hizo aminorar el paso en el patio. Entró despacio por la puerta trasera y en cuanto llegó a su habitación, empaquetó sus cosas y bajó las maletas al coche de alquiler.

Mary no aparecía por ninguna parte y Caitlin pensó en dejarle una nota a Reno, pensando que estaría fuera por alguna parte, se fue al estudio a buscar una hoja de papel.

Reno oyó a Caitlin entrar y subir a su habitación. Una parte de él comprendió que había exagerado esa mañana en el desayuno, pero maldita fuera por el caos que había llevado a su vida. Se había puesto furioso cuando la había encontrado al borde del cañón. No sabía con qué frecuencia iba allí y de repente no le importó.

Había comprendido en el camino de vuelta a la casa que odiaba los dolorosos recuerdos que le producía aquel rancho y había decidido darle a Caitlin hasta el último acre de tierra, fuera la voluntad de Jess o no.

Y también le dejaría todo lo demás que había heredado de Jess. Él nunca había querido heredar nada. Ya tenía su rancho Duvall, que había ampliado con los años, cerca de San Antonio.

Y aunque no era tan grande como Broken B, echaba de menos formar parte de la vida diaria de su verdadera tierra.

A menudo había deseado que su madre no hubiera conocido nunca a Jess Bodine. Y ahora que estaba empezando a valorar menos a Jess, pensó que ya era hora de volver a casa y encargarse de lo que era suyo, buscar una mujer y formar su propia familia. Tendría el amor de una buena mujer y el solaz de un hogar para curarle las heridas de los cinco años anteriores.

El eco de los pasos de Caitlin le puso tenso. Aunque iba a darle todo, no quería verla, hablar con ella o tener que mirar su preciosa cara. No quería ver el estilizado y fino cuerpo y fijarse en sus lascivas curvas o en su larga melena ni quería desearla y sentir el tormento de saber que con ello le estaba siendo infiel a la memoria de su hermano.

No alzó la vista cuando ella entró por la puerta abierta.

Caitlin vació al ver a Reno, pero entonces cruzó la habitación hasta la mesa. Sin esperar a que la invitaran, se sentó en una de las

mecedoras. Él siguió sin levantar la cabeza y a Caitlin se le cayó el alma a los pies. Ahora que había decidido intentar hablar de Beau por última vez, tenía las entrañas atenazadas de ansiedad y la boca tan seca que se le había pegado la lengua al paladar.

—Me voy del rancho.

Sintió la reacción de Reno y esperó sólo un segundo hasta que su tormentosa mirada se clavó en ella. Casi no pudo continuar. Habló con voz suave, pero supo que él oía cada una de sus palabras:

—Quiero contarte lo de aquel día.

La expresión de Reno se hizo impenetrable y ella se preparó para recibir su furia.

—Mi padre mintió cuando dijo que había enviado a unos jinetes a buscarme.

Reno se levantó despacio con la expresión dura de disgusto.

—Nada de lo que diga cambiará nada. Beau seguirá muerto.

Sus palabras eran brutales. Caitlin se levantó con torpeza cuando él rodeó la mesa para dirigirse a la puerta. Otra vez se estaba yendo. La culpabilidad le atenazó la garganta, pero se dispuso a seguirlo.

—Nadie lo sabe mejor que yo, pero necesito…

Reno se dio entonces la vuelta y la asió con rudeza por los antebrazos para sacudirla levemente.

—¿Necesitas qué? —preguntó jadeante—. ¿Descargar tu conciencia? —Casi le escupió las palabras—. No quiero oír nada de lo que tengas que decir ni ahora ni nunca —la soltó con brusquedad—. El rancho es tuyo. Todo lo que dejó Jess es tuyo. Puedes quedarte hasta el último acre de esta tierra con todos los problemas y disgustos que te traerá. Yo me encargaré de hablar con el abogado y hacerlo legal, y después, deseo por Dios no tener que volver a ver tu cara en toda mi vida.

Las crueles palabras le hicieron a Caitlin encogerse y algo en su corazón se murió. Se sentía de repente tan mareada que pensó que se desmayaría. Reno se apartó de ella y salió de la habitación.

El aire vibraba de la descarga de su furia. Sus palabras resonaban en su mente, una dura letanía de odio que le entorpecía la respiración y el pensamiento.

Antes siquiera de darse cuenta, se encontró caminando temblorosa hacia la puerta trasera. Sus botas resonaron en las

piedras del patio al recorrer el camino hacia donde había dejado el coche de alquiler.

Tenía que abandonar aquel lugar. En ese mismo instante. No quería Broken B ni nada de Jess Bodine. El gesto rabioso de Reno no hizo nada salvo aumentar la increíble culpabilidad que sentía por la muerte de Beau.

Los gritos que venían del establo empezaron a calar en su cerebro. Caitlin comprendió aturdida que del tejado del establo salía un homo negro y espeso y empezó a olerlo en el aire.

Los relinchos de los caballos la hicieron correr hacia el establo grande distraída del dolor por la frenética actividad.

El fuego había atravesado el gran tejado y las llamas subían salvajes al cielo por encima. Unos segundos más tarde el tejado completo estaba en llamas y los hombres corrían hacia el interior para liberar a los asustados animales.

Un puñado de mujeres y sus hijos se mantenían a cierta distancia contemplando el fuego en un estrecho corro. Dos de los hombres apuntaban a las llamas con mangueras, pero el fuego estaba demasiado lejos.

Caitlin se detuvo. Una mujer paseaba inquieta un poco apartada del corro retorciéndose las manos y mirando alrededor con frenesí. El evidente nerviosismo de la mujer le produjo a Caitlin un escalofrío de presentimiento. Era la señora Carnes, la madre de los dos niños a los que había sorprendido con las cerillas.

Se acercó corriendo a la mujer y la asió por el brazo.

—¿Dónde están sus hijos?

Los ojos brillantes de la mujer se abrieron con un miedo salvaje mientras sacudía la cabeza.

—No los encuentro.

Caitlin miró hacia el establo.

«Dios mío. ¿Y si…?».

Por instinto, Caitlin salió corriendo hacia la puerta del establo. Esquivó a uno de los caballos que salía con pavor, pero siguió avanzando. Un vaquero se materializó entre el humo con uno de los chicos en brazos. Caitlin lo reconoció como el hermano mayor y se acercó al niño sollozante.

—¿Dónde está tu hermano?

El chico la ignoró, pero sus histéricos sollozos la hicieron mirar

hacia la puerta de los establos. El humo era muy denso y ahora estaba tan bajo que apenas quedaba una franja dentro de aire limpio a ras del suelo.

Oyó al vaquero gritarle a la madre:

—¿Qué está diciendo?

Caitlin sintió tal ráfaga de miedo que quedó paralizada. En un destello de lucidez comprendió lo que el chico había dicho. Podía oír sus sollozos tras ella y supo que ahora lloraba más fuerte para que su madre lo entendiera.

—Billy sigue ahí dentro —oyó con claridad Caitlin.

Dos de los hombres salieron arrastrando a un tercer vaquero con ellos. El fuego era más intenso ahora, el humo más denso y el establo estaba ardiendo.

«Billy sigue ahí dentro».

Si el chico se había desmayado del calor y el humo, debía estar tirado por alguna parte. Si se mantenía pegado al suelo, podría ser capaz de respirar todavía. Y si podía respirar estaba vivo. Caitlin se movió hacia el interior aturdida.

Una fantasmal sensación de premonición la asaltó. Su vida no merecía demasiado la pena, así que era lógico correr el riesgo.

«Espero por Dios no tener que volver a ver tu cara nunca».

Las crueles palabras de Reno la produjeron una calma fatalista y la hicieron lanzarse a la carrera. Sus últimas inspiraciones de aire limpio fueron tan intensas como su capacidad pulmonar le permitió. Escuchó borrosos los gritos de alarma al atravesar la muralla de humo.

Corrió a ciegas por el centro del establo y tuvo que ponerse a gatas para escapar del humo con los ojos ardientes. Sentía los pulmones abrasados y la primera inspiración de humo que hizo la atragantó. El calor le abrasaba la cara y las manos y la ropa estaba dolorosamente caliente.

Caitlin tanteó el pasillo hasta tropezar con la sólida pared del cuarto de arreos a pocos pasos de la escalera que conducía al desván. El hecho de que la puerta cerrada era significativo, porque normalmente estaba abierta. Ella había oído que los niños pequeños normalmente se escondían de los fuegos. ¿Se habría escondido Billy en el cuarto de los arreos? Sería un golpe de buena suerte si lo había hecho.

La puerta estaba firmemente cerrada. Caitlin deslizó la mano por la madera ardiente hacia el picaporte, pero comprobó que estaba cerrada. Tosiendo de forma salvaje por el humo, se obligó a ponerse de pie. Si la puerta estaba cerrada sin el pasador de fuera, entonces alguien la había cerrado por dentro.

Mareada por la falta de oxígeno, dio una patada en la puerta. Con cada latido de su corazón, se sentía debilitar y el tiempo acabarse. Haciendo un último esfuerzo, dio una patada con todas sus fuerzas. La punzada de dolor irradió desde su pie al tobillo y comprendió que se lo había roto o torcido.

La puerta cedió y ella se arrodilló de nuevo para avanzar tanteando el suelo. Sus dedos encontraron casi al instante una pierna enfundada en vaqueros.

Los terribles espasmos de tos que la sacudieron le hicieron ver las estrellas. Estaba tan débil ya que sabía que sólo podría durar unos momentos más. Luchando por no perder la conciencia, arrastró al chico hacia ella y retrocedió a gatas para atravesar la puerta.

El rugido de las llamas en el pasillo del establo era aterrador. Escuchó el crujido de advertencia de la madera y se puso en pie con torpeza. El dolor en la pierna derecha le hizo tambalearse y cojear, pero consiguió permanecer de pie y arrastrar al niño. Las llamas que lamían las puertas de los pesebres le quemaron los brazos al pasar.

El mareo le dificultaba la orientación y apenas podía ver nada en la tortuosa escapada.

Adivinó que estaba a pocos pasos de la puerta de los establos cuando escuchó un tremendo crujido.

Una repentina punzada de dolor explotó como fuegos de artificio en su cabeza y la tiró junto con el niño al suelo del establo.

Reno se paseaba en la sala de espera de urgencias. Billy Carnes estaba siendo tratado por inhalación de humo. Sus aterrados padres estaban con él y su condición permanecía estable. Aunque el chico estaba bien, suponía que lo ingresarían en pediatría en cuanto el personal lo organizara.

Pero no sabía cómo estaba Caitlin, también había inhalado humo, pero tenía quemaduras porque el techo del establo se había derrumbado sobre ella y una contusión en el cráneo que podía

haberla matado.

Nadia había salido a informarle desde hacía dos horas y el hecho de que estuvieran todavía con ella le parecía mala señal.

El terror le hizo sentirse enfermo. Sus emociones eran turbulentas y confusas. Saber que no quería que Caitlin muriera, que no podía soportar la idea, lo conmocionó. Era una sorpresa comprender que por mucho que la hubiera odiado ni por un momento había deseado su muerte.

Sus últimas palabras resonaron en su mente.

«Quiero contarte lo de aquel día… Mi padre mintió…».

Y lo que él le había contestado le remordía en la conciencia.

«Espero por Dios no volver a ver tu cara nunca».

Y lo había dicho con el corazón en la mano. Pero ahora…

«Mi padre mintió».

¿En qué habría mentido Jess? Lo único que se le ocurría era que hubiera mentido en su breve declaración en el juicio. Jess había dicho que todos estaban preocupados porque Caitlin se había ido en un arrebato de los suyos sabiendo que había avisos de desbordamientos. Después de horas de preocupación, él, Beau y alguno de los vaqueros habían salido a buscarla.

«Mi padre mintió».

Sus palabras resonaron de nuevo en su mente.

Caitlin se había criado en el Broken B. Fueran cuales fueran sus problemas de celos y sus arrebatos de mal humor con Jess o con Beau, ella siempre había sido responsable y prudente con el ganado, el trabajo y los hombres que vivían en el rancho. Reno la había visto trabajando en todo tipo de temporales y no podía recordar ni una sola vez en que hubiera corrido riesgos innecesarios.

Para ser sincero, si alguien podía haber sido descuidado con el aviso de desbordamientos, era más probable que hubiera sido Beau que Caitlin. Jess siempre reñía a su hija por el mínimo descuido o incompetencia mientras que le reía las gracias a Beau cuando se pasaba y alababa su coraje.

Beau, siempre inquieto y siempre buscando el peligro. Había tenido demasiado buena suerte como para aprender lecciones duras y eso le había hecho más atrevido que nunca.

Ahora recordó las veces en que Jess favorecía a Beau por delante de su hija. Aquél había sido el principal motivo de que él

interviniera con palabras amables y alguna alabanza hacia ella. Le había dado vergüenza ver a Jess permitirle a Beau cosas que Caitlin nunca se hubiera atrevido a hacer.

La imagen de Caitlin corriendo por el establo en llamas le produjo una conmoción nueva. Los Carnes habían dejado muy clara su mala opinión de ella y aún así, se había lanzado a salvar a su hijo como si fueran sus mejores amigos.

Desde luego, no había usado contra ellos su actitud hostil hacia ella. ¿Habría sucedido lo mismo con la muerte de Beau? Según Lucky y los otros, había hecho lo imposible por salvarlo.

La confusión se agolpaba en su cerebro y sus emociones se hicieron más turbulentas. ¿Qué diablos le estaba pasando por la cabeza?

Hasta bien entrada la noche no trasladaron a Caitlin de la UCI a una habitación. El doctor se mostraba vago acerca de su estado. Sus pulmones estaban en mejor forma de lo que los doctores habían esperado y la mayoría de sus quemaduras no eran severas pero tendría dolores durante un tiempo. Cuando no pudieron sacarle la bota descubrieron que tenía un hueso roto en el tobillo derecho. Tenía el pie y el tobillo tan hinchados que habían tenido que cortarle la bota.

La peor lesión era la contusión craneal cuando se había desplomado parte del techo. Todavía no había recuperado el conocimiento.

Cuando lo dejaron entrar en la UCI durante unos momentos, la imagen de ella lo conmovió. Tenía ampollas en la cara del terrible calor de fuego y estaba brillante de la pomada que le habían aplicado. Las cejas y las pestañas estaban chamuscadas y su preciosa melena brillante no le llegaba más que hasta el hombro. Las enfermeras le habían cortado el resto con torpeza, pero tendría que ir a un peluquero a que se lo arreglara.

Tenía las manos y los brazos vendados y Reno pudo ver el bulto de vendas más anchas en su hombro izquierdo bajo el camisón del hospital. Su pie derecho y tobillo estaban alzados sobre una almohada, pero todavía no la habían escayolado.

Reno se mantuvo a su lado sombrío al verla toser dormida. El impulso de tocarla y quizá de hablarle fue tan fuerte que le hizo apretar el raíl de la cama para contenerse. Caitlin no tenía a nadie

que se preocupara por ella salvo Lucky, Bob y Tar. Pero ninguno de ellos eran familia suya y sólo permitían la entrada en la UCI a la familia. Reno había llamado a Madison St. John, pero se encontraba en Nueva York.

No se dio cuenta de que se había acercado a ella hasta que le rozó con suavidad la venda del brazo. ¿Por qué sentía de repente aquella peculiar simpatía hacia ella? ¿Por qué sentía una extraña conexión hacia ella tan fuerte y profunda?

Tampoco tenía ni idea de por qué sentía aquella extraña ternura. Que Dios lo ayudara, ¿y si se había equivocado con ella?

Después de unos momentos de indecisión, alargó la mano y le acarició el pelo. Su cabeza era casi el único sitio en que la podía tocar sin producirle dolor. Acarició uno de sus rizos y le apartó con suavidad el pelo de la frente.

El leve parpadeo de sus pestañas y el ligero movimiento de su cabeza le hizo detenerse, pero cuando la acarició con suavidad por segunda vez, no obtuvo respuesta.

—Ponte bien, Caitlin Bodine —susurró con voz ronca. Algo duro e implacable en su corazón por fin se había fundido—. Ponte bien y después cuéntame lo de aquel día.

Se quedó allí hasta que la enfermera le dijo que se fuera.

A la tarde siguiente, Reno volvió del hospital a la casa a ducharse y cambiarse de ropa. Revisó unos papeles, pero tenía prisa por volver a la UCI. Lucky Reed apareció en el estudio cuando estaba terminando.

—¿Cómo está la señorita Caitlin?

La cara arrugada del viejo vaquero estaba cargada de preocupación. Reno lo había llamado la noche anterior y de nuevo por la mañana, pero ya habían pasado muchas horas.

Le hizo un gesto para que se sentara en una de las mecedoras.

—Todavía estaba inconsciente cuando la dejé. No han llamado del hospital para anunciar ningún cambio, así que seguirá igual.

Lucky le dirigió una mirada interrogante.

—¿Va a ir a acompañarla? Es la única familia que tiene.

Aquello le indicó a Reno lo que opinaba Lucky de Madison St. John.

—A menos que su prima vuelva de Nueva York, sí.

Reno contempló al viejo vaquero. Sabía lo que iba a llegar. Lo

podía notar en el extraño brillo de decisión de sus ojos. Lucky bajó la mirada hacia el suelo un momento como si estuviera ordenando sus pensamientos y Reno esperó a que alzara la mirada de nuevo.

—Cuando la señorita Caitlin estuvo fuera, no tenía mucho sentido hablar con usted. Nunca pareció dispuesto a escuchar toda la historia y Jess nunca la hubiera dejado volver de todas formas —estrujó aún más el desgastado sombrero que tenía entre las manos—. Pero ya lleva el suficiente tiempo en casa como para que ustedes dos arreglen sus diferencias —alzó la vista—. ¿Lo han hecho?

Reno no se ofendió aunque los dos sabían que no era asunto de Lucky.

—Entre nosotros hay algo más que diferencias.

—Puede despedirme si quiere, jefe, pero si no han arreglado las cosas entre ustedes, entonces tendré que hablar.

Inquieto de repente, Reno se reclinó contra el respaldo y apoyó los codos en los brazos de la silla. Respetaba la edad de aquel hombre y su carácter demasiado como para negarse a escucharlo.

—Ya escuché tu declaración.

—Sí, pero no entera y no recuerdo que el viejo Jess aclarara nada incluso aunque todavía fuera capaz de decir la verdad.

Reno entrecerró los párpados.

—¿Estás diciendo que Jess mintió?

Lucky asintió.

—Sí, señor. Lo estoy diciendo. Aparte de ser un hombre odioso mintió ante el jurado cuando dijo que se habían preocupado por la desaparición de la señorita Caitlin y que habían salido a buscarla. No salió nadie a buscarla. Y además, no había mucho de lo que Jess dijera de esa chica que fuera verdad por completo —sacudió la cabeza—. Nunca tuvo sentido como la trataba, pero ahora está muerto y supongo que corresponde a los vivos enderezar las cosas.

El solemne pronunciamiento confirmaba lo que Reno había empezado a sospechar, que Jess nunca había sido cariñoso y amable con su hija.

Lucky empezó a contar lo que había visto en el cañón, pero hacia la mitad del relato, algo que dijo o algo que no dijo, le hizo preguntar a Reno:

—Si Caitlin y Beau estaban sanos y salvos, ¿por qué salisteis al galope para alcanzarlos?

Reno nunca había entendido aquella parte de la historia y ahora quería una respuesta.

La repentina reticencia de Lucky fue evidente en la forma en que desvió la mirada de Reno. El viejo vaquero parecía incómodo.

—Cuando alguien muere, es mejor recordar lo bueno que tuvo.

Reno se puso alerta al instante.

—¿No se habla mal de los muertos, quieres decir?

Lucky siguió sin mirarlo a los ojos.

—Eso es. No tiene sentido. Los seres queridos que quedan atrás ya tienen suficiente dolor cuando muere alguien tan joven. No se debe cargarles con cosas que es mejor olvidar.

Lucky retorció el ala de su sombrero en silencio.

—Supongo que lo hicimos mal. No pensábamos que tuviera importancia contar la historia completa cuando el juez sólo estaba interesado en si ella lo mató o no —entonces alzó la mirada hacia Reno—. Si hubiéramos sabido lo que le pasaría a la señorita Caitlin después, la forma en que usted empezó a odiarla a muerte y cómo Jess la echó de casa, lo habríamos contado entonces.

La mirada directa del viejo era solemne y profundamente convincente. Reno sintió una marejada de emociones turbulentas. Sabía que iba a escuchar la verdad.

—Quizá deberías contarla ahora.

Los ojos de Lucky mostraron un destello de simpatía.

—Entonces tendrá que saber que Beau sacó a Caitlin del agua. La salvó la vida tirándole una cuerda y arrastrándola fuera. Nosotros no vimos esa parte, pero eso fue lo que declaró la señorita Caitlin. Cuando nosotros los vimos, ella estaba en el suelo con la cuerda enroscada alrededor de la cintura, pero él no se la quitaba ni la dejaba levantarse. Yo había oído algunas cosas que él le había dicho en los últimos tiempos, cuando creía que no había nadie alrededor. Eran cosas que un caballero no debe decir a una dama.

Lucky se detuvo para que Reno asimilara sus palabras.

—Sigue.

—Me preció que iba a intentar forzarla. No sé hasta donde pensaba llegar o si sólo quería jugar con ella, pero cada vez que la señorita intentaba levantarse, él usaba la cuerda para mantenerla en el suelo. Ahí fue cuando empecé a galopar hacia el cañón —la incomodidad de Lucky era evidente en la arruga del ceño tan

fruncida—. Mientras hacía eso, el chico iba retrocediendo hacia el agua como si pensara volver a tirarla. Una vez la agarró por la bota como si pensara arrastrarla, pero la soltó. Entonces se acercó al borde balanceándose como si estuviera sobe una montura. Ahí fue cuando el banco cedió. Ella estaba intentando retroceder porque no había suelo bajo sus piernas y Beau se lanzó a sujetarse a ella. Fue entonces cuando debió soltar la cuerda.

Hubo un largo silencio como si el vaquero esperara por él para seguir. Reno sentía el corazón atenazado de dolor, pero lanzó la pregunta como una especie de desafío.

—¿Lo pateó para que cayera al agua?

La mirada de Lucky no parpadeó.

—No, señor, no lo hizo, o al menos no a propósito. Fue un caso de que ella hizo un movimiento natural hacia atrás para salvarse la vida mientras él se estaba moviendo. Como estaban en la curva del cañón donde el agua golpeó con más fuerza, le arrastró en el mismo segundo en que intentaba asirse a su bota. Probablemente la señorita habría sido arrastrada con él si lo hubiera conseguido. Incluso aunque Beau hubiera seguido agarrado a aquella cuerda, no creo que ella pudiera haber evitado que se ahogaran los dos.

Reno bajó la vista hacia la mesa aturdido, reviviendo el dolor de la muerte de Beau, pero con el conocimiento añadido de que la imprudencia de su hermano al borde de aquel cañón era lo que le había llevado a la muerte. ¿Y qué le habría intentado hacer a Caitlin? La respuesta lo avergonzaba.

—Y Caitlin intentó salvarlo.

—Nunca he visto a nadie intentarlo de tal manera. Si no hubiéramos llegado a su lado, habría seguido intentándolo hasta morir con él. El que se metiera en el fuego para salvar a ese niño prueba la madera de la que está hecha.

Lucky se detuvo unos momentos y Reno luchó contra la intensa sensación de culpabilidad que empezó a atenazarle el pecho, una culpabilidad que se transformó en agonía cuando Lucky continuó con suavidad:

—Nunca he visto a un ser humano lanzar el grito de dolor que lanzó ella cuando la sujetamos para que no lo siguiera. Era más el grito salvaje de un animal al que le arrancaran el corazón que el de una persona. Por mucho que ella tuviera contra tu hermano, cuando

llegó el momento de la verdad, lo olvidó.

Reno tenía la respiración entrecortada y los ojos le ardían del dolor.

—Ya has contado tu historia —fue lo único que consiguió decir.

Estaba aturdido del trauma. No le cabía duda de que todo lo que había contado Lucky era cierto y no sólo porque confiara a ciegas en él, sino porque la historia encajaba con el carácter que él conocía de Caitlin y de su hermano.

El amargo recuerdo de las odiosas cosas que le había dicho a Caitlin, todo lo que le había hecho, le atenazó el corazón y la tosca pregunta de Lucky lo torturó:

—¿Creen los doctores que se salvará?

Reno giró la silla de forma evasiva muy poco habitual en él. Le costaba hablar.

—El mayor problema es la contusión de la cabeza. Cuanto antes recupere el conocimiento mejor. Son… cautos ante su estado.

Reno estaba tan ensimismado en sus pensamientos y tan avergonzado al saber que el odio le había hecho tratar con brutalidad a Caitlin, que no se enteró cuando Lucky se levantó en silencio y salió del estudio.

Caitlin fue consciente primero del dolor. La cabeza le palpitaba. Intentó lazar la mano pero el movimiento le produjo un fuego ardiente desde el hombro hasta la punta de los dedos. De repente todo el cuerpo le dolía y no recordaba por qué. El débil gemido de dolor que oyó era ronco y le produjo dolor en la garganta. Con sorpresa comprendió que lo había emitido ella misma.

—¿Caitlin Bodine?

La firme voz masculina le hizo intentar girar la cabeza en su dirección, pero unas brillantes ráfagas de agonía la sacudieron y tuvo que cerrar los ojos lanzando un gemido que le produjo más dolor en la garganta. Le asaltó un breve espasmo de tos y un dolor de cabeza terrible. Tuvo que mantenerse unos momentos en completa inmovilidad para calmar el dolor.

—Duele —fue lo único que pudo murmurar.

—De acuerdo, Caitlin, nos encargaremos de ello.

A los pocos segundos sintió algo derramarse por su interior que alivió la intensidad del dolor y le hizo desvanecerse.

Al día siguiente, la despertó una voz. Abrió los ojos con cuidado

desafiando las brillantes luces que le hacía la tarea tan penosa. Una sombra se extendió sobre ella desde el borde de la cama y parpadeó para poder enfocar la mirada.

—¿Estás despierta?

Reconoció la voz grave y baja de Reno y sintió una oleada de alegría que se desvaneció en cuanto recuperó la memoria.

Fuego. Había habido un fuego. Y algo más… el chico. Recordó la peligrosa y terrible búsqueda.

—¿El niño… está vivo?

—El niño está bien. En casa con su familia.

Caitlin sintió un profundo alivio y de repente sintió demasiada debilidad como para mantener los ojos abiertos.

—Gracias a ti está vivo.

Las palabras de Reno le hicieron sentir una oleada de placer, pero otro recuerdo le heló el corazón.

«Espero por Dios no tener que volver a verte la cara nunca».

La punzada en el pecho le atenazó la garganta y le produjo palpitaciones en la cabeza. No podía soportar más; no podría aguantar ni una sola palabra cruel más.

—Vete de mi lado —susurró al sentir a Reno acercarse más.

—Está bien, pequeña.

La suavidad de sus palabras le hizo anhelar oír más y le llenó el corazón de esperanza.

Pero nunca anhelaría el amor de nuevo ni nunca tendría esperanza de que en su camino apareciera nada bueno. Había vivido veintitrés años de ansia y esperanza, pero tenía tanto miedo al fracaso que no perdería ni un segundo más en ninguna de las dos cosas.

Apretó los dientes ante la agonía que sentía en el corazón.

—Te he dicho que te vayas de mi lado.

Sintió la sorpresa de Reno antes de que interviniera una nueva voz.

—Lo siento, señor Duvall. Quizá debería volver más tarde.

A Caitlin le ardía la garganta.

—No. No vuelvas.

La agitación la puso inquieta, pero hasta el mínimo movimiento le producía dolor.

—Lo siento, señor Duvall, tendrá que irse.

Una mano fría y desconocida le rozó la frente y sintió que la mano y la voz deberían pertenecer a la persona que se había interpuesto entre ella y Reno.

—Volveré —susurró él como si fuera una promesa.

Caitlin se sintió debilitar. La humedad que había aliviado sus párpados ardientes y cerrados se deslizó por el rabillo de sus ojos hasta el pelo al escuchar sus pasos alejarse. Se sentía demasiado miserable como para sentir alivio.

Había conseguido dejar muy claro a las enfermeras que no quería que le permitieran a Reno Duvall la entrada a la UCI y si sintieron curiosidad, desde luego se la guardaron para sí mismas.

Pero también había estado demasiado débil como para enterarse de mucho porque había dormido todo el tiempo en que no la despertaban para tratarla. En cuatro días más la trasladaron a una habitación privada en otra planta.

Aunque no creía que nadie salvo Lucky y los otros se molestaran en ir a visitarla, exigió que no dejaran pasar a ningún visitante y que no le dieran a nadie el número de su habitación.

Sin embargo, los ramos de flores con deseos de que se pusiera bien empezaron a llegar. El primero de Reno, después uno de Lucky, Bob y Tar y otro de la familia de Billy. Caitlin llamó al momento al rancho para darle las gracias a Lucky por las flores y después envió una nota de agradecimiento a cada uno de los tres hombres y otra a los Carnes, pero intentó ignorar las rosas que había enviado Reno.

No entendía aquel gesto por su parte e intentaba no pensar en ello.

Ahora que estaba en una habitación privada le permitían dormir más tiempo sin interrupciones y la constante fatiga que sentía lo agradeció. Después de dos días más, le quitaron algunas de las vendas y ya podía caminar con una muleta por el pasillo, pero se agotaba con una rapidez frustrante.

El pelo se le había chamuscado. Había gritado de pena cuando lo había visto y después se había sentido ridícula por sufrir por aquella pérdida tan minúscula. Tanto ella como el niño podrían haber muerto. Pero las leves quemaduras de su piel le disgustaron menos que la pérdida de su pelo.

La pomada calmante que usaban para su cara chamuscada

estaba curándole la piel con rapidez y no le quedarían cicatrices ni en la cara ni en los brazos. Sólo algunas quemaduras del hombro habían sido de segundo grado y nadie vería nunca aquellas cicatrices.

La visión se le había despejado, pero le asaltaban frecuentes dolores de cabeza que eran más fuertes cuando estaba cansada. Como no tenía a nadie que cuidara de ella, los doctores no querían darle el alta.

Intentó no pensar en Reno. ¿Por qué habría ido al hospital? ¿Por qué le habría hablado con tanta suavidad? ¿Por qué le había enviado rosas? Las cuestiones la atormentaban y el esfuerzo por no pensar en ello la agotaba.

Porque había llegado a una conclusión. El amor y la familia no estaban destinados a todas las personas, desde luego a ella no. Ella nunca abriría más su corazón aquel tipo de dolor. No podía permitirse la esperanza de que por fin Reno se hubiera suavizado hacia ella, cuando sus acciones probablemente estarían motivadas sólo por compasión hacia sus lesiones. Además nunca más intentaría hablarle de Beau, así que no importaba que se estuviera portando de forma tan confusa.

En cuanto abandonara el hospital, quizá se dedicara a vivir como Maddie. Se compraría una casa grande en algún sitio donde nadie la conociera o un pequeño rancho y viviría como una rica ermitaña que no necesitaba a nadie. Ella nunca había estado fuera del país, así que quizá podría viajar. Quizá encontrara alguna asociación humanitaria a la que dedicar sus esfuerzos. Mientras no tuviera relación con nadie a nivel íntimo…

Reno le había dejado a Caitlin tiempo para recuperarse. Le había dado ocho días.

Había conseguido informarse de su progreso a través de una enfermera que estaba casada con uno de sus hombres. Aunque la mujer no había podido examinar el historial de Caitlin, al menos le había podido decir cómo era su aspecto, si salía de la cama y paseaba y su estado físico.

Había esperado cada día un nuevo informe, pero se sintió frustrado cuando la enfermera tuvo su día libre y ninguna novedad. El tiempo parecía ir más lento esos días y su impaciencia por ver a Caitlin alcanzó proporciones desorbitadas.

Después de ocho días había llegado al límite. La vería al día siguiente, lo quisiera ella o no.

Él había cometido una grave injusticia con ella. Todos habían cometido una grave injusticia, pero la de él había sido tan larga y terrible que dejar que se cumpliera su voluntad de que no se acercara a ella, sólo la aumentaría. Quería que Caitlin se enterara de que las cosas habían cambiado, se merecía saber que él ya no la culpaba, que sentía mucho lo que había hecho y que pretendía compensarlo.

Y ahora que lo sabía todo acerca de la muerte de Beau, la atracción que sentía por ella se había echo más desesperada y profunda.

Hablaría con su doctor a primera hora de la mañana siguiente.

Caitlin regresó con debilidad a su habitación después de su primer paseo largo sin el goteo. Los doctores habían aceptado darle el alta esa mañana, pero como sabía que no se la darían si se enteraban de que pensaba pasar unos días en un motel hasta que se sintiera capaz de conducir hasta San Antonio, había respondido de forma vaga cuando le habían preguntado dónde pensaba quedarse.

Había llamado al rancho y había pedido que le llevaran el coche de alquiler con sus cosas al hospital. Se lo había pedido a Lucky porque tenía ganas de ver a su viejo amigo. Esperaba que no se hubiera ofendido por su petición de no recibir visitas, pero como Lucky era demasiado caballeroso como para decirlo, estaba preocupada.

El arrepentimiento le hizo lanzar un suspiro. Posó el bastón y se tendió sobre la cama antes de taparse con la sábana y la manta ligera. ¡Dios, cómo odiaba el arrepentimiento! ¿Habría alguna cosa que pudiera hacer bien en la vida? Cerró los ojos e intentó olvidar la sensación. El arrepentimiento y la culpabilidad no podían formar parte de la nueva vida que pensaba crearse para sí misma. Ya había sufrido suficiente culpabilidad y arrepentimientos para dos vidas enteras.

La cabeza le palpitaba de nuevo, pero aguantó la urgencia de pedir un calmante. Ya estaba bastante agotada del paseo como para poder dormir sin él.

El sonido de la puerta giratoria la despertó más tarde. Entre brumas, miró en dirección del ruido, pero el vaquero que entró por

la puerta no era Lucky sino Reno.

Su primera imagen le produjo una oleada de excitación. Sin apenas creer en sus ojos lo vio cruzar la habitación hasta su cama y posar su bolsa al lado de la mesilla.

Al momento siguiente, la excitación se convirtió en pánico. Alcanzó el timbre de la cama a su lado, pero la mano de Reno se le adelantó para quitarle el cordón y apartarlo de su alcance.

—Tenemos que hablar —el tono de Reno era serio.

—No tengo nada que contarte.

La expresión de él se endureció y ella encontró el botón para alzar la cama. Él esperó a que la elevara hasta la posición de sentada antes de doblarse para posar las manos a ambos lados de sus piernas en el colchón.

—Muy bien. Yo lo diré todo —no le dio tiempo a discutir—. Voy a llevarte a casa. Contrataré a una enfermera si la necesitas, pero estarás bien atendida. Cuando te sientas capaz, podrás decidir lo que quieres hacer con el rancho. Es tuyo. Podrás dirigirlo tú misma, buscar a alguien que lo lleve o venderlo. Eres un miembro respetado de la comunidad, así que podrás elegir lo que te apetezca.

—¿Y desde cuando lo soy?

La chispa que suavizó los ojos de Reno debía ser producto de su imaginación. Él bajó la voz para continuar:

—A estas alturas, todo el mundo sabe lo que sucedió cuando murió Beau. Y arriesgar tu vida por salvar la del niño te ha convertido en una especie de heroína.

Caitlin casi no pudo contener las emociones.

—O sea, que aunque hubiera matado a Beau. ¿Salvar al niño lo compensaría?

Reno se puso rígido y le rozó la mano con suavidad.

—Todo el mundo sabe que Beau puso en peligro su propia vida y que tú no eres responsable de su muerte de todas formas.

Caitlin contuvo el aliento, seguramente aquello era producto de su imaginación. Cinco años de dolor y soledad, las caras de todo el mundo en el funeral, la de Maddie, la del vaquero y su mujer, la de Reno, parpadearon en su mente. Las duras y distantes expresiones de condena de la gente que la había considerado una asesina eran una realidad. Ella no podía aceptar aquel repentino cambio.

Caitlin retiró la mano.

—Vete.

El leve destello de sorpresa en sus ojos fue la única resquebrajadura de la armadura de Reno.

—Voy a llevarte a donde perteneces.

—Yo no tengo ningún hogar —insistió ella con amargura.

—Lo tienes ahora.

Sus calmadas palabras desataron su furia.

—Seguramente tú no apoyarás a los demás en esto. Fue tu hermano al que maté.

—Tú no mataste a Beau.

Las palabras que había esperado oír, las que hubiera aceptado si él le hubiera dejado contarle lo que había ocurrido, desataron una oleada de resentimiento de ella.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó furiosa.

—Lucky y yo hemos hablado. Sé lo que pasó en el cañón —se detuvo y ella tuvo oportunidad de ver el arrepentimiento en sus ojos—. Sé que nunca podré…

—¿Qué? —le interrumpió con una mirada de rabia—. No podía soportar escucharme a mí, pero ahora que Lucky y tú habéis hablado, todo ha cambiado como por arte de magia, ¿no? ¿Ya te lo crees todo?

Su voz se fue alzando con cada palabra hasta que sacudió la cabeza y apartó la mirada.

Había intentado contárselo ella misma, pero Reno la había odiado demasiado como para escucharla. Ella había vivido una agonía aquellos cinco años, había vivido atenazada por la culpabilidad y el dolor del odio de Reno. Entonces había saltado el fuego. Si no, ella ya se había ido hacía tiempo y nada de aquello estaría sucediendo. Pero como había salvado al chico y había salido lesionada, de repente él había consentido en escuchar la verdad.

Si no hubiera habido un fuego, Reno habría seguido culpándola y odiándola el resto de su vida.

—He venido a disculparme.

Caitlin alzó los ojos y la mirada solemne de él la hizo arder. Estaba tan furiosa que apenas podía hablar.

—O sea que Lucky dice unas cuantas palabras y de repente tú le crees, ahora todo es maravilloso y está olvidado y podemos ser amigos, ¿verdad?

Su ataque le pilló claramente por sorpresa y Caitlin lanzó una carcajada amarga.

—Gracias por la oferta de disculpa, Reno, pero no, gracias. Lucky podría no estar presente la próxima vez que mis palabras o acciones se cuestionen —se incorporó más para seguir con fuerza—. De ninguna manera pienso vivir en un sitio en el que la gente piensa lo peor de mí, en que nadie cree lo que yo diga. Y si no te acuerdas mal, la declaración de Lucky y los demás y la absolución del juez no fue suficiente la otra vez para darme la razón. Y ahora, de repente, porque salvo a un niño del fuego, ¿lo que dice Lucky es sagrado? ¡Oh, no, gracias!

Caitlin sacudió la cabeza con más fuerza antes de parpadear por la punzada de dolor y alzar la mano. Estaba tan furiosa que apenas podía contenerse.

Al notar su gesto de dolor, Reno la rozó pero la oleada de conciencia que la inundó la disparó de nuevo y lazó las manos contra el pecho de Reno para empujarlo hacia atrás. El esfuerzo apenas consiguió moverlo, pero él obedeció y retrocedió.

—Nadie en su sano juicio viviría en un sitio en el que la gente hace juicios tan duros y ante un pequeño acto de heroísmo cambia de idea por completo. ¿Qué pasaría en el próximo incendio o desbordamientos? Si no puedo salvar al siguiente, ¿cambiará de nuevo la opinión de todo el pueblo?

La furia y el dolor desataron otra ráfaga de emociones. Le ardían los ojos pero contuvo el deseo de llorar. Se moriría antes de hacerlo, pero no pudo evitar que la voz le saliera estrangulada:

—Y tú eres el peor de todos.

Tuvo que girar la cara antes de avergonzarse a sí misma. La cabeza le palpitaba con tanta violencia que sintió náuseas.

La entrada del doctor impidió que dijera más de lo que luego podría arrepentirse y Caitlin agradeció la interrupción.

—¿Todo va bien?

Caitlin apretó los dientes y asintió con rigidez antes de obligarse a esbozar una leve sonrisa para que el médico la creyera.

—El señor Duvall nos ha asegurado que estará bien atendida en casa —la mirada que Caitlin le dirigió a Reno estaba cargada de resentimiento—. Si no es así, tendríamos que retenerla más tiempo. No debería estar sola hasta que se haya recuperado un poco más de

la contusión —se detuvo a mirarla—. Ahora mismo, apuesto a que la cabeza le está palpitando como un tambor.

Las lágrimas asomaron a sus ojos ante la aguda percepción del doctor. Le dolía todo el cuerpo y se sentía débil. La rabia se había evaporado y dudaba tener fuerza suficiente siquiera para salir de la cama.

—Estoy cansada de estar aquí.

El doctor asintió.

—Entonces, ¿por qué no deja que el señor Duvall la lleve a casa? Me ha explicado la situación y tengo su promesa de que estará más cómoda y feliz en casa.

Sus suaves palabras eran muy persuasivas. Caitlin notó la mirada de conspiración que intercambiaron los dos médicos.

—¿Cu… cuánto tardaré en poder estar sola?

El doctor pareció aliviado y Reno también.

—Un par de semanas supondrá una diferencia notable. Le quitaremos ahora la venda del hombro y cambiaremos la escayola por una cédula. Como ya le he dicho, la contusión es lo que queremos vigilar. Puede andar de momentos, pero hacerlo todo sola es demasiado. Necesita buena comida, mucho descanso y más tiempo.

Caitlin sintió que perdía la batalla, pero cuanto estuviera en Broken B y nadie estuviera vigilando, podría irse. El doctor estaba exagerando. Ella no estaba imposibilitada. Estaba débil e incómoda, pero podría defenderse sola. No necesitaba a nadie y mucho menos a Reno Duvall.

Esbozó un leve asentimiento de cabeza y se sometió a un examen final después de que Reno saliera de la habitación.

Iría de momento al rancho con él, pero se escaparía a la mínima oportunidad.

Había sido un arrogante al creer que podía entrar en la habitación de Caitlin y que con disculparse sería suficiente. Había sido muy duro con ella, demasiado duro y no podía culparla por estallar contra él. La había hecho pasar demasiado y le había hecho demasiado daño como para que le pudiera perdonar con tanta facilidad.

A pesar de su creciente furia, Caitlin había sufrido un agudo dolor emocional. Reno lo había notado, pero también había notado

su miedo. Le aterrorizaba el cambio de sentimientos de cualquiera y si se ponía en su piel, no era difícil entenderlo.

¿Sería capaz de perdonarlo? Hasta que Lucky se había acercado a él y le había contado la versión entera de la historia, a él le había resultado imposible perdonarla.

Pero aquello iba más lejos de que Caitlin pudiera perdonarlo o de lo que él hubiera hecho. Dependía de él enderezar las cosas, restaurar lo que ella había perdido y quizá darle las cosas que nunca había tenido. Caitlin seguía siendo aquella niña pequeña solitaria y con el corazón roto que no había sido amada ni tratada bien por la gente que importaba en su vida, incluido él mismo.

Recordó con más claridad los tiempos en que ella era una niña. Aunque había intentado enmascararse tras miradas solemnes y expresiones neutrales, él había notado su excitación cada vez que lo veía en el rancho. Una palabra de alabanza, por muy minúscula que fuera, producía un sonrojo en su propia cara que ella intentaba ocultar al instante.

Reno había notado que se moría por su atención y en cuanto le concedió un poco, lo había seguido como una sombra de esperanza de recibir más. Pero al hacerse ella mayor, a él le había puesto nervioso la situación. Él era diez años mayor que ella, así que cuando aquellos solemnes ojos azules habían mostrado señales de enamoramiento, él se había distanciado de ella.

Sabía que la había hecho daño entonces, pero no había podido evitarlo. Una adolescente no podía enamorarse de un hombre diez años mayor que ella y un hombre decente nunca lo estimularía.

Pero ahora Caitlin era una mujer madura de veintitrés años y la diferencia de edad ya no importaba. Al menos a él no.

El doctor salió de la habitación entonces y le explicó algunas de las limitaciones a las que Caitlin se debía someter y en qué fecha debía examinarla de nuevo en su consulta. Después de que se fuera, Reno se dio la vuelta hacia su habitación y se preparó para aguantar su resistencia.

Caitlin luchó contra él. Aunque podía notar que estaba agotada, le preguntó si quería parar en una peluquería para cortarse el pelo. A él no le parecía tan mal, pero la había visto mirarse en el cristal de la puerta del hospital con angustia. Se había llevado una mano a la cabeza con expresión avergonzada.

En cuanto estuvo en el coche, no miró ni una sola vez en dirección a él. Cuando le propuso parar en el salón de peluquería, sólo asintió con rigidez, pero no la dejó acompañarla dentro. Incluso con la muleta, sus pasos eran lentos y para cuando llegó a la puerta de la peluquería, Reno notó que la transpiración que le empañaba la frente. El sol era radiante. Debía molestarle en la piel sensible de su cara y sus manos, pero apretó los dientes y lo aguantó.

Una vez dentro fue reconocida al instante. Las mujeres de la peluquería siguieron cada uno de sus movimientos. La estilista, que también era la propietaria, se encargó personalmente de ella, de lavarle y darle un segundo corte en capas sutiles que restauraron su aspecto saludable.

Caitlin rehusó el ofrecimiento de que se lo secaran y Reno supuso que sería tanto por agotamiento como por no someter la piel sensibilizada al calor del secador.

Caitlin se sintió profundamente incómoda cuando la dueña se negó a cobrarle y le dijo animada que iba a cuenta de la casa. Su declaración de que se sentía orgullosa de que hubiera ido a su peluquería, le produjo un fuerte sonrojo en las mejillas. Aunque le dio las gracias, cuando llegó al coche, Reno pudo notar que estaba temblorosa de la vergüenza y la fatiga.

En cuanto arrancó, susurró con suavidad:

—Las cosas han cambiado para ti.

—Hoy han cambiado. Mañana podrían cambiar de nuevo.

Caitlin miró en su dirección entonces y Reno vio el miedo en sus ojos. Estiró la mano para rozarla, pero ella levantó el brazo para evitarlo.

—¿Quieres ir a algún otro sitio?

Ella sacudió la cabeza y miró al frente refugiándose en sí misma como si la hubiera atacado.

Cinco minutos después, apoyó la cabeza contra el respaldo. Reno miró en su dirección y vio que estaba profundamente dormida. El agotamiento había dejado profundas ojeras bajo sus ojos y parecía derrotada y sin fuerzas. El doctor había dicho que tardaría un tiempo en recuperarse y ahora Reno le creía. Y además, no había dejado de luchar contra él desde que había aparecido esa mañana en su habitación y la había contrariado.

Caitlin no se despertó cuando llegaron al rancho y aparcó el coche frente a la puerta. Estaba tan profundamente dormida que no se enteró cuando él abrió la puerta, le desabrochó el cinturón de seguridad y con cuidado alzó su cuerpo entre sus brazos.

Con cuidado de no rozarla en la piel que se le había quemado, le apoyó la cabeza contra el hombro, la sacó del coche y la llevó a través del patio hasta la puerta que le abrió Mary.

Después la subió a su habitación, donde Mary ya había retirado la colcha y la sábana y la depositó con suavidad en la cama. Le quitó con cuidado la bota izquierda y alcanzó los cojines que Mary había dejado en la silla para apoyarle la pierna con la escayola antes de subirle la sábana hasta la barbilla.

Entonces la miró un momento y le apartó un mechón que le caía sobre la frente y rozarle con suavidad la mejilla.

Antes de abandonar la habitación, conectó el interfono de la mesilla. Si necesitaba algo, él quería saberlo al instante. Al salir miró hacia atrás conmovido de nuevo por su aspecto tan frágil. Cuando despertara hablaría con ella acerca de contratar a una enfermera.

Caitlin se despertó a media tarde. Unos minutos después, cojeó hasta el cuarto de baño, se lavó y volvió a sentarse al borde de la cama cuando oyó a Reno llamar a la puerta.

—Puedo llevarte abajo si estás lista —dijo desde el pasillo.

Caitlin se sintió inquieta por la proposición. Le había desorientado despertarse en su cama del rancho y no acordarse de cómo había llegado hasta allí. Debía haberla llevado Reno en brazos y eso le hizo sentirse demasiado vulnerable.

Reno había cambiado de actitud hacia ella. De forma radical. Y aquel cambio la aterrorizaba. Recordó la escena intensamente sexual del hospital, cuando él había apoyado ambas manos a los lados de sus piernas para hablarle tan de cerca…

—Bajaré más tarde —fue su única manera de resistirse a la tentación.

No podía dejarle que se acercara de nuevo tanto a ella. Aunque era el único hombre por el que se había sentido atraída en toda su vida, tenía que evitarlo.

Lo único que necesitó para hacer acopio de decisión fue recordar cómo la había mirado sólo unos días antes, con la expresión dura

como el granito y los ojos fríos del odio. El terror de que pudiera encontrar un motivo para volver a adoptar aquella actitud implacable, le hacía imposible creer que aquel cambio en él pudiera ser permanente. Reno se arrepentiría demasiado pronto de haber cambiado y entonces todo volvería a ser como antes. Si confiaba en él ahora, la destruiría.

Caitlin no pudo relajarse hasta que no oyó el eco de sus pasos alejarse. Entonces miró el reloj de la mesilla. Faltaban unos minutos para que Mary sirviera la cena. Se levantó y ahuecó las almohadas antes de caminar despacio con la muleta hacia la puerta.

Aunque la rotura del pie no había sido severa, le dolía todo de lo que había caminado ese día. Para cuando llegó al comedor, le dolía otra vez.

En el momento en que Reno miró en su dirección, apretó los labios para ocultar el dolor. Le palpitaba la cabeza, pero intentó no pensarlo. Reno empezó a levantarse para apartar la silla para ella, pero le dirigió una mirada de rechazo y volvió a sentarse para quedarse mirándola con intensidad.

Era como si supiera que estaba ocultando la incomodidad y estuviera calculando cuanto tiempo aguantaría. El largo tramo de escaleras la había dejado agotada y se sentía frustrada.

—Si pones demasiada presión en ese pie antes de que se cure, puede que no suelde bien.

Caitlin no respondió y se sentó con rigidez mientras Mary llevaba la cena.

Le sorprendió sentir que se le despertaba el apetito y empezó a cortar el filete. Por primera vez en mucho tiempo, la comida le supo bien y comió con ganas.

Reno terminó antes que ella y se reclinó contra el respaldo mientras tomaba el café mirándola con fijeza. Caitlin ignoró su mirada.

—Quiero contratar una enfermera.

—No necesito ninguna.

—Necesitas a alguien que te cuide.

Caitlin sacudió la cabeza y bajó la vista hacia el plato.

—Si creyera que necesitaba a una niñera, me hubiera quedado en el hospital.

Posó el tenedor sin alzar la vista.

—He devuelto tu coche de alquiler a San Antonio.

Entonces sí alzó la vista. Reno había imaginado que se iría del rancho, lo podía notar en sus ojos. Bajó la mano al regazo y retorció la servilleta.

—O sea que ahora estás dirigiendo mi vida —dijo con amargura.

Para Caitlin, estaba claro que Reno sólo pensaba en sí mismo. Sintió un arrebato de rabia y tiró la servilleta sobre la mesa.

—Llevo cuidando de mí misma desde que tenía ocho años —dijo intentando ocultar la pena.

—¿Tu madre murió cuando tenías ocho años?

La pregunta de Reno había sido tan rápida que Caitlin sintió que se le cortaba el aliento. La estaba mirando con más intensidad que nunca cuando alzó la vista para mirarlo.

—No tengo ganas de hablar —dijo con frialdad antes de agarrar la muleta.

Estaba medio incorporada cuando Reno se levantó y dio la vuelta a la mesa. Le quitó la muleta y la alzó en brazos con tanta rapidez que se sintió mareada. Lanzó un gemido y se agarró de forma instintiva a sus hombros.

—Ya has forzado demasiado ese pie por hoy.

La rabia le desbocó el corazón. Forcejeó entre sus brazos, pero él ya la estaba llevando hacia el pasillo como si no pesara nada.

—Pósame —pidió forcejeando más.

Reno apenas notó su resistencia. La llevó al estudio, empujó la puerta con el pie y se acercó al sofá. Entonces se sentó con ella encima. Como ya no tenía que aguantar su peso, deslizó la mano debajo de sus rodillas y la agarró la mano. Con su mano en la de él, apoyó el brazo en su pierna para mantenerla inmóvil y le atrapó el codo izquierdo tras el hombro, pero no con demasiada fuerza para no rozarle la piel.

Caitlin se sintió inundada de sensaciones. El leve contacto le hizo ansiar que la abrazara con más fuerza y tuvo que luchar contra la emoción.

Asustada y furiosa, explotó:

—Siempre tienes que salirte con la tuya, ¿verdad?

Sus propias palabras dispararon un torrente que ya no pudo controlar mas.

—Reno Duvall se compadece de una niña, le tira unos cuantos

mendrugos y entonces se cansa de ella. Entonces la ignora y la obliga a aceptarlo —sus ojos estaban ardientes al mirarlo—. Su hermano muere, ella consigue sobrevivir y decide que quiere que desaparezca de su vida. Un día, le ordena que vuelva y cuando lo hace no quiere escuchar su verdad. No la deja ni hablar, ni escucha nada de lo que quiere contarle. Una vez más, el universo se pliega a su voluntad. Entonces, de repente, cambia de idea y elle también tiene que aceptarlo. Y al instante decide dirigir su vida y que se doblegue a su voluntad o la manipulará hasta que…

Las vergonzosas lágrimas la asaltaron y lo miró con impotencia como si no pudiera verlo con claridad.

Su aterciopelada voz continuó donde ella lo había dejado.

—Entonces Reno Duvall decide que la desea…

Se inclinó hacia delante y sus labios capturaron los de ella estableciendo su dominación sexual. Le soltó entonces la mano y retiró el brazo de sus piernas para llevarlo a su nuca y evitar que ella se retirara.

Su boca se suavizó sobre sus labios apenas entreabiertos. Su lengua penetró en el interior y empezó una danza sensual que le robó las fuerzas.

Caitlin se deslizó con rapidez en una marejada de sensaciones y deseo tan intensos que se sintió desvanecer. No podía evitar responder a él. Alzó la mano bajo su dura mandíbula y la deslizó hacia su sedoso pelo. Un instinto salvaje la asaltó y se aferró a él como si la vida le fuera en ello.

Nunca había soñado que pudiera ser así. La conmoción de sentir la boca de Reno sobre la suya sólo era superada por la de sus dedos desabrochándole los botones de la camisa. Y entonces los sintió traspasar la barrera de la tela deslizándose con experiencia hacia su seno. Caitlin notó el temblor de Reno al tocarla y descubrir que estaba desnuda debajo. Su lengua se hizo más insistente y cuando sus dedos encontraron la cima sensible de su pezón erecto empezaron a jugar con él sin piedad.

La había seducido con tanta rapidez y facilidad que Caitlin sintió una oleada de pánico. Retiró la mano de su pelo para apartarle los dedos de su seno, pero se encontró agarrándole el dorso de la mano para apremiarle a que siguiera. Entonces la sacudió una violenta oleada de terror.

Reno podía destruirla a su voluntad.

El leve gemido de miedo y frustración que salió de su garganta lo inmovilizó al instante. Caitlin sintió frío en la mejilla y comprendió que eran sus propias lágrimas.

La vergüenza le hizo apartar la boca de él y girar la cabeza para esconderse. Tuvo que inspirar con fuerza en un esfuerzo por no llorar. Se sentía tan débil de repente que ni siquiera podía permanecer erguida. Si no hubiera sido porque Reno la mantenía sujeta, se habría derrumbado. Su sensibilizado seno prácticamente le dolió cuando él apartó los dedos y sacó la mano de debajo de su blusa.

Se le cortó la respiración y tuvo que morderse los labios para poder controlarse.

La mano de Reno se deslizó a su mejilla mojada y la atrajo con suavidad hacia él. Sus brazos se cerraron alrededor de ella y la mantuvo abrazada mientras reposaba la barbilla sobre su pelo. No habló, pero Caitlin sintió su enfado.

Pero milagrosamente esa vez no lo dirigió contra ella. Entonces murmuró:

—Por favor… quiero ir… a mi habitación.

Caitlin no entendía nada de aquello y se sentía tan confusa que la cabeza le palpitaba. Todo el cuerpo le dolía y entonces supo que no podría llegar sola hasta su habitación aunque le fuera la vida en ello.

Y sin embargo, a pesar del dolor, el cuerpo todavía le cosquilleaba del efecto del beso de Reno. Sentía ardor en la sangre con cada latido y el agotamiento le hizo cerrar los párpados sin fuerzas para abrirlos de nuevo.

Cuando Reno deslizó con cuidado la mano bajo sus rodillas y la levantó, se removió, pero se apoyó contra él cuando se pudo de pie. Se quedó dormida en la seguridad de sus brazos y se agitó de nuevo cuando Reno la sentó en el borde de la cama.

Entonces la soltó, pero en vez de apartarse, Caitlin sintió sus dedos desabrochándole el resto de los botones y se asió la mano para detenerlo.

—No te miraré —murmuró él tenso.

Caitlin no pudo resistirse y permaneció sentada muda mientras él la desvestía con rapidez. No podía mirarlo a la cara pero sabía

que cumpliría su promesa.

En el momento en que tiró de sus vaqueros y sólo le quedó la ropa interior, la tendió de espaldas y la tapó. Entonces retrocedió a los pies de la cama, le alzó el pie escayolado sobre los cojines y se lo tapó también.

Cuando volvió a su lado, Caitlin entreabrió los párpados. Reno tenía la cara sombría, pero le brillaban los ojos con un destello que ella reconoció como de posesión.

—Iremos más despacio la próxima vez —murmuró él al ver que lo miraba.

Caitlin volvió a cerrar los párpados.

—No habrá próxima vez.

—Siempre habrá una próxima vez para nosotros, Caitlin —susurró despacio—. Lo sabes tan bien como yo.

A Caitlin le asustó oír aquello porque en cierta manera sabía que era verdad. A pesar de todo lo que les había pasado en su vida, siempre había habido una extraña conexión entre ellos, algo que los ataba y siempre los ataría. Fuera lo que fuera lo que el futuro los deparara, siempre habría un débil hilo de sentimiento entre ellos. Saberlo le entristeció de una forma increíble porque creía que Reno siempre significaría más para ella que ella para él.

Hizo un movimiento de inquietud con la cabeza y desvió la mirada.

—Yo soy una conquista fácil para ti. Eso lo hemos sabido los dos siempre. Para ti es sólo lujuria. En cuanto se queme, yo tendré que sobrevivir con lo que quiera que hayamos hecho —inspiró como si no pudiera soportar el dolor—. Estoy cansada de cargar con las consecuencias de todo lo que va mal.

El silencio que siguió a sus palabras fue pesado. Caitlin sintió el ardor de las lágrimas e intentó contenerlas con las pocas fuerzas que le quedaban.

No oyó a Reno moverse, pero sintió su cálido aliento en la mejilla cuando se inclinó hacia ella. Asombrada, volvió la cabeza y lanzó un gemido cuando sintió sus labios sobre los de ella.

—Duerme ahora pequeña. Ponte bien.

Sintió sus labios tan tiernos sobre los de ella tan persuasivos que no pudo contener la oleada de calidez que la inundó. Estaba demasiado débil como para apartar la cara. No podía luchar contra

el amor que afloró desde lo más hondo de su corazón y sólo pudo sentir que la embargaba mezclado con una terrible tristeza al saber que nunca había muerto.

—Aprenderás a confiar en mí y todo saldrá bien.

Caitlin no se atrevió a creerle.

—No.

Su suave negativa fue acallada con un último beso cargado de ternura.

Reno abandonó la habitación y cerró la puerta. Ella estaba tan agotada y desbordada por el tormento de sus emociones, que cayó al instante en el refugio del sueño.

Caitlin tenía razón. Siempre tenía que salirse con la suya. Reno no había pensado en ello nunca antes. Era cierto que estaba al mando desde que tenía diecisiete años, asumiendo riesgos y cargando con responsabilidades hasta que la tendencia a dirigir y dominar se había convertido en una parte de su persona y nunca lo había cuestionado.

Hasta que había querido imponerle su voluntad a Caitlin.

Su resistencia le había frustrado, pero aún más por haberlo hecho en tales condiciones de debilidad.

Él se había sentido impulsado a asumir el mando, a ganarla con aquel beso. Había pretendido ir despacio con ella. Su odio la había hecho mucho daño, pero si alguna vez pudiera superarlo, él la esperaría el tiempo que hiciera falta.

Pero en cuanto la tuvo en sus brazos y después en su regazo, todas sus buenas intenciones se habían evaporado. La tensión que había ido creciendo entre ellos desde que ella había vuelto a Coulter City, explotó en ese instante. Para Caitlin, los años de dolor y falta de cariño habían sido el catalizador, para él el deseo.

Y sin embargo, sabía que era algo más que deseo. Como le había dicho, había una conexión entre ellos, un lazo que iba por encima de la tragedia del pasado y que había conseguido mantenerse a pesar de ella.

Se había equivocado al forzarla con su beso cuando ella se sentía tan confusa y débil. Sintió una culpabilidad tan fuerte como la satisfacción por la respuesta de ella. Porque Caitlin le había respondido, profunda y completamente a pesar de la inseguridad que tanto la asustaba.

Algunas cosas y alguna gente estaban fuera de su alcance. Sus sentimientos por Caitlin y Caitlin misma estaban vivos, vitales y seguían con él.

Había estado a punto de perderla. Una vez por no haberle dado la oportunidad y otra en el incendio. No se arriesgaría a perderla de nuevo. Se negaba a perderla porque ella no confiara en él.

Antes de irse a la cama, Reno volvió a su habitación, conectó el interfono para poder oírla si se despertaba por la noche y entonces se quedó mirándola. Estaba profundamente dormida y parecía en paz. Se pondría bien y recuperaría las fuerzas, pero tardaría más en curarse las heridas del alma. Aquellas heridas eran las peores porque se habían cerrado durante muchos años.

El sentido común le advirtió que podrían no curarse nunca, pero la esperanza le hizo pensar en la fuerte medicina de la paciencia, el tiempo… y el amor.

Caitlin durmió hasta tarde la mañana siguiente. Se quitó la cédula para ducharse y lavarse el pelo y para cuando terminó de vestirse y empezó a bajar las escaleras, ya se sentía cansada.

La frustración la puso inquieta. Llegó a la cocina poco antes de las nueve y Mary la recibió de forma encantadora. Caitlin agradeció poder desayunar a solas. Después de aquel beso, temía ver a Reno de nuevo aunque ya se había resignado. Después de descubrir lo rápido que se cansaba, el sentido común le dijo que no debía irse de Broken B hasta que no estuviera más fuerte. Era difícil de aceptar, pero se obligó a hacerse a la idea.

Las mañanas en la enorme casa eran silenciosas. El aire acondicionado hacía que el sol que pegaba en las ventanas fuera agradable. Los sonidos que producía Mary trajinando con la cubertería y los platos le recordaron los tiempos anteriores a que Jess contratara a una empleada, los tiempos en que su madre preparaba todas las comidas, horneaba pasteles y mantenía la casa inmaculada y al mismo tiempo acogedora para su niña pequeña.

Después del sufrimiento que había vivido allí, el estar sola en la gran casa la consolaba y le recordaba a su madre y aquellos tiempos en que se había sentido querida. La idea de abandonarlo para siempre, la entristeció de repente. No había sentido lo mismo días atrás, cuando la casa se le hacía enorme, vacía y solitaria.

Algo había cambiado en ella, algo pequeño, pero significativo.

Le dio miedo preguntarse si tendría que ver con el cambio de actitud de Reno y con lo que había pasado la noche anterior.

En vez de ellos, se preguntó si aquel sentimentalismo sería debido a haberse acordado de su madre. Aunque no conseguía recordar del todo su cara, recordaba perfectamente la cálida sensación de seguridad que le había dado su amor. Por desgracia, la única vez que había vuelto a sentir la misma seguridad desde la muerte de su madre, había sido la noche anterior en brazos de Reno. Comprenderlo le produjo un escalofrío y decidió reforzar su promesa de no necesitar a nadie, de vivir el resto de su vida manteniendo a todo el mundo a distancia.

Pero Reno la había besado y había minado su resolución. Ella había creído que era demasiado frígida como para que un simple beso pudiera afectarla con tanta fuerza, pero se había equivocado. ¿Por qué tendría la mala suerte de que único hombre que había conseguido excitarla en toda su vida era el más peligroso para ella?

«Aprenderás a confiar en mi», había dicho. Aunque su deseo le decía que no, su corazón se moría por hacer exactamente aquello.

Para cuando terminó el desayuno y salió al patio ya estaba cansada de nuevo. La frustración le hizo agarrar la muleta y el sombrero y cruzar la casa hasta la puerta principal. Necesitaba recuperar las fuerzas y si se forzaba, lo conseguiría antes.

Y en cuanto estuviera más fuerte podría irse. Cuando salió al radiante sol y se caló el sobrero sintió una punzada de dolor ante la idea de tener que abandonar la casa de su madre para siempre.

¡Oh, Dios! ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué de repente estaba tan sentimental? Cuando salió con cuidado de la terraza al paseo, comprendió que las lesiones debían ser la causa. No se sentía bien y la presión de todo lo que había ocurrido la tenía alterada.

Reno iba cabalgando de los grandes pastos del este en dirección a la casa cuando vio a alguien caminando por el camino del rancho en dirección a la autopista. Reconoció a Caitlin al instante y sintió una oleada de irritación. Incluso desde la distancia, se podía notar que estaba agotada. Era probable que se hubiera forzado demasiado y ya debía estar notándolo. En el momento en que le divisó, la vio dar la vuelta y volver, pero Reno siguió en dirección a ella.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo?

Reno notó el débil espasmo de dolor de sus ojos y se arrepintió

al instante de su dureza. Acercó más el caballo y le tendió la mano.

—Vamos. Podrás volver mejor montada que andando.

La cansada mirada de Caitlin se clavó en la gran mano que le ofrecía. Se había alejado demasiado y el corto trecho hasta la casa se le hacía ahora interminable. Sentía náuseas y la cabeza palpitante. Parecía que no era capaz de acertar en nada y aquella nueva decisión estaba cargada de consecuencias emocionales.

—Dame la mano, Caitlin.

La calmada orden fue más una pregunta y eso la sorprendió. Su débil mirada debió mostrar la sorpresa porque la dura línea de la boca de Reno se suavizó.

Reno enroscó las riendas alrededor de la silla e inclinó el cuerpo hacia ella. En vez de tomarle la mano, la agarró por la cintura para sentarla sobre su regazo. Encontrarse de nuevo en la misma posición que la noche anterior le dio vergüenza.

—Relájate —masculló él— hay demasiada gente a la vista como para que pueda hacer nada.

Entonces espoleó al caballo, pero en vez de llegar sólo hasta el final del camino, metió al caballo por el césped hasta el extremo de la terraza.

Entonces la posó en el suelo antes de estirarse. Sus ojos se deslizaron sobre ella sombríos. Por instante Caitlin pensó que le diría algo acerca de aquel paseo porque notaba su desaprobación y su frustración, pero al final no dijo nada. Alzó la mano hasta el ala de su sombrero en un silencioso gesto de respeto, dio la vuelta a su montura y se fue.

Caitlin le observó alejarse con las emociones en un torbellino y la excitación de haber vuelto a estar en los brazos de Reno.

Cuando Reno llegó a la casa para almorzar, encontró a Caitlin en la sala, adormilada en la mecedora. No la despertó. Comió en la cocina y fue a examinarla antes de irse. Mary le mantendría la comida caliente y le hizo prometer que la vigilaría. Se sentiría mejor con una enfermera preparada en la casa, pero Caitlin había dejado muy claro lo que pensaba al respecto.

Cuando volvió a la casa para la cena, ella estaba ya despierta. Se sentaron uno frente al otro en el comedor y él se quedó más tranquilo al ver que comía. Tuvo cuidado de no decir nada que pudiera afectarle al apetito. No había comido mucho en las comidas

que habían compartido antes, así que debía ser buena señal que ahora comiera con normalidad.

Ella seguía a la defensiva con él, así que le habló del rancho y de lo que conllevaba su mantenimiento. Caitlin guardó silencio pero Reno pudo notar que estaba interesada. Era cierto que pensaba darle el rancho y todo lo demás, pero pensó que no era el momento de recordárselo.

Después de la cena, Caitlin abandonó la mesa, se fue a la sala y encendió la televisión. Reno entró poco después para comprobar que estaba viendo las noticias, pero no la interrumpió. Cuando la oyó subir después a su habitación, abandonó toda apariencia de estar trabajando.

Estaba intentando no acorralarla, pero ya se había cansado. Caitlin era una mujer autosuficiente que había vivido la mayor parte de su vida alejada de los demás. Si la dejaba, podría continuar igual el resto de su vida.

Y la quería demasiado como para dejar que sucediera aquello. Sentía una profunda impaciencia ante el distanciamiento de Caitlin.

Pero se obligó a ser paciente. La primera semana, Caitlin durmió mucho, pero ya no intentó dar más paseos por el camino. La mayoría de las veces en que él regresaba a la casa la encontraba descansando. A veces elegía la mecedora de la sala y otras una de la de la terraza. Las únicas veces que la veía era en la cena. Ella guardaba silencio y sólo daba las respuestas mínimas.

La observó durante los siguientes días aliviado al ver que sus profundas ojeras desaparecían. Podía notar que sus dolores de cabeza iban mejor, porque cuando se levantó de la mesa una noche, parecía menos tensa y sus ojos estaban un poco más brillantes. Dos días después, notó que ya no apoyaba tanto el peso en la muleta.

Lucky, Bob y Tar se acercaron una tarde a verla. Él había ido al granero y los había dejado a los cuatro en la sala. Dean Carnes y su mujer querían pasar a darle las gracias en persona, pero Reno les había dicho que esperaran a que se repusiera algo más. Por fin, la noche después de la visita de los vaqueros, sacó el tema.

—Pareces más fuerte.

La mirada de Caitlin se alzó un segundo antes de volver al plato. Reno notó el débil brillo de secretismo en sus ojos y sintió que estaba planeando irse del rancho en cuanto se encontrara lo

suficientemente bien. Se aseguraría de que los vehículos del rancho no estuvieran disponibles para ella y alquilaría todos los coches de las empresas de alquiler en dos millas a la redonda si hacía falta. Tendría que hablar con Mary y con Lucky por si recurría a ellos.

—Dean Carnes y su mujer han estado esperando a que estuvieras mejor para hacerte una visita.

Caitlin vaciló y posó el tenedor en el plato.

—Preferiría que no lo hicieran.

Sintió la desaprobación de Reno al instante.

—Salvaste la vida de su hijo. Se sentirán mal de cómo actuaron antes.

Ella sacudió la cabeza.

—Cualquiera podría haber encontrado al chico. Si no hubiera entrado yo lo habría hecho alguno de los hombres.

—Cualquiera podría, pero lo hiciste tú. Los Carnes están locos por sus hijos y no es poca cosa que salvaras la vida de Billy —se detuvo y sacudió la cabeza—. Parte de la vida de los héroes y heroínas es dejar que la gente les exprese su gratitud.

—Yo no soy ninguna heroína.

—Probablemente no quieras serlo, pero eso no cambia los hechos.

La observó separar la silla y alcanzar la muleta. Reno posó su tenedor frustrado con ella.

—Yo te he visto de muchas maneras, Caitlin, pero nunca has sido ruda o desconsiderada. Ni cruel.

Las graves palabras de Reno la obligaron a mirarlo. Tenía una mirada solemne.

—Esto es importante para los Carnes.

Caitlin apartó la vista sintiéndose atrapada. No quería enfrentarse a la familia Carnes, lo cierto era que no quería enfrentarse a nadie. En los últimos días se había encerrado cada vez más en sí misma y cada vez estaba más ansiosa por seguir sus planes, buscar un sitio donde nadie la conociera y vivir de forma anónima mientras intentaba hacer algo con su vida. Tener que ver a los Carnes y soportar su gratitud y sus disculpas para alguien tan reservado como ella le parecía una idea terrible.

La voz de Reno fue ronca.

—Dales una oportunidad, Caitlin.

Su tono persuasivo se hizo imposible de resistir.

—¿Cuándo quieres que vengan y cuánto crees que se quedarán?

Reno curvó los labios levemente.

—Estarán aquí en diez minutos y no creo que se queden mucho. Dean es un hombre de pocas palabras. No sé su mujer, pero ninguno de los dos querrá cansarte.

Caitlin asintió. Estaba claro que Reno ya había concertado su visita sin consultarlo con ella, pero como todo el mundo esperaba que hiciera aquello, sería mejor acabar cuanto antes.

—Estaré en la sala —anunció tensa.

Reno la observó darse la vuelta y salir de la habitación.

La visita de los Carnes resultó afortunadamente breve, pero desató las emociones de Caitlin en el momento en que entraron en la habitación, la mujer se acercó hasta donde Caitlin esperaba de pie apoyada en la muleta y le dio un breve abrazo. Caitlin se le devolvió con turbación y sintió un enorme alivio cuando la señora Carnes la soltó y dio un paso atrás, aunque le tomó la mano libre entre las suyas.

—Sentimos mucho cómo actuamos cuando pilló a nuestros niños en el desván, señorita Bodine. Si hubiéramos hecho lo correcto entonces, darle a usted las gracias y castigar en serio a los niños, no habrían prendido el fuego —la cara se le descompuso—. Y no tengo palabras para decirle lo agradecimos que estamos de que haya salvado a Billy.

Las lágrimas asomaron a los ojos de la mujer.

Los dos la miraron expectantes. Incómoda, Caitlin intentó minimizar lo que había hecho.

—Me… me alegro de haber llegado a encontrarlo.

Esperó un momento a que la señora Carnes recuperara el control. La mujer le soltó la mano y buscó un pañuelo.

—Siento lo que le ha pasado, señora, pero nunca estaremos lo bastante agradecidos de tener a nuestros dos hijos vivos. Y nos va a costar mucho tiempo superar la culpabilidad, tanto por la forma en que hemos actuado con usted y por lo que el fuego le ha hecho.

El vaquero interrumpió sombrío:

—Si prefiere que deje el rancho, lo entenderemos y no lo tomaremos a mal.

El ofrecimiento sorprendió a Caitlin.

—No hace falta que se vaya —miró a Reno con impotencia—. El señor Duvall lo considera un empleado muy valioso. No entiendo por qué debería haber ningún problema en que siguiera aquí —el vaquero no parecía convencido—. Por favor, señor Carnes, quédese. No es fácil sustituir a un buen trabajador.

Dean Carnes alzó la mirada entonces y Caitlin notó el fiero sonrojo a pesar de su piel curtida. Por fin asintió antes de desviar la mirada hacia Reno.

—Si está segura, entonces se lo agradecemos, señorita Bodine. Los buenos trabajos tampoco son fáciles de encontrar. Será un honor trabajar para usted.

Antes de que Caitlin le pudiera corregir, la señora Carnes se adelantó para darle las gracias de nuevo. Incómoda, Caitlin se obligó a sonreír y soportar su visita.

En el momento en que desaparecieron, Caitlin salió al recibidor para salir a la terraza. Aquella visita le había alterado y se alegró de que hubiera acabado. Y también quería alejarse de Reno.

Justo cuando llegó a la puerta de la calle, él la llamó.

—Tienes una cita con el doctor mañana a las diez. Vendré a la casa para llevarte.

Ella asintió. Aunque se encontraba mejor, todavía se cansaba con facilidad. Cuando llegó a la terraza se sentó con debilidad en una mecedora.

Los dolores de cabeza no eran tan fuertes como antes, pero aún seguían. Su recuperación era lenta y le frustraba y preocupaba a la vez. Quizá la tensión de estar en la casa y de evitar a Reno la estuviera fatigando, pero si era debido a la contusión, sería mejor quedarse en el rancho más tiempo.

Pero si se quedaba, no estaba segura de cuanto tiempo más podría seguir evitando a Reno. Había notado su impaciencia y las miradas intensas que le dirigía. Había dado las gracias de que no la hubiera tocado de nuevo, pero ¿cuánto duraría?

Tendría que hacer algo aparte de descansar y recuperar fuerzas. Pensar en la forma que Reno la miraba a veces y la salvaje oleada de excitación que le producía, le confirmaba la prisa que tenía por irse. Por desgracia, su corazón no parecía tan convencido.

En la consulta del doctor al día siguiente, le preguntó si podría volver a montar, pero el doctor le previno ante la posibilidad de

poder darse otro golpe con una contusión tan reciente en la cabeza. Como la vio resuelta a montar, le permitió un tiempo limitado cada día y a un trote ligero.

El caballo negro era perfecto para eso y Caitlin se animó. El médico no tenía una solución rápida para su fatiga, que duraría unas cuantas semanas más, pero la recuperación sería ya estable.

Cuando le contó a Reno que pensaba montar, éste masculló:

—No vas a montar.

Entonces lanzó una letanía de maldiciones contra el doctor por habérselo permitido.

Su disgusto la sorprendió, pero la protección que notó en sus palabras le produjeron una sensación nueva de seguridad y calidez. Su fiereza era producto de su fuerte personalidad y de su natural impulso de proteger a los que quería. No pudo evitar sentirse conmovida al instante.

¡Se moría por tantas cosas que Reno sería capaz de darle! Y su decisión firme no podía contra el deseo. La única forma segura de acabar con aquello era abandonar el rancho.

Reno anunció en el desayuno a la mañana siguiente que podía pasar la mañana con él.

—Si estás tan decidida a forzarte, podías hacer algo productivo al mismo tiempo.

Caitlin pensó al instante que si rechazaba su oferta él sospecharía. Había escuchado por casualidad una conversación que había tenido con Mary, cuya últimas palabras habían sido.

—Quiero enterarme al instante de las llamadas que haga.

Reno llevaba el teléfono móvil a todas partes desde entonces, así que estaba claro que lo menos que esperaba era que alquilara un coche a sus espaldas. Quizá si pasara la mañana con él, bajaría la guardia.

Caitlin se acercó con él al comedor de los vaqueros y esperó en la puerta mientras él distribuía el trabajo del día. Algunos de los hombres no se enteraron de su presencia hasta que empezaron a salir.

Reno agarró la camioneta y empezó a hacer la ronda por los depósitos de comida y los molinos.

Reno condujo despacio para evitar los baches y dejó las ventanillas abiertas mientras todavía el aire estaba fresco. Caitlin

agradeció la cálida y fresca mañana y poco a poco empezó a relajarse. Después de revisar el ganado, siguieron haciendo cosas toda la mañana. Caitlin empezó a sentir un leve dolor de cabeza, pero se sentía tan bien fuera de la casa que no se lo mencionó a Reno para que no interrumpiera el paseo.

Para cuando volvieron a la casa al medio día, Caitlin estaba haciendo un verdadero esfuerzo por permanecer despierta. La larga mañana la había fatigado aunque lo único que había hecho había sido conducir la furgoneta a través de alguna puerta cuando Reno había salido a abrirla.

Reno aparcó frente al patio, pero cuando ella iba a salir, la alzó en brazos y bajó la mirada hacia su cara sonrojada. Una leve sonrisa arqueó sus labios.

—Me puedes mirar con furia con esos preciosos ojos azules e insultarme lo que quieras, pero pienso llevarte en brazos hasta la cocina.

Sus palabras le produjeron la risa y la sonrisa de Reno se acentuó.

—Y ya que las cosas tienen que salir siempre a mi manera, me gustaría ver más sonrisas. Mejoran el ambiente.

La ligereza entre ellos disparó un repentino sentimiento de cercanía que Caitlin encontró irresistible. Nunca había visto a Reno así y se sentía fascinada por aquella nueva faceta de su personalidad. Lo miró con sorpresa y él la sorprendió.

—Si me sigues mirando así, no me importa que alguien vea lo que haga a continuación.

Ella sintió un fuerte sonrojo y desvió la mirada. Los brazos de Reno la apretaron un poco más antes de avanzar hacia casa. Caitlin contuvo el aliento mirándolo a hurtadillas mientras se sentía sumergirse cada vez más en el vértice de su fuerte atracción.

Esa tarde echó una larga siesta y se despertó sintiéndose más relajada y fuerte. Reno llegó a la casa a las cuatro en punto y la encontró sentada en la terraza.

—Le he dado a Mary la tarde libre. Pensé que podíamos salir a cenar a Coulter City.

Caitlin se puso tensa y él lo notó.

—No hace falta que te arregles. Si te apetece podemos ver una película después.

Caitlin desvió la mirada.
—No me parece buena idea.
—Es sólo una cena y quizá una película. Algún sitio al que salir, algún sitio público. Nos sentará bien a los dos.
Lo que más prefería evitar ella era algún sitio público. No quería llamar la atención. Sólo porque Reno hubiera cambiado de actitud con ella no quería decir que lo hubieran hecho los demás. Y la cara opuesta de la moneda, el trato de la dueña de la peluquería, por ejemplo era casi tan mala. Odiaba la idea de convertirse en una heroína casi tanto como que la hubieran tratado como a una asesina.
La voz ronca de Reno fue sombría:
—Tendrás que enfrentarte a la gente alguna vez, Caitlin. Has vivido demasiado tiempo en las sombras…
Su percepción la sorprendió.
—Prefiero vivir en las sombras.
Reno apartó la mirada de ella un momento como si estuviera sopesando sus siguientes palabras. Cuando volvió a mirarla, la intensidad de sus ojos la sobresaltó.
—Quizá sea más tranquilo vivir así, pero más solitario.
—La soledad no me importa.
—Te importa y mucho —afirmó él con seguridad.
Aquella afirmación la inquietó. Iba a alcanzar la muleta cuando Reno la sujetó de la mano.
—A mí también me importa la soledad. He acabado cansado de ella —la confesión de Reno la hizo mirarlo. Su mirada era de nuevo intensa cuando alzó una mano y le rozó la mejilla—. Es sólo una cena.
Caitlin no pudo evitar la confusión de sentimientos. Había hecho tantos esfuerzos por mantenerse alejada de él, por resistirse a su atracción… Pero después de pasar una buena parte del día a su lado, la tentación de seguir cerca de él era demasiado fuerte. Y ahora que la estaba tocando, le producía un caos mental que le impedía rehusar.
El restaurante al que la llevó Reno era uno de los mejores de Coulter City. Caitlin se había puesto una camisa azul de seda con pantalones de pinzas blancos y Reno una americana oscura sobre la camisa y pantalones vaqueros. Los dos iban vestidos de forma

desenfadada, pero lo suficiente como para no desentonar entre los demás comensales vestidos con más elegancia. Los condujeron a una mesa discreta al instante porque Reno ya había hecho la reserva.

Caitlin se sintió turbada al cruzar el restaurante con la muleta y notar las miradas de los clientes y los apresurados susurros. Cuando llegaron a su mesa, Reno la apartó la silla antes de sentarse él. Como estaban de espaldas a la pared, veían con claridad el resto del comedor. Caitlin divisó al instante la cabeza rubia de su prima unas mesas más allá y su inquietud aumentó.

Madison la miró con gesto interrogante antes de apartar la vista de forma brusca. Caitlin también la desvió, sobresaltada por la presencia de su prima.

Madison St. John odiaba los sobresaltos de cualquier tipo y su prima, Caitlin Bodine era una fuente de ellos.

Cuando se había enterado de que Caitlin había vuelto al funeral de su padre y la había visto, los recuerdos de Beau Duvall la habían asaltado con fuerza.

Aquellos recuerdo eran intensos y tristes, pero los recuerdos que Caitlin despertaba acerca de su infancia eran aún más inquietantes. Madison no quería recordar lo mucho que habían significado la una para la otra y el cariño y amor que se habían dado cuando sus padres se lo habían negado.

Se había sentido aterrorizada cuando había vuelto de Nueva York tres semanas atrás y se había enterado del incendio y las lesiones de Caitlin. Se había debatido con agonía entre enviarle flores o ir a visitarla. El dilema la había roto por la mitad, pero al final no había hecho nada.

En otro tiempo habían sido como dos hermanas inseparables hasta la muerte de Beau. Madison no se había permitido nunca pensar en lo mucho que había echado de menos a su prima, porque cuando pensaba en ella inevitablemente recordaba la causa de su ruptura.

Incluso ahora, sentada sola en su mesa reservada, era difícil no pensar en Beau y en la forma terrible en que había muerto. Había oído que Reno ya no la culpaba de su muerte y debía ser verdad si habían acudido juntos al restaurante, pero Madison no tenía la misma capacidad de perdón. Porque por culpa de Caitlin todo lo

que había querido le había sido arrebatado, todo lo brillante y hermoso de su vida hasta que sólo le había quedado dinero, posesiones y sus pequeñas obsesiones frívolas.

Había conseguido llenar su vida con propiedades caras para superar su pérdida, pero en momentos como aquél, cuando se veía obligada a pensar en Caitlin y en Beau, las cosas maravillosas que había comprado con el dinero de su abuela, de repente le parecían vacías y gélidas.

Sabiendo que no podía permitirse pensar en lo vacía y desesperada que se había vuelto su vida, buscó al camarero con la mirada y le dirigió un gesto de impaciencia. Cuando llegó, se distrajo del dolor a sus expensas, lanzándose a una letanía de quejas acerca de la ensalada, el vino y su servicio en concreto.

Le hizo sentirse importante cuando al instante volvió con otra ensalada y otro vino. Cuando lo colocó delante de ella de forma solícita, se sintió cuidada y atendida.

El camarero nunca hubiera adivinado que se sentía muy culpable de aquella pequeña farsa lastimosa, pero le había servido muchas veces antes y sabía que las atenciones eran recompensadas con unas propinas que no bajaban en general de los cincuenta dólares.

Él era como todos los demás en Coulter City, que le permitían jugar a la niña rica insoportable mientras recibieran su dinero.

Nadie la quería, sólo Caitlin y Beau la habían querido alguna vez, pero Beau estaba muerto y no estaba segura de poder arreglar las cosas con su prima. Nadie salvo ellos dos habían parecido preocuparse nunca por su vida hasta que su abuela había muerto y le había dejado una fortuna.

La venganza de Madison por ser valorada sólo por su dinero era poner a todo el mundo a sus pies si querían conseguirlo.

Pero la auténtica verdad era que si alguien se hubiera preocupado por ella o hubiera encontrado en ella algo digno de amar, Madison habría dado hasta el último dólar y diamante que poseía a cambio.

Entonces sintió las vergonzosas lágrimas asomar a sus mejillas, miró de forma especulativa al camarero y pensó en el billete de cincuenta dólares que tenía en el bolso.

Caitlin consiguió relajarse lo suficiente como para ignorar la

presencia de su prima, pero sintió un inmenso alivio cuando la vio salir del restaurante.

Reno era el perfecto anfitrión. Sacó el tema de lo que había estado haciendo ella los años anteriores y Caitlin empezó a sentirse cómoda al contarle su trabajo en el rancho de Montana.

Habían terminado la comida cuando Reno sacó el tema de Broken B.

—Voy a traspasar Broken B y todas las posesiones de Jess a tu nombre.

Caitlin alzó la vista con sorpresa.

—He puesto a un abogado a mirar la forma más barata de pagar los impuestos. Si la transferencia se pone muy cara, he pensado en hacerte socia y poco a poco iría transfiriéndotelo todo. Pero estarás tú al mando y recibirás los beneficios desde ahora mismo.

Caitlin agarró la servilleta y se secó los labios muerta de pánico. Entonces sacudió la cabeza.

—No puedo aceptarlo.

Reno pareció inamovible ante su negativa.

—Tú eres la única heredera que Jess debería haber nombrado. Todo lo suyo es tuyo por nacimiento y por derecho moral.

Caitlin sacudió la cabeza de nuevo y lo miró.

—Todo lo que Jess poseía era suyo para que hiciera con ello lo que quisiera. Dejó muy claros sus deseos en el testamento. Además, el resultado de la prueba de paternidad todavía no ha salido.

—Algunos deseos no deberían ser cumplidos —aseguró él con seriedad—. Y esa maldita prueba de paternidad fue pensada para hacerte daño, así que me importa un comino su resultado. Fueras o no la hija biológica de Jess fuiste criada con su apellido, así que lo suyo te pertenece.

—No puedo aceptarlo.

—Y yo no lo quiero —discutió él—. Nada de ello. Y tengo mi propio rancho y no necesito las cosas que te pertenecen por derecho.

Ella siguió sacudiendo la cabeza.

—Tu generosidad es encomiable, pero te pertenece a ti todo. No puedo aceptarlo.

Reno se inclinó hacia ella y apoyó una mano en su hombro.

—No vas a pelear en esto contra mí, Caitlin.

Ella lo miró con desafío.
—No puedes darme algo que no aceptaré.
Reno se adelantó aún más.
—Te daré lo que me dé la gana.
Pero la amenaza sonó más sensual que otra cosa.
Sonrojada, Caitlin desvió la mirada y se llevó el vaso a los labios. Tenía la cabeza en un torbellino.
—¿Quieres tomar ya el postre? ¿O más tarde?
—Como tú quieras —susurró ella con la voz jadeante.
La ronca carcajada de Reno le produjo una oleada de placer en la piel.
—Tengo la sensación de que el universo entero va a doblegarse a mi voluntad —susurró él antes de hacerle un gesto al camarero.
Todavía sobresaltada, Caitlin pidió un postre mientras su mente buscaba con frenesí la forma de rechazar su generosidad. Pero cuando sintió los fuertes dedos de Reno acariciarle el hombro con suavidad y lo miró, vio la intensidad sexual de su mirada. Comprendió al instante que Reno tenía mucho más en mente que aquella disputa acerca del testamento de Jess.
Después de dejar el restaurante, Reno la llevó a ver una película en los nuevos multicines de Coulter City. Acordaron ver una de suspense, pero la ardiente escena de amor la afectó en exceso. No le ayudó precisamente que Reno tuviera el brazo sobre sus hombros y jugueteara distraído con sus dedos.
Cuando salieron del cine, las emociones de Caitlin estaban salvajemente excitadas y aún más cuando él la agarró por la cintura y la mantuvo apretada contra su cuerpo. En el momento en que estuvieron en el coche, Reno le buscó la mano y enlazó la suya en la de ella. La sensación eléctrica le produjo una nueva oleada de excitación.
A pesar de la distancia que había intentado mantener los días anteriores, sus sentimientos por Reno se habían intensificado de manera peligrosa y esa noche tenía el corazón en un torbellino de miedo y esperanza.
Aunque deseaba con fuerza confiar en Reno, creía profundamente que su interés por ella era pasajero.
Tenía miedo de lo que le sucedería cuando llegaran al rancho y comprendió que pasara lo que pasara, la culpa sería sólo suya. Si se

hubiera negado esa noche a salir con él y lo hubiera evitado con más fuerza no estaría sintiendo entonces aquella excitante anticipación, aquel terrible miedo y dulce esperanza.

Sintió la expectación de Reno y la notó cada vez que sus ojos se cruzaban. La sentía en la sensual forma en que sus dedos le acariciaban el dorso de la mano. Caitlin se sintió fundir y le asaltó un deseo tan poderoso y primario que empezó a perder la capacidad de resistirse.

Cuando Reno paró frente a la casa, apagó las luces y el motor antes de salir a abrirle la puerta. Ninguno de los dos dijo una sola palabra mientras Reno le quitaba la muleta y la agarraba por la cintura para caminar en silencio hacia la puerta.

Cuando entraron, la casa estaba oscura y silenciosa. Sólo una tenue luz del farol de fuera penetraba por los paneles de cristal de la puerta.

Reno la soltó en el recibidor antes de pararse y darle la vuelta hacia ella en la oscuridad.

Se quitó el sombrero y lo tiró sobre la consola. Caitlin intentó retroceder, pero él le rodeó la cintura con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Te deseo, Caitlin —murmuró con voz ronca y aterciopelada—. Más de lo que he deseado nunca a ninguna mujer.

Caitlin se balanceó aturdida y se sujetó a sus brazos. Sus labios descendieron con suavidad sobre los de ella antes de que ladeara la cabeza para evitarlo. Pero Reno la atrajo más y sus labios persistieron. Su boca capturó la de ella con ternura y su mano se instaló en su nuca para que no resistiera el asalto.

Caitlin se sintió perdida en el momento en que sus propias manos se alzaron por encima de sus brazos hasta sus hombros. La emoción la desbordó y el amor y el deseo le hicieron devolverle el beso.

De repente Reno se movió y la alzó en sus brazos. Sus labios entreabrieron los de ella y su lengua la penetró con una lentitud placentera antes de retirarla produciéndole un vuelco de sensualidad que la debilitó. Y entonces él empezó a caminar por la casa a oscuras.

Caitlin estaba flotando en un océano de cálidas sensaciones. Era vagamente consciente de que Reno había empezado a subir las

escaleras. Asombrada, apartó la boca de él y la apretó contra su hombro. Reno siguió subiendo sin esfuerzo y al llegar arriba ella sintió un estremecimiento de anticipación.

La cordura era un concepto lejano. ¿Qué daño podía hacer que compartieran un poco de intimidad? Ella ya había perdido el corazón por Reno y lo amaba ahora porque siempre lo había amado. Y la triste verdad era que siempre lo amaría.

Para cuando Reno la llevó a su habitación, la inevitabilidad de lo que iba a suceder entre ellos la distrajo de sus miedos. La semana próxima, el mes próximo o el año siguiente ella estaría sola y Reno se habría ido. Aquel miedo terrible fue demasiado profundo como para ignorarlo.

¿Pero qué daño podía hacer en pasar esa vez con Reno, o quizá algunas más? A pesar de lo aterrorizada que estaba por aquella intimidad, al mismo tiempo sintió la necesidad de tener aquella conexión física y emocional con otro ser humano, con Reno.

Entonces él la posó en la cama, apoyó una rodilla en el colchón y la tendió. Su corpulento cuerpo la siguió y su boca encontró la de ella en un ardiente beso febril.

El pulso que palpitaba en la base de su cuello la ahogaba y venció sus últimas resistencias mientras sentía la sangre ardiente en las venas.

Los dedos de Reno desabrocharon con rapidez su blusa y se deslizaron dentro. Encontró el encaje de su sujetador y lanzó un gemido de frustración masculina antes de desabrocharlo como un experto. Entonces su enorme mano le cubrió un seno, su boca traspasó la barrera de sus labios y Caitlin sólo pudo aferrarse a él y devolverle lo que le estaba haciendo su boca.

Se estaba ahogando de amor y placer. En ese momento, pensó que se desmayaría si Reno retiraba la mano de su seno. Su boca aumentó la insistencia hasta empezar a aflojar la tensión.

Lo que siguió fueron unos momentos embriagadores mientras sus labios se deleitaban en los de ella con lenta pasión. Después, su boca abandonó la de ella para descender hasta que sus labios encontraron su seno. Caitlin se aferró a su pelo y gimió ante aquella nueva intimidad.

Demasiado pronto, Reno volvió la cabeza y la apoyó contra su piel caliente. Los dos estaban temblorosos de la fuerza del deseo,

pero él estableció la dominación reclamando el control para ambos y se recuperó antes que ella para mirarla.

—Tú me perteneces, Caitlin Bodine. Tu sitio está a mi lado —bajó la cabeza para darle un suave beso en los labios—. Y si no me voy ahora mismo de esta cama, descubriremos más pruebas. A menos que quieras más pruebas.

Caitlin sabía lo que le estaba pidiendo. La necesidad de llegar al final, de una unión tan plena como la que un hombre y una mujer podían lograr.

Pero si hacía el amor entonces, Caitlin pertenecería sin duda a Reno. Por completo. Si hacían el amor ella perdería su última oportunidad y se comprometería con él de forma tan profunda que nunca volvería a ser lo mismo.

La terrible verdad era que lo que le aterrorizaba era entregarse a él. Si él no se hubiera parado en ese momento…

De repente le aterró descubrir la rapidez con la que aquel deseo masculino se había enfriado.

Reno sólo había usado la palabra deseo y sólo había dicho que ella le pertenecía. No había usado la palabra amor ni había hecho ninguna declaración emocional o promesa permanente. Sólo había usado términos posesivos y si ella era inteligente, no debería interpretar nada duradero o significativo en ellos.

—No necesito más pruebas —susurró.

Pero no estaba hablando sólo de pertenecer a él sino que pensaba en las dolorosas lecciones que había aprendido mucho tiempo atrás.

Le dolió cuando él interrumpió aquellos besos largos y tormentosos, pero aún más cuando se levantó de la cama.

Caitlin permaneció inmóvil sintiendo un escalofrío al abandonar su cuerpo caliente. Él abandonó la habitación entonces cerrando la puerta despacio a sus espaldas.

A la mañana siguiente, Caitlin se despertó al amanecer, pero se quedó en la habitación hasta que estuvo segura de que Reno había terminado el desayuno y había abandonado la casa. Él pensaría que lo del día anterior había sido agotador para ella, naturalmente.

Todos los miedos, inseguridades y preocupaciones del pasado afloraron con renovada fuerza. Sentía el corazón atenazado y la tristeza era la peor de su vida.

Si era tan malo entonces, ¿cómo sería si hubiera hecho el amor con Reno la noche anterior? Si Reno no se hubiera apartado y hubiera tomado las riendas…

La sensación de que debía abandonar Broken B se hizo más imperiosa que nunca.

Se duchó y se vistió antes de bajar a desayunar. Ya se le había quitado el apetito de nuevo y después de que Mary abandonara la cocina, se rindió por fin y llevó el plato al fregadero para tirar la comida y enjuagarlo.

Reno entró en la cocina por la puerta trasera y avanzó directamente hacia donde estaba ella ante el fregadero. Se quitó su sobrero y lo tiró al lado del fregadero. Sus manos se deslizaron alrededor de ella por detrás y la apretó contra sí, la combinación de su calor masculino y de la ropa calentada por el sol, le calentó de forma placentera la espalda. Las manos de Caitlin se alzaron al instante para apoyarse en el dorso de las de él.

Los labios de Reno empezaron a dibujar un sendero de besos a un lado de su cuello.

—Necesito ir a San Antonio a pasar un par de días —dijo contra su piel antes de darle un beso. Sus manos se movieron de su cintura y le cubrieron los senos—. Ven conmigo —la invitación le produjo confusión. Como si sintiera que algo iba mal, Reno alzó los labios de su cuello y apoyó la mejilla contra la de ella—. Estás temblando, Caitlin. Y estoy seguro de que te has arrepentido de lo de anoche y de todo lo que significa.

Su percepción le produjo un alivio inmenso y asintió.

—Entonces ve a San Antonio conmigo. Sólo has estado en mi rancho un par de veces. Aparte de lo cual, algo me dice que tengo que mantenerte vigilada.

Sus palabras la paralizaron.

—Quizá sería mejor pasar unos días separados.

—¿Mejor que qué? ¿Mejor que enfrentarse a lo que sientes y empezar a confiar en mí?

Caitlin sacudió la cabeza.

—Sé lo que siento.

—Pero no puedes confiar en mí —susurró con impaciencia.

—Nada dura —susurró con voz estrangulada ella.

Los brazos de Reno la apretaron con suavidad.

—Exacto, pequeña, nada dura. Al menos nada que no sea respetado, cuidado y apoyado —la dejó unos momentos para que asimilara sus palabras—. Si te dejo aquí un par de días, ¿me prometes que estarás todavía a mi vuelta?

Le estaba pidiendo demasiado. Ella iba a empezar a sacudir la cabeza cuando se detuvo.

—No estoy segura.

—Necesito más que eso, Caitlin. No pienso perderte y maldita sea si voy a consentir que desaparezcas de mi vida —la soltó para volverla hacia él—. A menos que no sientas nada por mí.

La sombría mirada le resultó imposible de evadir. Pero no podía decirle que le amaba cuando él sólo la deseaba.

—Yo… sí siento algo por ti —admitió.

—Pero quizá no lo suficiente…

Caitlin apenas podía soportar el intenso brillo de su mirada. Sentía que podía leer todos sus pensamientos y secretos y sacudió la cabeza.

—No es eso.

—¿No? —Sus pulgares dibujaban sensuales círculos en sus antebrazos—. Supongo que no puedo obligarte a que te quedes. Te dije en serio que pensaba dártelo todo. Tendré que contratar a alguien para que dirija el rancho por ti si no quieres quedarte, tendrá que salir de las ganancias.

Sus manos se aflojaron y se separaron. Agarró su sombrero y la miró con expresión inamovible, pero sus ojos ardían de frustración contenida.

—Si me das una dirección, te informaré de cómo sale la transferencia de la propiedad. Si no te interesa mantenerlo, se podría liquidar todo.

Caitlin asintió. La repentina distancia de Reno la pilló por sorpresa. Su expresión pétrea le recordó a cuando la odiaba. No necesitó más que ver eso para saber la rapidez con que había renunciado a ella. Si lo que hubiera sentido por ella hubiera sido algo especial, no se habría rendido con tanta facilidad. Estaba demasiado acostumbrado a hacer que el mundo girara a su alrededor como para cambiar.

Y eso era una prueba de lo que ella temía, que el interés de Reno por ella fuera tan banal y tan temporal como para romperle el

corazón.

—Que tengas un buen viaje —dijo con suavidad.

La mirada de él estaba clavada en su cara.

—Necesito recoger algunas cosas de arriba antes de irme.

Caitlin se obligó a apartar la mirada y Reno aprovechó la oportunidad para abandonar la cocina. Entonces se apoyó con debilidad contra la encimera y escuchó el eco de sus pasos perderse por las escaleras traseras.

Poco más tarde, bajó por la escalera principal y salió por la misma puerta hacia donde había dejado el coche aparcado la noche anterior.

Caitlin se dio la vuelta para agarrarse al borde del fregadero mientras el deseo y el arrepentimiento empezaban una larga batalla en su interior.

Caitlin se quedó los dos días siguientes en Broken B la mayor parte del tiempo al aire libre. Hasta volvió a montar aunque más tiempo y con mayor ritmo de lo que el doctor le había aconsejado.

Y echaba de menos a Reno. Los recuerdos de cada momento pasado a su lado no dejaban de repetirse en su cabeza. Sopesó cada una de sus miradas, de sus palabras, de sus actos y llegó a la conclusión de que el carácter de Reno era demasiado íntegro como para abandonar la lealtad con facilidad.

En otro tiempo había creído que Reno era como su padre: duro, remoto e inalcanzable, pero ahora no encontraba muchas cualidades en común entre los dos hombres. No se podía imaginar a Reno tratando mal a una niña, fuera de su propia sangre o no. Y su masculinidad no era tan frágil como para ignorar a un niño por el hecho de ser mujer.

Y además Reno tenía una sorprendente percepción. Su padre nunca había sido lo bastante sensible como para entender o importarle los sentimientos de los demás.

Los dos hombres no valoraban las mismas cosas. Reno valoraba la moral y el comportamiento responsable y su padre el reto y una actitud de desprecio hacia las normas con las que no estaba de acuerdo.

Además, en cuanto se había convencido de haberse equivocado con ella, Reno había tenido el buen carácter de mostrar arrepentimiento y cambiar de comportamiento. Y eso era algo que

Jess Bodine nunca hubiera hecho con nadie porque creía que nunca se equivocaba y que los demás debían acomodarse a él.

Los dos días que Reno había pensado pasar en San Antonio se convirtieron en una semana y después más. La llamó unas pocas veces para notificarle los retrasos y probablemente para averiguar si seguía en Broken B, pero sus conversaciones eran tensas.

Mientras tanto, el abogado de Jess había llamado, pero Mary le pasó el teléfono de Reno en San Antonio. Cuando Mary le contó lo de la llamada, Caitlin supuso que los resultados de la prueba de paternidad ya habían salido, pero no le interesaba en absoluto.

Como Reno pasó tanto tiempo fuera, la cédula del tobillo desapareció y sus dolores de cabeza eran sólo ocasionales. Hacia el final de la segunda semana de su ausencia, las esperanzas de Caitlin llegaron a su punto más bajo.

Caitlin volvía hacia la casa del rancho la tarde que vio la limusina negra de Madison. La sorpresa y la curiosidad le hicieron apresurarse hacia la puerta trasera. Encontró a Mary en el salón y al instante se fijó en el enorme paquete plano envuelto en papel marrón.

—Ha venido el chofer de la señorita St. John, señorita Bodine. Dice que es un retrato que la señorita St. John encontró en su desván.

Caitlin se acercó directamente hacia el marco envuelto. Sólo podía ser el retrato de su madre. Alzó la vista hacia la pared sobre la chimenea, donde ahora había dos sables de la Guerra Civil y recordó que mucho tiempo atrás, allí colgaba un retrato de su madre. Entonces tocó con reverencia el paquete y la nostalgia la asaltó mientras empezaba a desenvolverlo.

—¡Vaya, si es usted, señorita Caitlin! —exclamó con sorpresa Mary.

Contra un fondo de flores azules de lavanda y un dramático cielo tormentoso de Texas, aparecía la figura de cuerpo entero de una mujer de porte orgulloso vestida con una camisa blanca y falda de montar abierta. La mujer tenía un pelo liso que llevaba largo y suelto y unas pocas mechas parecían flotar a su alrededor. En una mano llevaba un sombrero y en la otra un ramillete de flores azules.

Podría ser una mujer de cualquier periodo de la historia de Texas y su belleza quitaba el aliento. Su pelo largo era magnífico y

Caitlin recordó de repente aquella dulce expresión con nitidez. Elaina Chandler Bodine tenía una mirada directa, melancólica y sabia.

Caitlin la miró a los ojos de su madre y tuvo la peculiar sensación de que ella la estaba mirando. Por primera vez en quince años estaba viendo el asombroso parecido de su madre con ella.

—¿Quiere que lo colguemos, señorita Bodine?

—¿Le importaría que… me quedara unos momentos…?

Mary lo entendió al instante y la dejó sola. Caitlin se sentó en una silla temblorosa sin abandonar nunca aquellos ojos que la devolvían a su infancia y a los recuerdos agridulces que tenía de su madre.

Entre Caitlin y Mary devolvieron el retrato de Elaina Bodine en su lugar original y los maravillosos colores alegraron la habitación.

Profundamente conmovida por el gesto de su prima, hizo una llamada en el momento en que el cuadro estuvo colgado, pero le respondieron que la señorita St. John no recibía llamadas y dejó un mensaje de agradecimiento. Después de escribir una nota más extensa pero formal, Caitlin no pudo evitar sentir una punzada de decepción por en nuevo rechazo de su prima.

Entonces volvió al salón a contemplar de nuevo el retrato de su madre. Se sentía tan emocionada por su recuperación que las preguntas acerca de su madre la asaltaron.

¿Le habría sido infiel a Jess? Los resultados de la prueba de paternidad eran la única forma de saberlo. Al instante pensó en Lucky y en lo que él había dicho en el hospital de que su padre no había tenido motivos para dudar de su buena esposa, pero ¿cómo lo sabía él? Quizá pudiera contarle algo.

Llamó a la casa de los vaqueros justo después de la cena e invitó a Lucky a la casa principal. El viejo vaquero entró en el salón con el sombrero en la mano y al instante volcó la atención en el retrato de Elaina y se puso rígido. Ninguno de los dos habló mientras el vaquero contemplaba el parecido y Caitlin intentaba descifrar la expresión de los ojos del viejo. Sorpresa, admiración, tristeza…

—Recuerdo cuando lo pintaron —dijo al final con voz ronca—. Lo vi hacer.

Se detuvo perdido en los recuerdos.

A Caitlin le extrañó el comentario. Lucky era un vaquero

siempre ocupado con el trabajo del rancho. ¿Cuándo habría tenido tiempo de estar en el interior viendo cómo lo pintaban?

—El viejo Jess sabía que se había casado con una de las mayores bellezas de Texas.

Cuando se detuvo, Caitlin preguntó con suavidad:

—¿Le fue ella infiel?

Lucky apartó la mirada del retrato para mirarla a ella a los ojos.

—Una mujer como ella no podía evitar atraer a los hombres, pero su padre estaba loco de celos. Para él, era demasiado guapa como para confiar en ella.

—¿No lo engañó?

Lucky sacudió la cabeza.

—No que yo sepa. Aparte de que mal podía porque siempre la vigilaba.

Aquello sí que era nuevo para Caitlin.

—¿Qué quieres decir?

Entonces sintió algo acerca de su padre mucho más sombrío que las cosas que ya sabía.

—Exactamente lo que he dicho, que era vigilada. Nunca le permitía ir a ninguna parte sin él, ni hablar con los vaqueros ni ningún otro hombre si él no estaba delante. Ni siquiera podía ir a caballo a la casa de su madre en el pueblo sola. Cuando no la podía vigilar él, me encargaba a mí el trabajo, que es por lo que vi cómo le pintaban el retrato. Yo era el único hombre en quien Jess confiaba para vigilarla. Y una semana antes de su accidente, a Jess se le metió en la cabeza que tampoco podía confiar en mí.

Confundida por aquello, Caitlin sacudió la cabeza.

—Pero seguiste trabajando toda tu vida para él…

Y recordaba que Jess había permitido a Lucky que la defendiera a veces. Si pensara que Lucky había traicionado su confianza nunca le hubiera permitido quedarse en el rancho.

El vaquero asintió.

—Sí, aquí me mantuvo, pero eso fue por ti. Tenía la idea de que tú eras mi hija. Eso sí que era una locura porque la señorita Elaina estaba embarazada antes de que yo llegara a trabajar a Broken B. Sólo que como yo había trabajado en el rancho de la madre de su mujer, él creyó que había seguido a la señorita Elaina hasta aquí para verla desde lejos. Y yo ni siquiera había hablado con ella

porque la señora Clara nunca la sacaba del pueblo. Pero nunca se le quitó esa idea de la cabeza.

—¿Y te dejó quedarte en Broken B por mí?

Lucky asintió con solemnidad.

—Estaba convencido de que eras mía y pensaba vengarse conmigo con la forma en que te trataba. Una vez estuve apunto de irme con la esperanza de que cambiara contigo, pero entonces nadie podría cuidarte en Broken B —vaciló un instante—. Hasta hablé con un abogado para ver si se podía hacer algo oficialmente, pero como Jess nunca te puso la mano encima, hubiéramos puesto las cosas peor.

Caitlin miró al viejo vaquero. De repente deseó que Lucky hubiera sido su padre aunque eso significara que su madre hubiera sido infiel. Lucky era mucho mejor persona que Jess, honrado, amable y gentil. La emoción le empañó los ojos de lágrimas.

—Hice lo que pude aunque no siempre estaba lo bastante cerca como para evitar que te hiciera daño.

La mirada solemne de los ojos del viejo y el afecto le hicieron a Caitlin cruzar la habitación y darle un abrazo vacilante. Sintió su incomodidad con el gesto, pero al final, la rodeó con sus brazos y también la abrazó. Su voz fue muy tensa cuando continuó:

—No hice tan buen trabajo como era necesario…

—Pero lo intentaste —dijo Caitlin al soltarlo—. Gracias, Lucky.

Él le dio una suave palmada en el hombro.

—Me tranquilizaba que las cosas le estén saliendo bien a pesar de Jess.

—Sí, eso parece.

Era una verdad a medias. Las cosas habían mejorado con Reno hasta cierto punto, pero nada había cambiado con Madison.

Los dos se quedaron un rato más y Lucky le contó las cosas que recordaba de Elaina.

Hasta la mañana siguiente, Caitlin no se acordó de que Reno no la había llamado la noche anterior. Habían pasado dos días desde la última vez y junto con sus dos semanas de ausencia demostraba que sería una tonta si pensara que podía pasar nada entre ellos ahora.

Y además, siempre había creído que la atracción que podía sentir Reno por ella era temporal. Pero sus sentimientos hacia él habían aumentado en su ausencia como ya había imaginado.

Después de conocer todo lo que Lucky había intentado hacer por ella, se sentía menos abandonada e indigna de cariño a pesar de los efectos que la locura de Jess había tenido en su trauma infantil. Se sentía atormentada pero aún más porque comprendió que siempre amaría a Reno, que siempre querría formar parte de su vida, aunque la ausencia de Reno significara que ya no podía tener ninguna esperanza realista en aquel terreno.

Pero alguna manera sobreviviría a aquello. Había sufrido ya otras tragedias mucho mayores en su vida y lo conseguiría una vez más.

Caitlin estaba en la casa por la mañana todavía cuando Mary le anunció que tenía una visita. Ella se imaginó al instante que sería su prima y el ánimo se le subió por las nubes unos segundos antes de que Mary le informara que se trataba del propietario del rancho vecino, Lincoln Coryell.

Lincoln poseía el enorme rancho situado al oeste de Broken B. Caitlin sólo lo había visto un par de veces cuando había comprado el rancho de su abuela, pero hacía muchos años. No había acudido al funeral de su padre, pero recordaba que nunca se había llevado muy bien con Jess. Había oído que había hecho una fortuna con la tierra, el ganado y el petróleo y que había comprado algunos ranchos vecinos más para reunirlos en una enorme propiedad.

Había sido un hombre que había salido de la pobreza y sin educación, pero tenía una profunda ética laboral y suficientes negocios como para compensarlo. Y también había oído que era uno de los solteros más codiciados de Texas. Su visita a Broken B, era un misterio para ella.

Cuando Caitlin entró en la sala, lo encontró contemplando el retrato de su madre. Cuando la oyó llegar se dio la vuelta.

Lincoln Coryell era un hombre corpulento, tan curtido y duro como un vaquero que hubiera trabajado toda su vida al aire libre. El pelo le llegaba por el cuello y con el sombrero en la mano pudo ver que era de un bonito negro brillante. Sus ojos eran casi tan negros y su cara ásperamente atractiva.

—Hola, señor Coryell. ¿Quiere sentarse? Mary traerá un café en el momento.

Lincoln asintió y se acercó a la butaca más cercana, pero esperó a que ella tomara asiento en el sofá antes de hacerlo él mismo.

—Ese retrato es su viva imagen, señorita Bodine aunque si me permite decirlo, es usted más bonita en persona.

El galante comentario la asombró.

—Gracias, pero es un retrato de mi madre.

Él desvió la mirada hacia la pintura como si no pudiera creerla. Cuando Mary entró con la bandeja, la apartó y dio un sorbo a su taza hasta que la cocinera abandonó la sala.

—Tengo entendido que Reno Duvall la va a traspasar a usted Broken B.

—Todavía no me han notificado legalmente si estoy cualificada para heredar Broken B.

—Reno me dijo que no estaba interesado en una herencia oficial, que Broken B sería de usted en cuanto solucionaran las legalidades. Pareció pensar que habría posibilidades de que usted quisiera vender.

Caitlin quedó demasiado asombrada como para hablar al instante.

—Perdóneme, señorita Bodine. Parece como si todo esto le estuviera cayendo por sorpresa. Comprendo que no haya decidido nada todavía, pero quería pasarme para decirle que si decide vender, me gustaría hacerle una oferta.

—No estoy segura de lo que se hará con Broken B. Si tengo parte en la decisión de vender, se lo notificaré antes que a otros posibles compradores. Si es que el señor Duvall no pone ninguna objeción.

La mirada tensa y oscura de Lincoln se clavó en ella unos segundos como si dudara de la sinceridad de sus palabras.

—No parece creerme del todo, señor Coryell.

Necesitaba saber si lo que Reno había dicho de que todo el mundo había cambiado hacia ella era verdad de una vez por todas.

—La gente se resiente de mí, señorita Bodine. No suele gustarle que otro compre sus fracasos y haga dinero con ellos. Su padre no me dejaría ni entrar en este rancho, aunque Reno Duvall es mejor vecino. Estaba intentando pensar qué actitud de las dos tenía usted.

A Caitlin le sorprendió su sinceridad sin tapujos, pero su respuesta la alivió.

—Mi padre y yo nunca estuvimos de acuerdo en casi nada, señor Coryell.

Una parte de su atractiva boca se curvó con aprobación mientras

buscaba su cartera en el bolsillo trasero y sacaba una tarjeta.

—¿No sabrá por casualidad cuando regresa Reno al rancho?

La pregunta de Lincoln la inquietó. No tenía ni la más remota idea.

—No he hablado con él desde hace un par de días. Le puedo decir que quiere usted hablar con él.

—Si está en San Antonio, lo llamaré yo más tarde.

Entonces se levantó y Caitlin lo imitó.

—Gracias por el café, señorita Bodine. Me encantará que podamos hacer negocios juntos —extendió su gran mano y Caitlin se la estrechó al instante.

Cuando la soltó, el hombre volvió a mirar el retrato.

—Su madre era una mujer preciosa, señorita Bodine —su cálida mirada se volvió hacia ella—, pero su hija lo es aún más.

A Caitlin no le gustó el piropo, pero se esforzó por sonreír.

—Muy amable por su parte, señor Coryell.

—No es amabilidad, es la verdad.

Sus oscuros ojos chispearon unos segundos antes de que recogiera su sombrero. El interés masculino en su mirada la había sobresaltado, pero ella no sentía el mínimo interés por él.

Lo acompañó a la puerta principal y le observó encaminarse hacia su coche. Aunque tenía que reconocer que era un hombre atractivo, no despertó ningún interés en ella.

Reno Duvall era el único hombre en toda su vida que le había producido un efecto diferente. Quizá fuera el único hombre que podría producírselo.

Caitlin se acercó a Coulter City esa misma tarde. Mary tenía la tarde libre y decidió hacer algunas compras y cenar en un restaurante, pero en vez de volver enseguida al rancho decidió dar un largo paseo en coche. Cuando llegó a la puerta de casa eran más de las diez de la noche.

Sacó las bolsas de las compras y entró por la puerta del patio. No había visto el coche de Reno, así que no debía haber vuelto. Mary debía haber regresado porque había luces en la cocina y al menos una en la sala. Caitlin apagó las de la cocina y caminó despacio hasta la sala.

Se detuvo en el estudio a ver si había algún mensaje de Reno, pero el contestador estaba silencioso. Decepcionada, siguió hasta la

sala. Apenas cruzó la puerta notó la sutil diferencia en la habitación. La única luz provenía de una lamparilla baja cercana a la puerta y al acercarse a apagarla, desvió de forma automática la vista hacia el retrato.

La figura de un alto vaquero de espaldas frente a la chimenea contemplando el retrato la sobresaltó y se paró en seco.

—Tu madre era una mujer preciosa, Caitlin —dijo Reno con suavidad—. Excepto por el hecho de que este retrato debió ser pintando cuando era un poco mayor de lo que eres tú ahora, cualquiera pensaría que eres tú —la voz de Reno sonaba como un grave murmullo en el silencio de la sala—. Cuando Coryell me dijo que pensaba casarse contigo para poner sus manos en Broken B, decidí que llevaba demasiado tiempo en San Antonio.

—No he visto tu coche.

—Lo hice a propósito.

Reno se volvió hacia ella. Su mirada se deslizó por su cara lentamente antes de clavarse en sus ojos con especulación.

—Ya no usas muleta, te han quitado la cédula y parece que no cojeas. ¿Cómo van los dolores de cabeza?

Caitlin entrelazó sus manos temblorosas como hacía con frecuencia cuando se ponía nerviosa.

—Ya sólo los tengo de vez en cuando. Y no me canso con tanta rapidez.

—Eso está bien.

El silencio entre ellos se extendió y Caitlin sintió los nervios a flor de piel.

—Coryell está interesado en Broken B.

Ella asintió.

—Eso dijo.

—La decisión de vender es tuya, Caitlin. Ya han mandado los resultados de la prueba —esperó a que ella alzara la vista—. Eres la hija biológica de Jess Bodine.

La confirmación oficial no le sorprendió después de haber hablado con Lucky, pero fue una decepción al mismo tiempo.

—Un resultado positivo sólo significa que heredo la mitad de Broken B. Cualquier decisión de vender es tuya.

Reno sacudió la cabeza.

—Todo lo que Jess poseía es tuyo. Yo no quiero nada de él. Ya

he dejado abandonado mi rancho demasiado tiempo, según he podido comprobar en este viaje.

Por supuesto, comprendió ella de repente. Quería volver a su casa y olvidarse de los tristes recuerdos que Broken B significaban para él. Y el no querer aceptar su parte del rancho ni lo que le había dejado Jess también quería decir que quería dejarla a ella.

Reno se acercó entonces a ella y se detuvo a un paso de distancia. La excitación de su proximidad la debilitó.

—Cuando me fui admitiste que sentías algo por mí —dijo con la mirada intensa—. Me estaba preguntando si habías decidido lo que era.

Sus palabras le produjeron un sobresalto. ¿Por qué quería saber lo que ella sentía?

Contempló su seria y atractiva cara con más claridad y vio el destello de deseo en sus ojos. Era una mirada que debería haberla animado a confesar la verdad, pero el miedo a su rechazo y a perderlo algún día, era demasiado fuerte.

Él prosiguió ante su silencio:

—Pensé que podrías estar enamorándote de mí, que quizá ya lo hubieras hecho, pero que tenías miedo de tus sentimientos —alzó una mano y le retiró un mechón tras la oreja—. O miedo de mí.

La percepción de Reno le hizo contener el aliento y él le soltó el mechó para enterrar sus largos dedos en su melena.

—Pero después lo pensé todo de nuevo y llegué a nuevas conclusiones —alzó la mano hasta su otra mejilla mientras se acercaba un poco más—. Tu padre ha resultado ser un odioso enfermo de celos. La prueba de paternidad demuestra que nunca tuvo motivos para dudar de tu madre, pero aunque los hubiera tenido, aunque tú hubieras sido la hija de otro, no tenía derecho a tratarte como te trató.

Caitlin apartó la mirada para ocultar su tristeza.

—Y sin embargo, aceptó a Beau al instante —dijo ella antes de que se le escapara un sollozo que intentó contener.

Sus dedos la acariciaban con suavidad la nuca.

—Eso no quiere decir que tú tuvieras nada malo. Sólo significa que él no era lo bastante hombre como para aceptar el hecho de no poder tener un hijo varón.

Reno le dirigió una sonrisa triste cuando vio las lágrimas que le

empañaban los ojos. Caitlin intentó apartarse de él para esconderlas, pero sus manos se deslizaron alrededor de su cintura para impedírselo.

—Es eso, ¿verdad? Crees que hay algo malo en ti, que por alguna razón Jess no pudo quererte. Él quería a Beau aunque no fuera suyo, pero no pudo quererte a ti siéndolo.

Reno la atrajo con suavidad hacia sí. Caitlin no pudo evitar rodearlo con sus brazos ni apoyar la mejilla en su cálido pecho. Estaba temblando con tanta violencia que tuvo que apretar los dientes para evitar que le castañetearan.

Consiguió decirle lo que le había contado Lucky acerca de los terribles celos de su padre y que le había asignado al viejo vaquero la tarea de vigilar a su madre hasta empezar a sospechar de él también. Cuando añadió que Jess sospechaba incluso de Lucky y que la había tratado tan mal para castigarlo, Reno maldijo con suavidad.

—Jess estaba loco —la abrazó con más fuerza—. No dejes que lo que te hizo te traumatice para siempre.

Bajó entonces la cabeza y apretó su fuerte mandíbula contra el pelo femenino.

—Tienes miedo de tus sentimientos, Caitlin y tienes miedo de mí. Puedo notarlo…

Caitlin se removió inquieta, pero él la mantuvo abrazada con firmeza.

—Quizá creas que haya alguna razón por la que yo no puedo amarte tampoco, o que mi amor por ti no durará.

Estaba nombrando sus más profundos miedos y fue tan doloroso como calmante. Se apretó aún más contra él como si sintiera que Reno la entendía por competo, que podía estar verdaderamente a salvo con él. Algo en su corazón estaba desesperado por aquellas cosas, desesperado por ser amada y deseada por él.

—Pero si crees que no puedo amarte o que mi amor no durará, estás muy equivocada.

Las palabras de Reno fueron suaves, pero firmes.

Ella se aferró a él mientras la esperanza y el amor crecían en su corazón. Entonces él deslizó las manos hacia sus antebrazos y se apartó con suavidad de ella.

Alarmada, Caitlin alzó la vista hacia su cara y la ternura que vio

evaporó sus miedos.

—Quiero que me mires para decirte que te quiero, Caitlin Bodine. Lo que siento por ti es demasiado profundo como para morir nunca. No es frágil ni temporal. Te quiero. No podría dejar de quererte aunque estuviera tan loco como para desearlo.

Entonces esbozó una leve sonrisa.

La alegría la embargó tan de repente y con tanta fuerza que se sintió desmayar.

—Te quiero, Caitlin —dijo con voz más solemne—. No hay nada en ti que no me guste o me parezca indigno de amor, nada que pudiera alejarme de ti y de lo que tenemos. Al menos mientras sigamos vivos.

Sus roncas palabras le produjeron un júbilo embriagador.

—Yo también te quiero —fue su suave respuesta tan estrangulada que apenas fue audible.

—No tengas miedo de confiar en mí, pequeña, no tengas nunca miedo.

Al instante siguiente, los labios de Reno buscaron con ansia los de ella. Caitlin respondió a su asalto con la misma pasión. Todo lo que había deseado, lo que había esperado en la vida, fue prometido con aquel profundo y apasionado beso.

Pasó bastante tiempo hasta que Reno apartó los labios y los dos quedaron jadeantes y abrazados con fuerza. La seguridad y el amor que Caitlin sentía en los fuertes brazos de Reno era más de lo que nunca se hubiera atrevido a esperar.

—Cásate conmigo pronto, cariño.

Fue una orden que no pudo rechazar y aceptó al instante.

—Lo que tú digas.

Cuando alzó la vista para mirar a Reno, captó la cara de su madre sobre sus hombros. Los ojos azul zafiro de Elaina parecían chispear bajo la tenue luz de la lámpara y había un atisbo de dulce sonrisa en sus labios. La melancolía que había creído entrever antes, ya no estaba allí. Aunque sabía que la impresión era debida a su estado de ánimo y a las lágrimas que le velaban los ojos, la calmó de forma infinita.

Los brazos de Reno se apretaron alrededor de su cuerpo reclamando su atención. Entonces vio descender su morena cabeza y posar los labios de forma posesiva sobre los de ella.

FIN



Susan Fox se crió con su hermana, Janet, y su hermano, Steven, en una superficie de cerca de Des Moines, Iowa, donde, además de gatos y perros callejeros había dos caballos y ponis; su mascota favorita y confidente era Rex, su marrón y negro caballo castrado pinto.

Susan ha criado a dos hijos, Jeffrey y Patrick, y actualmente vive en una casa que ella riendo refiere como el relleno sanitario y depósito de libros. Ella escribe con la ayuda y el estorbo de cinco traviesos felinos de pelo corto: Gabby, un hablador carey percal; Buster, un sólido de león amarillo con patas blancas y las marcas faciales, y su hermana, Pixie, un calicó tricolor; Toonses, una regordeta negro y negro, y el diabólico alegremente, juguetona tigre negro Eddie, también conocido como amante de Eduardo.

Susan es una fan bookaholic y cine que ama vaqueros, rodeos, y el oeste de Estados Unidos, el pasado y el presente. Ella tiene un gran interés en contar historias de todo tipo y en la política, y ella dice los dos son a menudo intercambiables.

Susan le encanta escribir caracteres complejos en situaciones emocionalmente intensas, y se espera que sus lectores disfrutan de sus historias rancho y son elevados por sus finales felices.

Sitio web oficial: http://www.susanfox.org/